BIENVENIDOS A "LA EXPERIENCIA"

UNA MADRE EJEMPLAR



ENRIQUE ANDÚJAR

Enrique Andújar

Una madre ejemplar

Copyright © 2024 by Enrique Andújar

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

Contents

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

OTROS LIBROS DEL AUTOR

BREVE NOTA DEL AUTOR

1

Antes incluso de que mi cerebro llegara a asimilar que había vuelto a la vigilia, mis ojos se abrieron como una ventana entreabierta entre dos corrientes de aire.

Hoy iba a ser un día genial.

Lo sabía.

Lo sentía.

Podía hasta olerlo en el aroma que se respiraba a primera hora de la mañana.

Tumbada boca abajo sobre mi cama, arrastré el brazo para alcanzar el lado opuesto.

No había nadie.

Y eso únicamente podría significar que mi marido, mi media naranja…

Mi alma gemela…

Ya se había puesto en pie y comenzado a hacer el desayuno para mí y para nuestros dos preciosos hijos.

Yo nunca había querido tener hijos. De hecho, no comprendía ese reloj biológico que algunas mujeres decían que se activaba cuando llegabas a cierta edad. Ni qué decir de esas niñas de diez años que ya sueñan con biberones y pañales.

En mi caso no era así en absoluto.

Sin embargo, y, para mi sorpresa, después de conocer a Rodri fueron cosas que comenzaron a surgir. Salieron así de la nada y sin ser algo premeditado.

Primero llegó Carlos, de ya casi doce años.

Y luego Laura, la princesa de la casa, de ocho.

Mis tesoros.

“Nuestros tesoros”

Olfateé el lado de Rodri como cada mañana y, como cada vez que lo hacía, todo mi cuerpo comenzó a temblar.

El amor, qué cosa más curiosa.

El olor corporal de una persona puede resultar repugnante o la más placentera de las vivencias simplemente porque ciertas proteínas del cerebro se encuentren de una manera u de otra.

Adoro este tipo de curiosidades.

Cuando me incorporé, un mechón de mi melena rubia tintada me cubrió medio rostro. Había dormido la mar de bien.

Y estaba contenta.

Esa misma mañana había quedado con una amiga para contarnos nuestras cosas.

Ya cada vez quedaba menos con mis amigas y sabía que era algo que debía de cambiar.

Una se hace mayor, forma una familia y las prioridades cambian.

Pero eso no siempre es necesariamente algo bueno.

Es importante saber compartimentar y tener un tiempo para nosotros mismos.

Y justamente eso es lo que pensé cuando quedé con mi amiga para pasar un agradable rato a solas antes de que Rodri volviera de su viaje de una semana.

Una semana yo sola.

Bueno, no, sola no, iba a estar con los niños. Aunque lo primero que hice nada más me enteré de la escapada de Rodri, fue encasquetar a ese par de preciosos monstruitos con su abuela un par de días.

Tampoco me hacía falta más, pero al menos sí un par de días, en los que no tenía turno, para mí, mi amiga y mis cosas.

Rodri llevaba varios años trabajando de comercial de una gran empresa de productos sanitarios. De hecho, así fue como nos conocimos, cuando me asaltó en pleno turno en busca de un médico con el que hablar de sus "ofertones" Y yo, como enfermera que llevaba veinticuatro horas sin parar, simpática precisamente no resulté.

Y, aun así, y sin saber ni cómo, acabamos quedando para cenar. Y de ahí hasta ahora, con mi Rodri preparándome el desayuno mientras yo me desperezaba sobre su aroma.

En menos de cinco minutos me decidí finalmente por levantarme de la cama. Por mucho que Rodri estuviera haciendo el desayuno, yo hoy no tenía turno y él se iba de viaje, así que me tocaba a mí llevar a los niños al cole.

Debía arreglarme lo antes posible para que no llegaran tarde.

Me lavé la cara, me maquillé sutilmente, me puse unos vaqueros ajustados y una blusa blanca y me lancé escaleras abajo.

—Mamá, mamá, papá ha hecho huevos con bacon —me dijo la pequeña Laura con una sonrisa desdentada.

—Mira que bien, eh.

—Eso es porque se va de viaje, idiota, siempre hace lo mismo cuando va a irse mucho tiempo —añadió Carlos sin apartar la mirada de la pantalla de su móvil.

A qué mala hora le compró mi madre ese cachivache.

Ni en la más absoluta embriaguez me lo habría comprado a mí a su edad.

Pero claro, los padres educan y los abuelos malcrían.

O eso dicen.

Al menos, tanto mi madre como mi suegra lo llevan a rajatabla. Se lo han tomado muy en serio las muy…

Pero bueno, ley de vida.

—Sí, papá se va a ir unos días, pero cuando vuelva iremos todos a cenar y al cine. ¿Quién se apunta?

—¡Yo! —contestó Laura de inmediato, no así Carlos, que puso cara de higo y alzó los hombros, como diciendo, bueno, si a vosotros os apetece no me opondré.

No había entrado todavía de lleno en la edad del pavo y ya necesitaba fervientemente que terminara.

Y luego vendría Laura, si es que…

Bueno venga, positividad.

Hoy iba a ser un día MARAVILLOSO.

Tomé aire por la boca y, antes de llegar a expulsarla, Rodri se había acercado y me había plantado un beso en la boca.

Lo dicho.

MARAVILLOSO.

Si es que cuando ese hombre me toca yo ya me pierdo.

Pero, ¿qué iba a hacer yo sin que me tocara durante toda una semana?

Bueno, algo se me ocurriría.

—Buenos días, cariño —me susurró después de levantar sus labios de los míos.

—Buenos días, mi amor.

No había terminado mi frase cuando Carlos ya había puesto cara de asco.

Por un lado, ese hecho me molestó. No hay nada peor cuando una disfruta de una muestra de afecto que alguien te esté juzgando.

Pero, al mismo tiempo, lo comprendía.

Si hay algo peor que lo anteriormente mencionado es ver a tus padres mostrando su afecto ante tus narices.

Suspiré.

—Tienes el desayuno preparado y las mochilas de los niños junto a la puerta. Yo termino esto y me voy ya, que no quiero llegar tarde.

Asentí antes de llevarme un trozo de pan mojado en yema de huevo a la boca.

—Dentro de nada nos vemos —me dijo ante de sonreír, darme un beso en la mejilla, y dirigirse hacia su maleta.

—Buen viaje, mi amor —contesté con la boca llena de pan con huevo—. Te echaré de menos.

—Y yo a ti.

2

—¡Vamos, vamos, vamos, que al final llegamos tarde!

—Pues como siempre —dijo el simpático de mi hijo mientras caminaba a paso de tortuga hacia la puerta principal.

—Papá siempre dice que eres una tardona y que por eso prefiere llevarnos él al cole.

—Mira, qué majo tu padre, ya hablaré con él cuando vuelva, ya.

—Pero no puedes decirle nada, eh —dijo la pequeña Laura con un dedo sobre los labios.

—¿Ah, no? —pregunté después de ponerme de rodillas frente a su carita—. ¿Y eso por qué?

—No, es un secreto entre nosotros y tenemos que guardarle el secreto.

—Pues buen trabajo, hija, te ha salido de rechupete —dije mientras me levantaba sin saber si había pillado el sarcasmo.

Daba por hecho de que no.

Anda que no le tocaba espabilar a la niña…

Los dos monstruos salieron por la puerta de la casa unifamiliar que teníamos a la afueras de Valencia, en un barrio de "quiero y no puedo" que nos podíamos permitir con nuestros sueldos por encima de la media, pero que, en la tesitura de la vivienda, tampoco daba para tanto.

Al menos pillamos la hipoteca antes de que el euríbor pegara el petardazo

No hemos dado gracias ni na por no haber hecho caso al desgraciado del banco y haber pillado un interés fijo cuando todavía estaban razonables.

Antes de poner un pie fuera de la casa, eché un vistazo hacia el interior, directa al sótano.

Me estaría esperando cuando volviera.

—Vamos, niños, deprisa.

—Que sí, pesada.

—Ni que sí ni que no, espabila. Y suelta el móvil.

Paseamos por el jardín que mi marido cuidaba casi más que a su coche y mucho más que sus hijos, y entramos en el garaje privado. El coche de Rodri ya no estaba. Supuse que lo aparcaría junto al aeropuerto.

Menudo leñazo nos pagarían cuando volviera.

Ya podía irle bien la venta, ya…

Abrí el coche con el mando, abrí la puerta de atrás y metí a Laura en el interior del coche antes de colocarle el cinturón de seguridad por encima del pecho.

—Esta tarde os recogerá la abuela.

—¿Cuál de las dos abuelas? —preguntó Carlos con el ceño fruncido.

—¿He dicho la abuela o la bruja? —pregunté mientras ojeaba su reacción por el espejo retrovisor.

—La Abuela.

—Pues pregunta contestada —dije mientras ponía el coche en marcha y apretaba el botón que accionaba el motor de la persiana.

El muy mocoso no pudo evitar sonreír mientras yo sacaba el coche del garaje. Y ¿qué demonios? Yo también sonreía.

Puse la radio, algo de música para amansar a las fieras durante los veinte minutos aproximados que tardaríamos en llegar al colegio.

Aunque, en mitad de la canción, hubo una interrupción para una noticia de última hora. Uno de los políticos implicados en el caso de corrupción del momento, se había pegado un tiro justo después de asesinar a toda su familia durante la cena.

—¡Jesús! —no pude evitar exclamar antes de cambiar de cadena y volver a la música amansa fieras.

Nada más llegar al colegio, aparqué en zona azul, puse algo de dinero con Telpark, bendito invento, y dejé a los niños en la puerta.

—Adiós, hijos míos, portaos bien en el colegio y también con la abuela, eh.

—Adiós mamá, te quiero y te voy a echar mucho de menos —dijo Laura antes de darme un beso en la mejilla y que yo hiciera lo propio en la suya.

—Lo que tú digas —contestó Carlos caminando ya hacia la puerta de entrada.

Ten hijos para esto… me dije a mí misma mientras trataba de contenerme.

Qué bien me iba a venir quedar con mi amiga dentro de un rato.

Cómo lo necesitaba.

No podía esperar a que llegara el momento de…

—Hola Rosa, ¿qué tal? ¿Y eso que hoy traes tú a los niños?, ¿no está Rodri? —me preguntó una odiosa voz tras mi espalda.

O lo que yo escuché después de traducir el sub texto:

¿Cómo es que una madre tan desastrosa como tú trae a los niños cuando es siempre su padre el que lo hace, porque ÉL sí que es un buen padre, no como TÚ, PUTA.

—Está de viaje —contesté con la mejor de mis sonrisas falsas.

—Claro —dijo ella con una todavía mejor que la mía. Una sonrisa de arpía experta—. Y supongo que no tienes tiempo para un café, eh, ¡ay con las madres trabajadoras, no sé cómo llegáis a todo!

O lo que es lo mismo:

Tengo claro que lo hacéis todo mal, MALAS MADRES.

—Pues sí, la verdad es tengo muchas cosas que hacer.

—¡Qué pena!

—Sí.

—Otro día.

—Sí, otro día.

Mejor cuando te hayas enterado de que tu marido te pone los cuernos con todo ser viviente. Sí, ese día nos tomamos lo que tú quieras y disfrutamos de la charla.

Antes de que esa mujer llegara a decir una palabra, me di la vuelta y encaminé el coche. No podía esperar ni un minuto más para llegar a casa.

3

Sin poder quitarme de la cabeza a la odiosa de Sara —Buena madre y mejor esposa— llegué finalmente a casa y aparqué el coche en el garaje.

No tenía nada de comer en la nevera ni para ese día ni el siguiente, pero, ¿para qué? Si iba a estar prácticamente sola durante dos días.

Dos días enteros para mí y mis cosas.

Un sueño hecho realidad.

Decidido.

Pediría algo en UberEats.

Algo sabroso y grasiento a más no poder.

Sí.

Definitivamente eso haría.

La persiana del garaje se abrió de par en par cuando una sombra se cernió sobre mi espalda.

Pero ¿Qué?

—Hola vecina —saludó la voz de Armando, el dueño de la casa de al lado. Un hombre viudo que pasaba más tiempo en el jardín que en el interior de su casa.

Pobre hombre.

Me daba una pena inmensa cada vez que lo veía.

Él solo sin su mujer y con unos hijos que solo lo visitaban en Navidad.

Desagradecidos.

Yo tenía claro que no quería acabar de esa forma.

Fuera como fuera, yo debía partir hacia el otro mundo antes que Rodri, ni de coña me quedaba yo sola con esos dos.

Vieja, arrugada y sola en casa mientras mis hijos me visitaban de uvas a peras y se peleaban por no tener que cuidarme.

De eso nada, monada.

—Hola Armando, buenos días —contesté con la mejor de mis sonrisas.

—Un par de días sola, eh —dijo él antes de guiñarme un ojo.

No sabía si me hacía demasiada gracia que ese hombre supiera tanto sobre mi vida privada, pero bueno…

—Así es, sí. Un par de días de desconexión vienen bien de vez en cuando —me escuché decir mientras bajaba del coche y le dedicaba otra sonrisa. O era la misma de antes que no había llegado a abandonar mi rostro.

—Claro que sí, disfruta tú que puedes —dijo el mientras se despedía con la mano y la puerta se cerraba frente a mí, dejando el interior del garaje prácticamente a oscuras.

Cerré el coche y encaminé las escaleras que daban al recibidor de mi casa.

Mi preciosa casa comprada a un precio razonable y a un interés asequible apenas unos pocos años atrás.

Pobres de los que eran un poco más jóvenes que yo o llevaban un ciclo vital algo más lento y tenían que enfrentarse a ese momento con las nuevas condiciones inmobiliarias.

Alcancé la cocina con una enorme sonrisa sobre el rostro mientras pensaba en la tarde que me esperaba.

Y libre de niños.

¡Qué maravilla!

Y que conste que yo adoro a mis niños.

Pero de vez en cuando es bueno encasquetarlos con la abuela y tener un tiempo para una misma.

Porque sí, porque yo lo valgo.

¿Cuánto tiempo hacía que no podía tener un plan como el que me esperaba?

Buff, al menos un par de meses.

Sí, como mínimo dos meses…

Una eternidad.

Fui repasando y dejando sobre la encimera todo lo que iba a necesitar más tarde.

Muy bien.

Muy bien.

Muy bien.

Armando pasó por delante de la ventana a una distancia de unos diez metros y me saludó como si no nos hubiéramos visto hacía cinco escasos minutos.

Le devolví el saludo con la mano y una sonrisa sobre el rostro.

Y seguí a lo mío.

Muy bien.

Muy bien.

Muy bien.

Muy bien.

¡Mierda!

¡No!

No tenía todo lo necesario.

¿De verdad iba a tener que salir a comprar en ese momento?

Estaba convencida de que lo había comprobado todo varías veces.

Me cago en …

Bueno…

Tranquilidad.

Me dije a mí misma y suspiré profundamente.

Hoy va a ser un día ESTUPENDO.

Me dije de nuevo.

Ya que tenía que salir de casa, aprovecharía y pasaría también por el supermercado.

Dejé todo de nuevo en el interior del armarito, comprobé que llevaba encima las llaves del coche y fui directa al garaje.

La luz se prendió con el detector de movimiento, me senté en asiento del conductor y, estaba a punto de insertar la llave en el contacto, cuando un olor extraño se adentró por mis fosas nasales.

Era un olor extraño que no reconocía.

No había llegado a averiguar qué diantres podía ser cuando el sueño se apoderó de mi cuerpo y caí rendida sobre el volante.

Muerta de sueño.

4

Cuando volví de mi letargo no sabía con seguridad si habían pasado dos minutos a cincuenta.

Me dolía ligeramente la cabeza y los ojos me pesaban.

Me costaba un mundo mantenerlos siquiera abiertos.

Tendría que pasar por una farmacia antes o después de ir a la ferretería y al supermercado.

Pero ¿y ese olor?

Estaba convencida de haber olido algo y que eso había provocado que me desplomara sobre el volante.

Sin embargo, ahora no se olía nada.

Fui a coger las llaves del coche cuando me percaté de que no estaban.

Estaba convencida de que había llegado a ponerlas sobre el contacto.

No había llegado a arrancar, pero ponerlas las había puesto.

¿O no?

Realmente no estaba segura de nada más que de que la cabeza me dolía como mil demonios.

Un día sola y… de verdad… todo mal.

TODO MAL.

Rebusqué por el interior del coche, prendí la luz del techo, mire en mis bolsillos, en el bolso…

Nada…

¡Un momento!

¿Dónde estaba mi móvil?

Eso sí que estaba segura de que tenía que estar en el bolso.

Pero no…

Ahí no estaba.

Mi mano voló hacia la manilla del coche, pero la puerta no se movió.

Retiré el seguro desde el interior y la puerta continuó sin accionarse.

Eso era imposible.

Las puertas no podían quedarse cerradas desde el interior de esa manera.

Lo había comprobado una y mil veces cuando los niños eran más pequeñitos y era peligroso dejarlos dentro bajo el sol del mediterráneo.

Y esas puertas se podían abrir siempre desde el interior.

Lo único que había que hacer era pulsar el seguro.

Pero nada…

Nada de nada.

Y comenzaba a ponerme de los nervios.

¡Maldita sea!

Mi amiga me estaría esperando.

No sabía qué hora sería, pero seguro que ya llegaba tarde.

Y yo odiaba llegar tarde.

Siempre me ha parecido una imperdonable falta de respeto hacia la persona que te está esperando.

Y yo no era una maleducada.

Faltaría más.

Sentí que una gota de sudor me recorría la frente mientras comprobaba que ninguno de los seguros de las puertas se movían. Fui pasando de asiento en asiento, restregándome por todo el coche como un gusano antes de pasar a la parte de atrás como un miembro del circo del Sol en baja forma.

Las puertas traseras también estaban cerradas y el seguro no funcionaba.

Cambio de plan.

Me coloqué de rodillas mirando hacia la ventanilla de detrás y traté de abrir paso entre los asientos traseros y el maletero. Había abierto esa ranura cientos de veces para dejar algo que se me había olvidado meter.

Pero tampoco, era como si de alguna manera el coche fuera hermético.

Cada vez me ponía más nerviosa mientras me sentaba sobre el asiento trasero y miraba hacia delante.

¿Qué narices podía estar pasando?

La cabeza me estaba matando y necesitaba pensar con claridad.

Rebusqué en el interior de mi bolso con la intención de encontrar algo de droga que me ayudara a tal ardua tarea.

Siempre solía llevar algún ibuprofeno o paracetamol por si alguno de los niños se caía jugando o por si me dolía la cabeza de lo pesados que estaban.

Un bolso de madre, vamos.

Pero nada, tampoco.

De hecho, en el bolso solo había pañuelos, un corta uñas, compresas, una cartera marrón, una…

Espera un momento.

¿Una cartera marrón?

Esa no era mi cartera…

La cogí, la abrí a la carrera y rebusqué en su interior.

Había algo de dinero, unas pocas monedas y un par de billetes. Varias tarjetas de crédito, un carnet de conducir y un DNI a nombre Juan Cascales.

—¿Quién demonios eres tú, Juan?—farfullé yo sola como una pirada—¿Y por qué tengo yo tu cartera?

Y lo más importante de todo.

¿Dónde diantres está la mía?

5

Como era evidente, nadie contestó a mis preguntas.

Ahí estaba yo, sentada en el asiento trasero de mi coche, con las luces del garaje apagadas y la cartera del tal Juan Cascales en las manos.

Qué menudo apellidito tenía el señor, todo hay que decirlo.

Miré a ver si había algún número de teléfono al que llamar hasta que me acordé de que no tenía el móvil.

¡Estúpida!

Me dije, con inquina.

Vale, había que recapitular.

Yo había entrado en el coche con las llaves en la mano y el móvil en el bolso.

Hasta ahí bien.

Y ahora no tenía ni las llaves ni el móvil.

Ahí ya mal.

Las puertas estaban abiertas y ahora cerradas.

Y los seguros habían dejado de funcionar.

Todo maravilloso.

¿Conclusión?

Ni pajotera idea.

No podía hacer mucho más.

—¿Hola? ¿Armando? ¿ARMAAAAAANDOOOOO?

Pero nada. Estuviera donde estuviera ese hombre, o no me escuchaba o no lo escuchaba yo a él. Fuera como fuera, no estaba avanzando absolutamente en nada.

¿De verdad me podía estar pasando eso a mí y justo el día en el que estaba sola?

El único día en el que estaba sola y además cuando había quedado hacía ya…

Miré el reloj del coche.

Estaba parado en las 12:00 PM

Le di un par de golpes para que espabilara. Punto número uno del manual de instrucciones de cualquier aparato electrónico.

Pero sorprendentemente siguió sin funcionar.

Me asomé por la ventana de la parte trasera para observar la oscuridad que había en el exterior y la pared que daba al interior de la casa. Sentía la comodidad de mi casa tan cerca y a la vez tan lejos que se me hacía insoportable.

Como un anciano que ya no podía caminar sentado en su sillón y el mando distancia a medio metro sobre el suelo.

Como si estuviese en china…

Así me sentía yo en ese momento contemplando la puerta que daba al salón.

No sabía qué hacer y los nervios se estaban apoderando de mi cuerpo y mi raciocinio. Las puertas estaban bloqueadas… Las ventanillas no se movían… Mi teléfono no aparecía…

¿Cómo podía estar pasando algo así en el interior de mi propio coche?

¿Podría estar alguien detrás de todo eso?

Pero ¿quién me encerraría en mi propio coche y lo manipularía para que jugara en mi contra? Era absurdo.

Absurdo y escalofriante de narices.

Con lo fácil que sería darme un golpe y llevarme a una cabaña en el bosque, o a un sótano o a cualquier sitio alejado del mundo para poder hacer lo que… O mejor debería de dejar de pensar en todas esas opciones antes de que me diera un jamacuco.

Sí, definitivamente era mejor dejar de pensar en esas barbaridades, era evidente que no era ese el caso.

Estaba en el interior de mi propio coche al lado de mi casa.

Y lo único malo era que el coche se había roto en el momento en el que nadie vendría a buscarme en unos días.

Mala suerte, la mía…

La única opción que me quedaba era ponerme a gritar como una descosida

Yo sabía por pasadas experiencias que en otras partes de la casa podías gritar todo lo que te diera la gana que no te iban a escuchar. Por cosas mías.

Sin embargo, pensaba que en el garaje, con la persiana que daba directa a la calle, ya sería mala suerte que no me oyera nadie.

Armando estaría por ahí fuera como siempre regando las margaritas, o la maldita vecina del perro que siempre me meaba en la persiana. O cualquiera que quisiera dar un paseo por nuestro precioso barrio residencial.

Así que bueno.

Tocaba gritar.

—¡Armaaaaaandoooooo! ¡Armaaaandoooo!, ¿hay alguien ahí? ¡Me he quedado encerrada en el cocheeeeee! ¿Me oye alguien?, ¿me oye alguieeeeen?

Mis propias palabras me estaban taladrando la cabeza. Se adentraban por mis tímpanos y perforaban mis sienes como un obrero que comenzaba a trabajar a la ocho de la mañana y a las nueve se iba a almorzar, cuando ya te habías despertado y cagado en toda su familia veinte veces.

Paré durante un momento mi griterío para restregar mis dedos sobre mis sienes y tratar de que el dolor menguara al menos hasta algo soportable.

—¡Armaaaaaandoooo! ¡Holaaaaa…!

Estaba a mitad de mi grito de histérica cuando se escuchó el clic de un pestillo y la guantera se abrió por completo, incluso estaba iluminada con un pequeño led para que se viera perfectamente su interior.

Una botella de agua junto a un blíster con una pastilla dentro en la que decía “paracetamol” y, a su lado, un papelito con un mensaje escrito con letra de ordenador.

“Eres mi favorita, no me falles” “El cetrero”

—Pero ¿qué?

6

Decir que me quedé en *shock* sería quedarme corta.

Muy, muy corta, realmente.

Nada de lo que acababa de pasar tenía ningún sentido para mí.

Mi guantera no era automática, de hecho, ni siquiera cerraba bien después de que el animal de mi hijo le diera una patada un día en el que decidió que salir por la ventana era mucho más divertido que hacerlo por la puerta.

Ni qué decir de la manera en la que podían haberle hecho llegar la botella de agua, la pastilla y la maldita nota.

"Eres mi favorita, no me falles"

¿Qué diantres significaba eso?

¿Quién había entrado en mi casa y había tocado mis cosas?

¿Acaso era este mi coche? ¿Lo habían manipulado durante el tiempo que había estado inconsciente?, ¿o lo tenían ya preparado?

Pero , ¿quién?

Yo solo era una madre y una esposa ejemplar.

Podrían ponerme en una revista posando con una tarta de chocolate y contar en la entrevista lo hermoso que era levantarse cada mañana con mi familia a mi lado.

Caminando de la mano hacia un objetivo común y maravilloso y todas esas pamplinas.

Entonces…

¿Qué era lo que estaba pasando?

Por favor no…

¿Habrían entrado al sótano?

Por dios, no quería ni pensarlo.

Como tampoco pensaba tocar esa maldita pastilla. Por mucho que me doliera la cabeza, no pensaba ni mirarla.

Y por dios que me dolía.

Apreté los párpados antes de abrir muy fuerte los ojos.

Tenía que salir de ese coche lo antes posible.

¿Podría romper las ventanas?

Era un acto de desesperación, pero evidentemente comenzaba a estar bastante desesperada.

Me quité la chaqueta e hice un gurruño con ella. Había visto en una película que era una buena forma de romper la ventana sin cortarse la mano.

Y no cortarme la mano era una de mis prioridades, justo por debajo de que la maldita ventana se partiese en trocitos.

Una vez me encontrara fuera del coche solo tendría que entrar en casa y llamar a la policía.

Bueno, antes debería ir al…

Ya pensaría después en los pasos que debía de dar.

El primero evidentemente era romper la ventana.

Cuando tenía la chaqueta rodeando mi puño y estaba preparada para golpear el cristal, una voz sonó desde interior de la radio del coche.

Una voz serena y relajada.

La tranquilidad personificada.

—Está terminantemente prohibido el uso de la fuerza durante el transcurso de la prueba. Únicamente puede utilizar los objetos que ya tiene en su poder para seguir avanzando. Si desobedece alguna de las normas que he mencionado, será aleccionada de manera inmediata. Disfrute de la experiencia.

La voz de esa mujer, u hombre, o lo que fuera eso, únicamente me dio más ganas de romper la maldita ventana.

—Alecciona esto, capullo —farfullé antes de lanzar mi puño sobre el cristal.

Aunque no llegué a alcanzarlo, antes de que mi chaqueta rozara siquiera la ventana, advertí un calambre por todo el cuerpo, como si todo el asiento funcionara como un enorme Taser.

Me retorcí de dolor.

Solté la chaqueta sobre el asiento del copiloto y maldije en voz alta todo lo que me pasó por la cabeza mientras el dolor comenzaba a remitir.

—Como se le ha advertido adecuadamente, si incumple las normas será aleccionada de manera inmediata. Haga el favor de no hacerlo de nuevo. Disfrute de la experiencia.

La voz había traspasado mi cuerpo como un ente. No sabía cómo ni por qué razón, pero me había metido en un lío muy gordo.

Aunque todavía no era capaz de saber hasta qué punto.

7

El final del comunicado de esa maldita voz precedió a un silencio sepulcral.

Mi mente no dejaba de dar vueltas a lo que me estaba ocurriendo y no era capaz de dar con ninguna explicación factible.

—Pero, ¿qué quieres?, ¿quién eres? —me vi preguntando de manera absurda, como si esa voz fuera a contestar: Pues mira, me llamo Manolo y quiero torturarte lentamente.

Y eso no funcionaba de esa maldita manera.

Si alguien había decidido encerrarme allí dentro, no iba a darme más explicaciones. Ahora dependía de mí misma solucionar el problema.

Aunque claro, decirlo era más fácil que hacerlo cuando todo mi cuerpo me pedía a gritos que comenzara a llorar como un bebé al que le habían quitado su chupete y a patalear pidiendo que Rodri estuviera a mi lado.

Era absurdo, si él estuviera aquí conmigo estaríamos los dos con el agua hasta el cuello. En cambio, ahora, al menos él estaba bien y a salvo en su viaje.

Uff, los niños…

Menos mal que no los habían cogido a ellos también…

Una vez exteriorizadas todas mis preocupaciones, calmé a mi cerebro y le expliqué que lamentarse no era una opción aceptable, que lo único que podíamos hacer era buscar soluciones a los problemas.

Bueno, evidentemente ya no iba a ser un día MARAVILLOSO.

Ahora el plan era que no resultara ser el día de mi muerte.

Ojeé a mi alrededor. Lo único que se observaba en el exterior era oscuridad únicamente iluminada con…

Un momento. ¿Qué eran esas luces?

Estaba convencida de que eso no estaba ahí antes.

No es que yo me fijara demasiado en el garaje, en absoluto, para mí era únicamente un lugar de transición. Entraba, me subía en el coche y me largaba.

Y lo mismo a la vuelta.

Sin embargo, quiero creer que me habría dado cuenta si tres luces de distintos colores iluminaran tenuemente una zona en concreto del garaje. Aunque claro, llevaba ya un rato metida allí dentro y me acababa de percatar en ese momento.

¿Habría estado así todo el tiempo desde que me había despertado?

Ni lo sabía ni tenía la posibilidad de saberlo con absoluta certeza.

Lo único que podía hacer era tratar de recapitular.

“A ver, me he levantado, he bajado a la cocina y Rodri todavía estaba en casa. Me ha dado un beso y se ha ido al viaje poco antes de que yo levaba a los niños al cole”

“Me he encontrado con la insoportable de Sara y me he ido directa a casa”

“He entrado y, me estaba preparando para irme a ver… Un momento, entonces me he dado cuenta de que me faltaba algo y he vuelto al garaje. He olido algo extraño y ya he despertado aquí encerrada”

¿Habrían aprovechado cuando no estaba para planear la trampa?

“Pero si yo me he llevado el coche, ¿cómo diantres…? Es imposible”

A no ser que lo hubieran hecho todo después de que yo me durmiera y que haya pasado mucho más tiempo de lo que yo creía.

Pero, ¿si ese era el caso?, ¿cuánto? Si hubieran sido horas, nadie habría preguntado por mí, pero en el caso de se tratase de días, mi madre me habría llamado para devolverme a mis hijos envueltos en papel de regalo y una nota de “Nunca más” pegado en la frente.

Volví a los colores. En ese momento no importaba cuando los habían puesto, sino el hecho evidente de que lo habían hecho.

Traté de mirar a través de la ventana del coche hacia su procedencia, y aunque era muy difícil llegar a verlo, parecía que viniera de detrás. Ojeé por el espejo retrovisor central.

Nada…

Hice lo propio con el izquierdo.

Nada.

Solo me quedaba mirar por el derecho, por el asiento del copiloto. Parecía un mono de rama en rama, pasando de un asiento a otro como una lunática.

Espera un momento, algo sí que se veía.

Toqueteé el botoncito que accionaba el movimiento del retrovisor hasta que lo que creía haber visto se mostró de manera fehaciente.

Un pequeño led se iluminaba de distintos colores en lo que parecía seguir un patrón.

Rojo, amarillo, azul, rojo, verde…

“Mierda, me he perdido”

Tenía que volver a empezar.

Rojo, amarillo, azul, rojo, verde, rojo, azul…

La cagué otra vez, y otra, y otra.

Hasta que finalmente creí tener el resultado final.

Rojo, amarillo, azul, rojo, verde, rojo, azul, verde, amarillo, amarillo, rojo, verde y azul.

Sí, sin duda ese era el patrón que se veía en esos colores procedentes del led.

Pero, ¿qué tenía que hacer yo con eso?

Rebusqué por todo el coche algún lugar en el que tuviera sentido el patrón. No lo encontré.

—Hola, quien sea que seas, el patrón es Rojo, amarillo, azul, rojo, verde, rojo, azul, verde, amarillo, amarillo, rojo, verde y azul. ¿Me oyes? El patrón es Rojo, amarillo, azul, rojo, verde, rojo, azul, verde, amarillo, amarillo, rojo, verde y azul.

Nada, el silencio más absoluto de una soledad incompleta. Incompleta porque estaba totalmente convencida de que me estaban observando.

—¿Me escucha alguien?

Mismo resultado.

Seguí rebuscando por el interior del coche hasta que di con algo que evidentemente no estaba en el coche esa misma mañana y que era muy posible que se me hubiera pasado por alto. Junto a la radio, los botones estaban cambiados, como pintados de justamente los mismos colores que había encontrado en ese patrón.

Probé a pulsar uno de los botones y la pantalla de la radio se iluminó y marco un número del

mismo color del botón.

Pulsé de nuevo y el número uno pasó a ser un dos.

Vale, ya lo tenía.

Ahora solo tenía que poner cuantas luces había de cada color, pero, sin poder apuntarlo, a mi cabeza le iba a costar memorizarlo.

A ver…

Si era…

Rojo, amarillo, azul, rojo, verde, rojo, azul, verde, amarillo, amarillo, rojo, verde y azul y cuento los rojos… Hay cinco… no, hay cuatro rojos.

Pulsé cuatro veces el botón del color acorde hasta que el número cuatro salió en la pantallita del coche.

El mismo lugar donde hoy me salían las canciones de la radio y que ahora “alguien” había manipulado de la manera más vil.

Pasé al segundo color.

El azul.

Rojo, amarillo, azul, rojo, verde, rojo, azul, verde, amarillo, amarillo, rojo, verde y azul.

Había tres azules.

Hice lo propio con el amarillo y el verde y, al hacerlo, los números se desvanecieron dando paso al contenido de una cámara.

De pronto podía observar el interior de una cocina, no mi cocina, de eso estaba segura, sino de una cocina que no conocía.

La mía era de vitrocerámica y una encimera negra frente a una isla en forma de mesa. Y la que tenía frente a mis ojos tenía fogones y un toque de madera rústico en los decorados.

Era bonita, las cosas como son.

Pero definitivamente no era mi cocina.

Aguardé unos pocos segundos hasta que mis sospechas se confirmaron. Un hombre de unos sesenta años pasó por delante de la cámara con un rostro carcomido por el más certero de los terrores en busca de algo.

Un algo que, si mis sospechas eran ciertas, podría tratarse de un maldito led con colores.

8

Observé la pantalla embobada mientras el hombre miraba de un lado para otro. La cámara no tenía audio o, al menos, yo no tenía acceso a escucharlo, pero era evidente que el hombre gritaba y hablaba a la cámara, desesperado.

Sentí un déjà vu, esa era yo hacía escasos minutos.

Debería de estar pensando en qué es lo que ocurría.

Quién me había hecho esto y cómo podía solucionarlo. Sin embargo, mi mente se enfocaba en simplemente continuar hacia delante. Seguir los pasos cual ratoncito encerrado en un laberinto con un trozo de queso al final del mismo.

Y yo quería mi maldito trozo de queso.

Me mantuve observando la pantalla dando por hecho que, si me habían dado acceso a ella, era por algo. Cuando el hombre se detuvo en el centro de la cocina con las manos sobre la cabeza no pude evitar soltar…

—Vamos hombre, no te rindas —me escuché decir en voz alta.

De inmediato el hombre alzó la mirada y la fue pasando por toda la cocina. Había escuchado lo que yo había dicho. Sin embargo, yo no podía escuchar sus palabras.

—Mierda, no sé qué es lo que estás diciendo —dije hacia un hombre que gritaba desesperado, posiblemente pensando que yo era la culpable de todos sus problemas—. Yo estoy encerrada igual que tú, yo puedo verte y tú puedes oírme, seguro que hay algo que necesitamos hacer juntos.

El hombre se detuvo en su griterío y se quedó pensativo un instante.

—Asiente si me has entendido.

Lo hizo.

—Bien. Yo he llevado esta mañana a mis hijas al colegio y, al volver a casa, he sentido que me dormía sobre el coche y me he despertado encerrada en lo que parece mi propio vehículo. Donde tú estás, ¿esa es tu casa?

Asintió.

—¿Te ha pasado algo parecido a lo que yo he dicho?

Asintió de nuevo.

—De acuerdo. Yo he intentado utilizar la fuerza para salir del coche, ¿has hecho tú algo parecido?

El desconocido negó con la cabeza mientras se acariciaba un mentón afeitado.

—Bien, no lo hagas, a mí me han dado una descarga de tres pares de narices, sea quien sea quien nos haya hecho esto, no quiere que hagamos trampas.

El hombre miró hacia arriba mientras una lágrima resbalaba por su mejilla.

—¿Hay algo distinto a lo que estás acostumbrado?, ¿colores?, ¿números?, ¿algo?

Parecía que dudaba en un principio, hasta que acabó por asentir y señalar hacia unos botones que había en el horno.

—De acuerdo, ¿los has pulsado ya?

Dijo que sí con la cabeza.

—¿Y qué ha pasado después? —pregunté con la cabeza a mil revoluciones.

El hombre se señaló los oídos y después repitió el movimiento hacia lo que él pensaba que era la cámara. No lo consiguió, pero fue suficiente como para comprender lo que quería decirme.

—Y comenzaste a escucharme.

—Asintió.

—En ese momento yo te vi a ti. Eso quiere decir que los dos hemos pasado la primera prueba y que, si ahora yo te veo y tú puedes escucharme, significa que la segunda prueba depende de eso. Dime qué ves a tu alrededor.

El hombre alzó los hombros, como diciendo, ¿cómo voy a decirte lo que veo si no me escuchas?

Vale, era cierto, pero de alguna manera tendría que hacérmelo saber, vamos digo yo.

Yo miré de nuevo a mi alrededor en busca de "eso" que ese "alguien" que nos había encerrado quería que utilizara.

—Yo estoy encerrada dentro del coche, diría que no veo nada más… espera, eso no estaba ahí antes de que la cámara se encendiera, se ha abierto algo en la pared, diría que es una especie de botonera. ¿Tienes algo similar?

El hombre observó a su alrededor antes de negar con la cabeza.

—Vale, si quieren que trabajemos juntos es porque lo que tengo que poner yo aquí lo vas a ver tú allí, ¿me entiendes?

Su repuesta fue abrir los brazos de par en par. No escuchaba sus palabras, pero era evidente que la pregunta que rondaba su mente era cómo diantres podía saber yo esas cosas.

Pues lo sabía simplemente porque era evidente y porque, a mis treinta y ocho primaveras, había jugado al menos cuatro o cinco escape rooms y estaba claro que el capullo que nos había encerrado también. Aunque claro, ese hombre al que veía en la pantalla ya no iba a cumplir los sesenta, así que era muy posible que todo eso le sonara a élfico.

Ya le podría haberte tocado colaborar con alguien más joven…

En fin…

—Busca, por favor.

YAAAAAAA.

Mi voz sonó agradable y amistosa, más falsa que una moneda de tres euros con la cara de Hannah Montana.

Pero funcionó.

El hombre comenzó a buscar a su alrededor mientras yo lo observaba acariciando mis sienes, que todavía me estaban matando. Un sonido se escuchó a mi alrededor, junto a la guantera, que se había abierto de nuevo.

Un nuevo mensaje mecanografiado.

—Tómate la pastilla, te encontrarás mejor, confío en ti, El cetrero —leí en voz alta antes de observar el paracetamol todavía guardado en su blíster junto a la botella de agua.

Le di la vuelta al papelito.

—Fíjate bien en el coche, hay cosas que no has visto bien.

Pero, ¿quién se creía ese ente que era para encerrarme ahí dentro y luego hacer cómo que

quería ayudarme?

El dolor de cabeza se mezcló con un ardor de rabia que me salía por los poros.

Sin embargo, un pensamiento cabalgó por mi dolorida mente.

Si quien me hubiera encerrado allí dentro me quisiera muerta, haría largo rato que estaría dando de comer a los gusanos.

Abrí el botellín de agua, extraje la pastilla de su blíster y la engullí como mi hijo devoraba una buena hamburguesa.

Si quería tener alguna posibilidad de salir de esa con vida, necesitaba pensar con claridad y con dolor que tenía en ese momento no sería posible.

“Bien”, me dije.

“Estás jodidamente jodida, Rosa. De aquí para arriba, con dos ovarios”

Regresé a mi estado de gusano para ir pasando de asiento en asiento, buscando qué podía ser lo que no había visto, pero todo parecía igual. Era mi coche, un coche que llevaba teniendo desde hacía un par de años y que todavía no había terminado de pagar.

Mi mente se desviaba del verdadero problema.

Palpé bajo los asientos mientras, de vez en cuando, observaba hacia la pantalla para ver al desconocido que hacía lo propio por toda su cocina.

Volví a lo mío.

Toqué las ventanas, los asientos de atrás, las moquetas, el reposabrazos, que estaba subido y, al bajarlo, di con un botón rojo en la parte interior.

“Curioso”

Lo pulsé sin pensar como una idiota cuando la pantalla se apagó.

—¡No, no, no, no! ¡Seré idiota! —exclamé, asustada y cabreada a partes iguales.

Mi yo gusano regresó a la parte delantera como si ese hecho implicara que el hombre fuera a volver a aparecer en la pantalla por arte de magia.

Evidentemente no fue así.

—¡Maldita sea!

9

Golpeé con la mano la pantalla en negro como una posesa, pero tal absurda acción no modificó su apagada condición.

—Mierda, mierda, mierda…

—¿Hola? —escuché que decía una voz a través de los altavoces del coche.

¿Quién sería?, ¿se trataría de la persona que me había encerrado?, ¿sería quien me había enviado la pastilla?, ¿serían personas distintas?

O quizás…

—He dejado de escucharte, pero ahora puedo verte —dijo una voz de hombre, la misma dueña del anterior hola.

—Vale, eso quiere decir que ahora yo puedo escucharle y él a mí no, pero, a cambio, él puede verme —dije en voz alta sin darme cuenta de que yo misma acababa de decir que él no podía escucharme.

Menuda genia estaba yo hecha.

Cualquier persona habría llegado a la misma conclusión.

—No sé por qué no puedo escucharte ahora, sin embargo, puedo verte, nada tiene ningún sentido —dijo el hombre por el altavoz.

“Pues parecía que no cualquier persona” pensé con el emoji de la gota en la frente en mis pensamientos.

No me había tocado un genio precisamente.

Y mi vida dependía de ello.

—He encontrado unas bolitas de metal en un cajón. No había nada más, solo eso —dijo de nuevo el hombre desconocido con su sesentera voz.

Regresé a mi forma de gusano y fui de cabeza al asiento de detrás. Al llegar, sin pensármelo dos veces, pulsé de nuevo el botón rojo.

La cámara cambió de nuevo dando paso a la imagen de la cocina del desconocido señor.

—¿Puedes escucharme de nuevo? Yo puedo ahora cambiar la cámara cada vez que quiera. Así que podemos tener una conversación más o menos normal —dije antes de pulsar de nuevo el botón y que la cámara se tornara negra.

—Vale, vale, yo me llamo Juan, Juan Cascales, ¿tú como te llamas?—preguntó el hombre nada más yo dije mi frase.

¿En serio eso era lo que iba a preguntarme? No sabía ni siquiera si teníamos un tiempo que cumplir y ese atontao me preguntaba por mi nombre.

Pulsé de nuevo el botón.

—Mi nombre no te importa, lo importante es salir de aquí, así que déjate de sandeces y hazme caso, ¿qué has encontrado?

Pulsé el botón.

—Hay bolas de metal en un cajón, no parece que haya nada más —contestó él de inmediato.

Pulsé el botón y observé la cámara.

—¿Qué más hay en la cocina?

—Nada, no hay cuchillos, cubiertos de ningún tipo, ni vasos, ni nada. Solo una cazuela.

¿Una cazuela?

Pulse el botón rojo.

—¿Una cazuela?, ¿van los fogones? —pregunté sin pensar.

Nada más escuchó mis palabras, se lanzó hacia los manguitos y los movió después de pulsarlos, el fuego no se prendió, sin embargo, sí que se volvió de color rojo.

Un nuevo mensaje me llegó desde la guantera.

—Muy lista, El cetrero —decía escrito con letras de ordenador, posiblemente la *times new roman* o alguna similar.

Por un momento me alegré, a una siempre le gusta que la adulen. Hasta que me acordé de donde me encontraba y en qué situación.

—Pon la cazuela ahora que está en rojo —le mandé con el corazón en un puño.

El hombre obedeció de inmediato. Ojalá mis hijos hicieran lo mismo cuando los mandaba a la cama o a recoger su cuarto.

—¿Qué ves?

Otra nota salió de la guantera.

“Aunque a veces la inteligencia no lo es todo”

El desconocido se volvió hacia mí y, con una sonrisa, dijo algo que no comprendí. Aunque claro, no había sonido.

¿Qué diantres iba a comprender?

Aunque me podía hacer una idea.

Pulsé el botón rojo para asegurarme de que lo que había dicho era lo que pensaba que había dicho, aunque esperaba con todo mi corazón que no fuese el caso.

—Lo siento —repitió.

—¿Qué?, ¿qué?, ¿qué?, ¿qué es lo que sientes?

¿Qué es lo que sentía ese desgraciado?

Nada bueno, eso seguro.

Pulsé el botón rojo y repetí mi pregunta, pero el hombre ya había puesto algo en una botonera muy parecida a la mía y activado algo que suponía que no me iba a gustar.

La puerta de su cocina se abrió de par en par como un resorte y, después de saludarme con la mano, el muy desgraciado la cruzó sin mirar atrás.

Mis esperanzas se diluyeron como la sal en un vaso de agua.

Mis hombros se desplomaron y mi corazón comenzó a palpitar.

No sabía qué era lo que ocurriría a continuación, pero estaba convencida de que no sería nada bueno.

Menos de dos segundos más tarde ocurrieron dos cosas al mismo tiempo.

Por un lado, la puerta de mi garaje se abrió y permitió el paso de algo de luz que provenía de mi recibidor.

Tiré a abrir la puerta del coche cuando me percaté de que seguía cerrada.

¿Cómo no iba a estarlo?

Y, por el otro lado, la pantalla de mi GPS que, hasta hacía un momento había hecho de cámara de una cocina de un señor traicionero, se convirtió en un cronómetro temporizador que

iba desde los cinco minutos hasta el cero.

5:00 min

4:49 min

4:48 min

—Mierda…

10

Alrededor de una hora y media antes de que el cronómetro de Rosa comenzara a descender desde los cinco minutos, un hombre trajeado y atractivo descendía desde un Lexus LS de ciento veintiséis mil dólares de precio de venta y alcanzaba una de las principales avenidas de Manhattan , frente a un enorme rascacielos propiedad de una empresa cuyo nombre no es importante.

Al hombre trajeado y atractivo le gustaba ese coche por distintos motivos.

El primero de ellos era que se trataba de un gran coche. Era cómodo, amplio, bonito, potente, en fin, valía hasta el último dólar que había pagado por él.

El segundo motivo era que desprendía autoridad, como BMW o un Mercedes. Nada que ver con la ostentosidad de los deportivos.

Y el tercero y más importante era que, a diferencia de los dos anteriormente mencionados, pese a que el hombre trajeado y atractivo era un hombre de una riqueza evidente, el uso de esos coches desprendía una altanería que un Lexus no provocaba. Los coches son un símbolo de estatus. La gente te mira y te juzga dependiendo del coche que llevas, del mismo modo que ocurre con una mujer o un buen traje.

Y el hombre trajeado y atractivo prefería que lo juzgasen por su mujer o por su traje antes que por su coche.

Y por esa razón tenía un Lexus como vehículo de diario.

Con un chofer que lo llevara de un lado para otro, eso por supuesto.

Faltaría más.

Pero bueno, era un Lexus al fin y al cabo.

—Señor —dijo el chófer cuando le abrió la puerta del edificio y se dio la vuelta para ir a aparcar el coche.

Justo después, el hombre trajeado y atractivo se dirigió hacia el ascensor mientras saludaba a algunas personas por el camino.

No demasiadas.

Las justas y necesarias, si no, sería probable crear una sensación de familiaridad que no era buena ni justa. Al fin y al cabo había una diferencia patente entre esas personas y él.

No se debía de comer con el servicio, si no iban a ser capaces de cambiar su estatus, mostrarles algo que no iban a alcanzar jamás resultaría cruel.

Entró en el ascensor mientras ojeaba su reloj de un valor de varios cientos de miles de dólares.

Ya tocaba cambiar de Rolex.

Se lo haría saber a Lisa.

Alcanzó la planta 110 del edificio, la de dirección. La más importante de toda la empresa, donde únicamente estaban otros diez directivos más, incluido el presidente.

Todos hombres, faltaría más.

Su despacho constaba de cuatro salas distintas.

Una de espera, otra con un escritorio para la secretaria que atendía su agenda, una tercera con otras tres secretarias, incluida la jefa de personal y, por lo tanto, responsable de todo lo que tuviera que ver con el hombre trajeado y atractivo, incluida su agenda personal.

Y su despacho en sí mismo.

Trescientos metros de despacho acristalado con vistas al centro de la ciudad.

Una preciosidad.

—Buenos días —saludó con una sonrisa.

—Buenos días, señor —saludó Cristina, la secretaria de la puerta y la más joven de las cuatro, todavía con mucho que aprender.

Una pena.

Siguió caminando hasta llegar a la sala de espera y, de ahí, a la sala donde estaban sus otras tres secretarias.

—Buenos días —saludó de nuevo.

—Buenos días —saludaron las tres al mismo tiempo.

Entró en su despacho seguido de Lisa.

—La reunión es a las 11:00 — miró el reloj—. ¿Desea repasar el texto?

Mientras Lisa hablaba, Marga, la más veterana de las secretarias, entró en el despacho y dejó una bandeja con café y pastas sobre una enorme mesa auxiliar.

—Sí, léeme lo que tengo que decir.

—Muy bien —asintió ella.

La reunión había puesto al hombre trajeado y atractivo más nervioso de lo que había pensado.

Menos de tres minutos más tarde, Lisa leía las palabras que el hombre trajeado y atractivo tendría que leer apenas una hora más tarde.

Mientras tanto, el hombre trajeado y atractivo escuchaba la suave voz de Lisa y trataba de memorizar su contenido.

Ojeó su reloj, todavía quedaba un rato para la reunión y necesitaba tener la cabeza ocupada con algo.

Encendió su ordenador, abrió una pestaña en oculto y escribió una dirección web.

De inmediato se abrió una pestaña que le daba la bienvenida.

Bienvenido, señor Cetrero, le saludaba un mensaje en el centro de la pantalla con letras negras y elegantes.

¿Desea elegir participante?

Clicó en el botón que decía "sí" mientras se ponía cómodo sobre su silla.

Fue pasando por los diversos expedientes de los participantes. No tenía tiempo para eso, no esta vez.

Clicó en "todo leído y aceptado"

No, el hombre trajeado y atractivo no era un robot y lo demostró señalando donde estaban los semáforos en rojo.

Y por fin aparecieron las opciones, no se lo pensó y se adentró en una de ellas.

Y una vez dentro, eligió la participante número cinco.

Rosa.

Enfermera, madre…

No necesitaba saber más.

La imagen de un coche rojo apareció en la pantalla del ordenador y una mujer nerviosa en su interior. Fue pasando de cámara en cámara para tratar de comprender la situación.

La mujer, la tal Rosa, hablaba en español y el traductor automático se lo iba traduciendo al momento en inglés para que el hombre trajeado y atractivo lo comprendiera.

Le gustaba esa mujer, le caía bien.

Después de unos pocos minutos y, teniendo en cuenta el poco tiempo que tenía, decidió apostar por ella.

100.000 dólares como ganadora.

Y ahora tocaba echar una mano para que se convirtiera en realidad.

Parecía que a la pobre mujer le dolía la cabeza y eso había que solucionarlo de inmediato.

Pulsó en "opciones" y en "Ayuda al participante"

¿Pista?

No, el señor trajeado y atractivo no quería dar una pista a Rosa.

Él lo que quería era brindarle su ayuda.

Pagó los cien dólares de rigor y escribió el mensaje que quería que le llegara a su elegida.

"Eres mi favorita, no me falles"

"El cetrero"

11

4:48 min

4:47 min

4:46 min

4:45 min

4:44 min

Una gota de sudor caía por mi frente.

¿De verdad iba a acabar todo de esa manera tan absurda?

No podía saber con exactitud qué era lo que ocurriría una vez el tiempo alcanzara el cero, pero sí que sabía con certeza que no me iba a gustar.

De hecho, daba por hecho que iba a ser mi final.

Se acabó Rosa.

Mis hijos ya no tendrían una madre de la que quejarse…

Pero, ¿de qué estoy hablando?

¡Espabila!

Tenía que haber una manera de salir del coche y cruzar esa puerta, si no fuera el caso no tendría ningún sentido poner un temporizador, lo que tuviera que ocurrir ya habría pasado y punto.

El hombre trajeado y atractivo había estado viendo cómo su participante pasaba la primera prueba e interaccionaba con un segundo participante.

Se ponía interesante en el momento en el que ella se percataba de los pormenores de la prueba.

Sin duda había sido una buena elección.

Sin embargo, una vez las botoneras se hicieron visibles en ambos escenarios, solo uno podría salir y, pese a querer ayudar a su participante, la preparación de su reunión le había hecho perder un poco de concentración.

Lo suficiente como para que un patrocinador, alguien que habría apostado por su contrincante, le diera una pista a ese participante acerca de lo que estaba a punto de pasar.

El participante había seguido la pista de Rosa y había colocado las bolas metálicas en el interior de la cazuela después de encenderla y, estas, al estar imantadas, habían formado unos números que cualquiera de los dos podría utilizar para superar la prueba.

Pero claro, lo que Rosa no sabía era que solo uno podía hacerlo.

Y ahora era demasiado tarde para que él le dijera nada.

Debía de valerse por ella misma, si no, él perdería 100.000 dólares y al hombre trajeado y atractivo no le gustaba perder.

No le gustaba en absoluto.

Rebusqué por todo el interior del coche mientras el temporizador descendía a toda velocidad tanto en la pantalla como en mi mente.

3:28 min.

Entonces observé que los limpiacristales se habían puesto en movimiento y repetían círculos en ambas direcciones.

Regresé al asiento de delante y comencé a seguir las indicaciones como en los limpiacristales. Movía arriba y abajo los intermitentes siguiendo los mismos movimientos.

Por probar…

Nada.

Pero, ¿por qué?

2:37 min.

2:36 min.

Continué sin ningún avance.

—Vamos, señor Cetrero, ahora es el momento en el que necesito que me ayudes y no antes con la puñetera pastilla para el dolor de cabeza. Échame un cable.

El hombre trajeado y atractivo sonrió por la ocurrencia de la participante.

Sí, quizás todavía no era demasiado tarde.

Escribió:

El volante.

Realizó el pertinente pago y lo envió.

Ojeó su reloj.

Llegaba muy tarde a la reunión.

Le deseó buena suerte a su participante, apagó el ordenador y se marchó con paso firme.

No podía hacer mucho más.

Esperaba que, al volver, todavía siguiera en marcha su apuesta.

No por el dinero, eso era evidente, sino por la diversión.

El sonido de la guantera provocó que me volviera de inmediato.

Sin duda alguna lo estaba esperando.

O al menos rogaba que llegara ese mensaje con una posible pista.

El volante, decía la nota del Cetrero.

¿El volante?, pero, ¿cómo podía poner esos movimientos en el volante?

Traté de imaginar la situación mientras observaba hacia la oscuridad.

Entonces me vino a la mente. Podía mover el volante de un lado para otro siguiendo los movimientos de los limpiacristales.

—Muy bien —me dije una vez comencé a seguir los mismos movimientos que antes, solo que ahora era el volante lo que movía de un lado para otro.

Izquierda, derecha, derecha, centro, derecha, izquierda, derecha, centro, izquierda.

Se escuchó un clic y el seguro de la puerta se levantó.

¡Bingo!

0:26 min.

No tenía mucho tiempo que perder.

Salí del coche a la carrera y, sin mirar atrás, corrí en dirección a la puerta que daba a mi recibidor.

Crucé el umbral justo en el momento en el que el tiempo llegaba a cero y, al cruzar, me tapé los oídos y me lance de cabeza sobre la alfombra mientras una explosión atronaba a mi espalda.

O lo que yo daba por hecho que sería mi alfombra porque, para mi sorpresa, me lancé a un vacío de unos diez metros para caer en el interior de una piscina de agua dulce.

Y no estaba sola, no señor, sino que ese hombre que era el desconocido sesentón y traicionero estaba a mi lado tratando con todas sus fuerzas de no ahogarse.

Caí sobre el agua y me di un golpetazo en las piernas, que comenzaron a arder de dolor. Cerré los ojos bajo el agua y me tapé la nariz mientras me preguntaba cómo era posible que de mi garaje hubiera pasado a ese lugar.

Era imposible, eso quería decir que alguien había copiado tanto mi garaje como mi coche y me habían trasladado de lugar mientras dormía.

Madre del amor hermoso, ¿cuánto tiempo había pasado inconsciente?

Alguien había planificado todo eso con tiempo y recursos, pero, ¿quién?

Y lo más importante de todo.

¿Por qué?

12

Sin demasiado tiempo para pensar, comencé a nadar hacia…

No tenía ni idea hacia donde estaba nadando porque no veía nada con toda esa agua que no paraba de crecer y crecer…

Era evidente que se trataba de una nueva prueba que no era capaz todavía de comprender.

Traté de relajarme y de pensar.

De acuerdo.

Lo primero de todo era asimilar que lo que ocurría era mucho más gordo de lo que yo había pensado hasta hacía tan solo un instante.

Si había llegado a pensar que todo se trataba de una espacie de broma, ese pensamiento había pasado a mejor vida de un puñetazo.

No…

No estaba ni en mi casa ni en mi calle…

Mi vecino Armando no estaba al otro lado de la pared regando las plantas…

Ni estaba en el mismo lugar al que yo había llegado con mi coche un rato antes.

Ni del que había salido con mis hijos esa misma mañana.

No…

Alguien había planificado mi secuestro con tiempo, recursos y un motivo que desconocía por completo.

Aunque las notas de “el Cetrero” deberían de poder dar luz a todo esto.

O al menos eso esperaba.

Mi cuerpo se hundía en las profundidades dónde una turbina no dejaba de moverse a una velocidad de vértigo y amenazaba con atraparme y convertirme en papilla de Rosa.

El otrora señor desconocido, ahora conocido como Juan Cascales, estaba agarrado a un saliente de la pared de la peligrosa piscina con los ojos cerrados y el cuerpo tenso.

Eso le pasaba por abandonarme a mi suerte.

Entonces una voz que conocía por ser la misma que me había comunicado que no rompiera el cristal del coche habló de nuevo.

Ya casi la echaba de menos.

Casi.

—Queridos participantes, su siguiente misión será salir del agua sin ser atraídos por la turbina.

Nos ha jodido, había descubierto América el muy…

—Deberán hacerlo en equipo. O salen todos, o no sale ninguno.

Mierda…

Después de que ese cretino hubiera tratado de dejarme atrás, ahora lo necesitaba para salir…

Qué suerte la mía.

De acuerdo, pues, al lío.

Traté de nadar en su dirección para ser capaz de comunicarme.

—¡Juan!, ¡Juan! —exclamé mientras me acercaba.

Aunque claro, teniendo en cuenta que tenía la boca llena de agua, sonaría más bien como un:

—¡Guaaan, Guan!

El hombre abrió los ojos de par en par con mirada suplicante.

“Sí, ahora suplica”

—¡Ayúdame, por favor! —balbuceó.

El señor Juan había pasado de largo los sesenta años y no parecía de los que salían a correr todas las mañanas antes de trabajar. No señor, más bien era de los que llevaban jubilados un par de años y pasaban gran parte de su tiempo en el campo de golf poniéndose gochos a bistecs.

Y ahora mi vida dependía de la suya…

No era justo.

Nada era ni remotamente justo.

Llegué junto a él y me agarré al mismo saliente.

—Escúchame bien —dije lo más alto de lo que fui capaz, teniendo en cuenta que el agua no dejaba de aumentar a mi alrededor—. Tenemos que buscar una manera de que el agua deje de entrar. Tiene que haberla.

—No puedo, no puedo, no puedo —repitió el muy cretino.

El hombre balbuceaba esas palabras sin cesar, en aparente estado de Shock.

—La madre que lo parió …

Pues nada, todo dependía de mí.

Me solté del saliente y me adentré en el agua. Parecía evidente que lo que hubiera que hacer estaba relacionado con el fondo. Sería demasiado fácil si no se diera el caso.

Abrí los ojos para observar la enorme turbina del fondo que trataba de atraerme hacia mi final mientras hacía todo lo posible por mantenerme alejada de ella con firmes movimientos de mis brazos.

No sería capaz de aguantar demasiado tiempo en esa tesitura.

Ojeé a mi alrededor en busca de algo que pudiera ayudarme.

Di con varios ganchos en la pared sumergida, que ya era casi toda porque el agua no dejaba de caer y llenar todo el espacio disponible.

En un primer momento, supuse que habría que evitar que el agua siguiera cayendo, pero ¿y si no era esa la solución? ¿Y si el problema no radicaba en el agua que caía, sino en la que se quedaba?

Tenía que dar con una forma de que el agua abandonara la piscina. Una especie de desagüe.

Salí a la superficie a coger aire.

Cada vez había menos espacio sin agua.

En muy poco tiempo tanto yo como el inútil de Juan Cascales estaríamos totalmente sumergidos.

¡Por encima de mi cadáver!, me dije a mí misma antes de sumergirme de nuevo y explorar las profundidades. No iba a morir de esa manera.

Vería a mis hijos de nuevo.

Los vería como fuera.

Al adentrar la cabeza en el agua finalmente podía ver el funcionamiento de la prueba, o al menos, esperaba que mis deducciones fueran acertadas. Había cuatro palancas ubicadas junto al

fondo, ancladas a dos de las paredes.

No podía hacerlo sola y esa era una mala noticia.

Muy mala.

—Mierda —farfullé con dificultad antes de volver junto a Juan, que respiraba a duras penas —. Necesito tu ayuda, yo no puedo hacerlo sola.

El hombre negaba con la cabeza, desesperado.

—Escúchame cretino, o haces lo que te digo o ninguno de los dos sale con vida, ¿te ha quedado claro?

Por lo visto, el tono de mi voz sonó decidido y autoritario porque el hombre, una vez dejó de negar como un loco, me miró y asintió con una extraña calma.

—Hay cuatro palancas ancladas a las paredes, dos para ti y dos para mí. Estoy segura de que si las accionamos al mismo tiempo, el agua se irá por algún tipo de desagüe.

La respuesta del hombre fue una mirada de desesperación.

Tendría que bastar.

—Muy bien, tú las de la derecha y yo las de la izquierda, vamos —ordené antes de sumergirme bajo el agua de cabeza.

Mi mirada se fue directa a la turbina, que mantenía su constante y salvaje movimiento. Acto seguido, me lancé hacia abajo y a la derecha, directa hacia la palanca.

Si no llegaba con el impulso suficiente desde la superficie, la turbina me arrastraría hacia abajo y estaría perdida. Mi cuerpo se deslizó bajo el agua y, por un pelo, agarré con uno de los dedos una de las palancas. Mis piernas cayeron hacia debajo e hicieron fuerza para que me soltara, pero no lo hice, por mis hijos que no lo hice. Alcé la otra mano y me agarré con todas mis fuerzas a la segunda palanca, puse ambos pies sobre la pared y, con un esfuerzo sobre humano, tiré hacia bajo para que las dos palancas cambiasen de posición.

Pasaba del modo “muerte segura” al de “vamos viendo qué tal se le da al señor Juan”

Era una mejora ostensible.

“Accionar”

Una vez hecha mi parte, me quedé aguantando la posición y desvié la vista hacia mi compañero que, para mi sorpresa, ya había alcanzado la primera palanca.

“Extraño”, pensé.

Hacía un instante no podía ni moverse y ahora había sido capaz de hacer algo que a mí me había costado una barbaridad.

Podía ser que la adrenalina de un momento de peligro le hubiera echado un cable.

O…

Y este “O” era muy importante.

Era más de lo que parecía ser.

Por mi mente pasaron ciertas situaciones similares en películas que había visto con mi hijo mayor o mi marido hacía años.

¿Y si todo esto lo hubiera orquestado el señor Juan? Como en *Saw*, que el muy cabrón estaba dentro todo el tiempo disfrazado de fiambre.

O en el capítulo de *Castle* en el que secuestran a Kate y a Richard y los encierran de una manera muy similar a la mía junto a otras cuatro personas, y el “malo” resultaba ser una de ellas.

O en el juego del calamar, que el malo era el viejo…

O, si nos vamos a una española.

En la habitación de Fermat ocurría de nuevo la misma situación.

“¿Quién diantres eres, señor Juan Cascales?”

Me pregunté mientras observaba cómo ese hombre agarraba la segunda palanca y las accionaba, justo antes de que un sonido estridente se escuchara por toda la sala y el agua dejara de caer sobre nuestras cabezas.

13

Me había equivocado por completo.

Las palancas no accionaban las compuertas de los desagües, sino que provocaban que el agua dejara de salir.

Ese hecho tenía una parte buena y una mala.

La buena era evidente…

Ya no caía agua.

Sin embargo, la mala era que seguía con el agua al cuello.

Solté ambas palancas y me lancé hacia la superficie lo más rápido de lo que fui capaz.

El aire de mis pulmones comenzaba a escasear y necesitaba respirar lo antes posible.

Cuando llegué arriba, abrí la boca como si tuviera una carie y el dentista me hubiera pedido que la abriera todo de lo que fuera capaz y cogí todo el aire que mis pulmones permitieron.

Tosí.

Respiré.

Y tosí de nuevo mientras el pecho me ardía, como si estuviera respirando aire del interior de un horno de leña.

Cuando comencé a recuperarme, abrí de nuevo los ojos y observé al señor Juan mirándome desde el otro lado de la piscina.

—Casi me ahogo—farfulló mientras trataba de recuperar el aliento—No sé ni cómo he llegado a las dos palancas.

Eso mismo me estaba preguntando yo.

¿Cómo había llegado ese sesentón traicionero?

Miré a mi alrededor en busca de una salida. Ya habíamos pasado la prueba, pero no parecía que nos fueran a permitir cambiar de lugar, o salir, o lo que fuera que tuviera que ocurrir a continuación. Tampoco había ningún temporizador ni nada parecido que nos metiera prisa.

No había llegado a plantear todas las posibilidades en mi cabeza cuando la voz habló de nuevo.

—Enhorabuena por vuestra actuación, a continuación deberán salir de la piscina antes de que sea demasiado tarde. Esta vez solo uno podrá hacerlo. Uno sale y uno se queda. El tiempo comienza, ya.

La voz sonaba tranquila y sosegada, como si estuviera leyendo una revista en la sala de espera de la peluquería y no condenando a muerte a uno de nosotros dos, que, si estaba en lo cierto con mis sospechas y ese hombre era quien me había encerrado, me dejaba a mí como única víctima.

—Y como añadido sufragado por un patrocinador que ha apostado en su contra, tendrán un condicionante, espero que lo disfruten.

¿Qué?

¿Cómo?

¿Un patrocinador que ha apostado en su contra?

¿Qué diantres significaba eso?

¿Había más gente allí fuera observando y apostando por ellos o contra ellos?

¿Era el señor Juan Cascales uno de esos patrocinadores y estaba infiltrado para verlo en primera persona?

Permanecí un escaso segundo observando a mi alrededor anclada en mis pensamientos mientras escuchaba cómo se abrían varias compuertas en las profundidades de la piscina. Adentré mi cabeza en el agua en busca de su procedencia.

Un calambre me sacudió todo el cuerpo cuando un enorme cocodrilo de dos metros de largo entraba por una de esas compuertas y comenzaba a nadar hacia el centro.

Alcé la vista.

El señor Juan no había reaccionado de ninguna manera. O no lo había visto todavía o, como yo pensaba, no era una víctima más y sabía que no corría ningún peligro.

Miré de nuevo hacia el fondo mientras dejaba de mover las piernas y me agarraba al saliente de la manera más tranquila que la situación me permitía.

En cambio, el señor Juan seguía aguantándose a braza y moviendo las piernas.

—¿A qué se refería? —preguntó el hombre mientras trataba de no hundirse—. No entiendo qué quiere decir con un condicionante.

¿Se estaba haciendo el tonto?

Era imposible que no hubiera visto al bicharraco que buceaba bajo nuestras piernas.

Maldito vejestorio, quería jugármela, pero no iba a funcionar.

No se lo iba a permitir.

No contesté, simplemente me mantuve estática cual gárgola de piedra sobre un campanario gótico.

—¿Me estás oyendo? —repitió, esta vez algo enfadado.

Me mantuve en silencio observando la sombra que buceaba en las profundidades.

—¿Me estás escuchand…?

No dijo nada más. De pronto su boca se hundió en el agua y desapareció en el centro de una enorme mancha de sangre.

“¡Diantres! Pues no era uno de ellos” pensé mientras me sumergía en al agua y, sin mirar hacia atrás, me dirigía hacia la compuerta que se había abierto ante mí.

Cuando hube pasado el conducto, me di la vuelta para observar cómo esa enorme bestia devoraba al señor Juan como si no hubiera comido nada en semanas.

Acto seguido, la compuerta se cerró, justo cuando el animal me observaba con ojos reptilianos y se dirigía hacia mí a toda velocidad.

Por un pelo no me había convertido en su postre.

Reducción de Rosa.

El conducto seguía lleno de agua.

Si no salía de ahí me ahogaría en cuestión de segundos y, después de lo que acababa de pasar, sería una forma realmente estúpida de morir.

Buceé por el conducto hasta observar una luz al fondo que provenía de la superficie, llegué y tomé aire de una enorme bocanada con los ojos cerrados.

Al abrirlos me percaté de que me encontraba en un maldito bosque rodeado de una inmensa vaya de metal.

Pero…
¿Quién diantres era esta gente?

14

Poco antes de que Rosa escapara de las mandíbulas del cocodrilo, buceara por el conducto y alcanzara una superficie arbolada y al aire libre, el hombre trajeado y atractivo entró hecho una furia en su despacho.

—Hola señor —saludó Cristina cuando lo vio pasar—. ¿Quiere su relajación oral ahora o más tarde?

Cuando el hombre trajeado y atractivo no contestó, ella cerró la boca y aguardó. Sabía, por lo que le habían dicho sus compañeras, que si su humor no era el adecuado era mejor no decir nada, únicamente había que avisar a la jefa de personal. No se lo pensó dos veces, cogió el teléfono y llamó a Lisa, que había salido a hacer un par de recados para el hombre trajeado y atractivo para el que trabajaba.

El hombre trajeado y atractivo había tenido una reunión desastrosa. Todo lo que podía salir mal, había salido mal. Y alguna cosa que era imposible que se torciera, también se torció.

Él era el encargado del contrato armamentístico que debía provocar que su empresa se convirtiera en la proveedora de armas número uno de Ucrania durante los próximos años. Miles de millones de dólares. Y ahora y, sin venir a cuento, su contacto con el ejército había decidido buscar una segunda opción.

Malditos políticos, su empresa los había puesto donde estaban y ahora no iban a interceder por ellos cuando llegaba el momento. ¿Dónde quedaban todas esas promesas?

Ahora un alto mando del ejército lo iba a echar todo por tierra como si nada.

No.

No lo podía permitir.

Su cerebro comenzaba a calcular cuando unos pasos se acercaron por la entrada.

Sería Lisa para tratar de calmarlo.

Esta vez lo tenía complicado, pero bueno…

Por intentarlo.

—Me dijiste que estaba hecho —dijo una voz que no sonaba en absoluto como la de Lisa.

—Presidente.

—Me has hecho quedar como un idiota delante de la junta, esto no te lo perdono —insistió la voz en un tono fuerte y autoritario.

—Me confirmaron que estaba hecho, cumplimos todos los requisitos y les pagamos la puta campaña —contestó el hombre trajeado y atractivo ante las palabras de su jefe.

—Hay que solucionarlo, ¿me escuchas? No es una opción perder ese contrato.

—Lo sé, estoy en ello. Había pensado que podríamos…

—No, no quiero saberlo, haz lo que tengas que hacer y punto.

El director de la compañía era un hombre Inteligente. No tenía ninguna duda de que lo que habría que hacer para solucionar el problema sería totalmente ilegal e inmoral, por lo que era

mejor no estar informado y así poder negarlo frente a un tribunal en el caso de que llegara a ser necesario.

—Muy bien, yo me ocupo.

—Más te vale —dijo antes de darse la vuelta y abandonar el despacho.

—Sí… más me vale.

Nada más los pasos del director abandonaron el despacho, los de Lisa llegaron en sentido contrario.

—Señor.

—Tenemos un problema.

—¿Qué solución precisa, señor?

—Absoluta, solución absoluta.

—Comprendido, señor, contrataré al sujeto indicado, entonces.

Al señor trajeado y atractivo le encantaba la eficacia de Lisa, ojalá todo el mundo que trabajara para él fuera igual que ella.

—¿Los datos de la solución absoluta, señor?

—Esta vez no es tan sencillo, no es un "alguien" sino un "algo". Necesito que…

Pese a estar convencido de que su despacho era totalmente seguro, había cosas que le costaba pronunciar en voz alta entre esas cuatro paredes.

—Determinada herramienta de la competencia sea localizada siendo utilizada en algo ligeramente contrario a la legalidad.

O lo que era lo mismo.

El señor trajeado y atractivo necesitaba que una de las armas de la empresa que competía por el mismo contrato que ellos se utilizara en un asesinato de un civil y se viera claramente el arma para que la prensa se les tirara encima.

Y si en lugar de un asesinato individual era una matanza mejor que mejor.

—Y si en lugar de "algo" ligeramente contrario a la legalidad, son diversos "algos" mejor que mejor.

—Muy bien.

—Perfecto, ocúpate de todo, por favor.

—¿Quiere que cristina le realice la relajación oral, señor? —preguntó Lisa mientras se reajustaba las gafas de vista.

Se lo pensó durante un instante antes de contestar.

—No, ahora no es buen momento, tengo cosas que hacer.

De pronto acababa de acordarse de su apuesta. Y, por lo tanto, de su participante.

Rosa.

¿Cómo le habría ido?

Esperaba que no le hubiera fallado ya.

Encendió el ordenador y entró en la web pertinente.

La sorpresa se reflejó en su rostro al observar a su participante junto a su adversario en el interior de la piscina.

Era evidente que cada vez los escenarios y las pruebas eran mejores y más inmersivas. Realmente valía hasta el último dólar que pagaba por participar y apostar en vivo.

Un enorme cocodrilo salió de un conducto después de que el agua dejara de caer y pasó por debajo de los dos participantes.

—Vamos Rosa, confío en ti —farfulló mientras ella dejaba de moverse y observaba a su

contrincante, que le hablaba sin parar.

—Estúpido

El animal fue directo a su presa y la atrapó con su enorme y potente mandíbula, convirtiendo la piscina en un caldo de sangre.

Un instante después, Rosa ya se había sumergido en el agua y buceado hacia el conducto a la desesperada mientras el hombre trajeado y atractivo observaba expectante.

No podía esperar a ver qué era lo que le esperaba a continuación.

Mientras Rosa aguardaba próximas revelaciones, el hombre trajeado y atractivo clicó en el expediente del reciente fallecido.

Siempre lo hacía en ese momento y nunca antes.

No quería saber nada acerca de los participantes previamente a su apuesta, eso solo provocaba que se tuvieran prejuicios que solo empañaban la experiencia.

Sin embargo, una vez este estaba descalificado ya era momento de curiosear.

Juan Cascales.

15

Unas doce horas antes de que un cocodrilo lo partiera por la mitad como una ramita de olivo, Juan Cascales aguardaba en su despacho de profesor de religión de un colegio privado en un pequeño y bonito pueblecito de Murcia cuyo nombre no es relevante.

Era una bonita y calurosa mañana y tenía que enfrentarse a todos esos hermosos niños de diez años.

A Juan Cascales esa edad le parecía maravillosa.

Un momento vital previo a las responsabilidades de la vida adulta.

Salió de su despacho con una manzanilla en un vaso de plástico en una mano y el libro de texto en la otra.

Por el camino se encontró con un par de sus nuevas compañeras, ambas jóvenes y guapas.

Y provocativas…

¡Cómo les gustaba provocar!

Aunque claro, por mucho que lo intentaran, él era un hombre que no caía en ese tipo de provocaciones.

Por supuesto que no.

El diablo estaba en esos canalillos.

En esas faldas cortas.

Y en todos esos tangas que sobresalían de su lugar de origen.

Pero nada de eso tenía ningún efecto en un hombre como Juan Cascales.

Cuando entró por la puerta del aula, todos los niños le estaban esperando entre gritos y barbaries.

Qué maravilloso sería que se le permitiera utilizar los métodos que otrora tan bien habían funcionado. Ojalá pudiera seguir utilizando esa vara de madera para dejar claro quién estaba al mando.

Pero eso ya no era posible.

El mundo estaba cambiando para peor.

Esos palurdos le llamaban progreso a algo que solo les arrebataba los derechos a las personas que se lo habían ganado a pulso.

A pulso y en una guerra en la que estaban en juego sus ideales y su país.

¿Y todo eso para qué?

Para nada.

Le hervía la sangre tan solo de pensarlo.

Al menos su padre no estaba vivo para ver lo que estaban haciendo con su España.

Su querida y preciosa España.

"Malditos" pensó mientras se sentaba sobre su escritorio.

—Niños, niños, vamos, por favor —dijo con una voz que imponía entre poco y nada de respeto.

La reacción de los niños fue nula, absolutamente ninguna.

Ellos siguieron a lo suyo, provocando que la voz de Juan se perdiera entre el griterío.

A Juan le hervía la sangre.

—Por favor, niños, el tema de hoy es muy importante —repitió sin alzar la voz.

Uno de los niños lo dedicó una mirada mientras otros dos le agarraban y le tiraban de la mochila.

"Pobre niño" pensó Juan.

Iba a llamar la atención de los niños de nuevo cuando una voz de mujer se adentró por la puerta del aula.

—¡Ya! —exclamó.

Una sola palabra.

Una palabra de dos letras fue suficiente como para que el griterío desapareciera por completo y los niños parecieran seres angelicales.

Juan se volvió para observar a una de esas dos jóvenes y provocativas profesoras metiéndose en su trabajo.

—Ya los tienes tranquilos, Juan, que vaya bien —dijo antes de darse la vuelta y marcharse.

Pero, ¿quién se creía que era esa furcia para interferir de esa forma en su trabajo?

Más tarde la pondría verde en el interior de sus pensamientos.

Ahora tenía trabajo que hacer.

Los niños tomaron asiento y respetaron con sus más y sus menos una clase acerca de las bondades de la cristiandad. Una vez terminada, Juan Cascales fue directo a su despacho sin pensárselo dos veces.

Ese niño le había provocado.

Y mucho.

Menos mal que no compartía despacho con nadie y llevaba su propio portátil.

Su despacho era una sala decorada en madera y ataviada con santos, vírgenes y cruces en casi todas las superficies y paredes.

Se sentó en su silla y encendió el ordenador.

Clicó en una carpeta oculta en un disco duro extraíble y se bajó los pantalones hasta los tobillos.

Su mente viajó hacia ese niño.

No era el más atractivo, ni mucho menos.

Pero sí que era el más accesible.

Una mente débil que permitía que el resto se metiera con él.

Alguien a quien sería capaz de convencer de que hiciera lo que tenía que hacer y mantuviera la boca cerrada.

Pero todavía no…

No era el momento propicio.

Lo bueno era que, para paliar sus ganas y necesidades, había reservado un vuelo a Tailandia en un par de semanas.

¡Qué país Tailandia!

Un lugar en el que se podía hacer el amor con tres o cuatro niños de ocho o diez años de la manera más exquisita, sin sentir la injusta crítica social sobre los hombros.

Se le iban a hacer largas esas dos semanas.

El video de un niño de unos seis años apareció en su pantalla mientras sonreía.

Un par de horas después, ya finalizadas las clases y de vuelta en su domicilio, todavía recordaba el rostro de ese niño que lo miraba durante su clase.

Era probable que pudiera adelantar su acercamiento.

No esperaría a su regreso de Tailandia, no señor, lo haría la semana próxima, de esa manera tendría un buen recuerdo durante las largas horas que duraba el viaje.

Entró en su cocina de madera y, antes de llegar siquiera a prender los fogones para prepararse una tortilla de dos huevos, advirtió que un olor extraño se extendía por la casa.

Se planteó la posibilidad de buscar la procedencia de ese extraño olor cuando advirtió un sueño incapacitante y se quedó dormido sobre la encimera.

Únicamente le parecieron unos segundos, sin embargo, cuando despertó, apenas un parpadeo después, se percató de que había algo distinto en su cocina.

La puerta estaba cerrada, faltaban muchas de las cosas que un instante antes había utilizado y, por si todo eso no fuera suficiente, había una especie de botonera junto a la puerta.

Trató de salir sin ningún resultado patente.

Golpeó la puerta, gritó y blasfemó, pero ningún resultado surgió el menor efecto.

Estaba atrapado en su propia cocina.

Su viaje a Tailandia le quedó muy lejos en ese momento.

Juan Cascales todavía no era consciente de que ya nunca llegaría a realizarlo.

Que las mandíbulas de un enorme cocodrilo del Nilo iban a interponerse en su camino de manera irreversible.

16

Después de que el hombre trajeado y atractivo terminara de leer el expediente de Juan Cascales, se sintió bien consigo mismo.

Sin duda alguna, habían hecho un enorme bien a la sociedad eliminando tamaña escoria humana.

Para él, qué duda cabía, no existía en el mundo nada peor que un pederasta.

Se concentró en la pantalla, ahora comenzaba la mejor parte de la experiencia.

Le vino a la cabeza la posibilidad de disfrutar de una relajación oral mientras seguía los pasos de su participante, pero lo descartó.

Quería estar totalmente atento a los acontecimientos.

Un bosque frondoso y verde se abrió ante mis cada vez más sorprendidos ojos.

Me ayudé con las manos para alcanzar la superficie.

Estaba congelada.

El agua había cubierto toda mi ropa y comenzaba a secarse sobre mí, arrebatándome todo el calor del cuerpo a su paso. Al menos había sol sobre mi cabeza. No estaba convencida de si sería real o una especie de recreación de interior.

Tampoco importaba.

El frío no me permitía pensar con claridad.

Terminé de salir de la apertura que separaba el agua del bosque y me tumbé sobre la hierba, tiritando.

Daba igual que hubiera escapado de esa maldita bestia, si no me calentaba pronto, moriría de hipotermia.

El frío, junto a la tensión acumulada, acabó por buscar una salida en forma de llanto.

Me derrumbé como hacía años que no me pasaba.

Lloré, grité, desesperada.

Por estar encerrada, por haber estado tan cerca de la muerte dos veces en las últimas horas.

Por seguir atrapada en un lugar como ese sin saber si volvería a salir nunca.

Por no comprender lo que ocurría a mi alrededor.

Lloré como no recordaba haber llorado en toda mi vida de adulta.

Echaba de menos a Rodri y a mis niños, aunque, al mismo tiempo, no podía sino dar las gracias de que no estuvieran ahí encerrados conmigo.

Estaban a salvo, eso era el único clavo al que podía agarrarme.

Al hombre trajeado y atractivo no le gustaba la gente que lloraba.

En absoluto.

Era un modo inmaduro y absurdo de reaccionar ante las vicisitudes de la vida.

Suspiró con melancolía.

Si esa reacción se hubiera dado antes de su apuesta, jamás habría resultado su elección.

Pero bueno, ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Aparte del hecho evidente de que estaba resultando una participante la mar de entretenida.

Y era atractiva.

Tenía un buen culo sobre unas piernas firmes.

Era evidente que era algo mayor para sus gustos.

Bueno, bastante mayor para sus gustos.

El hombre trajeado y atractivo tenía una regla vital en cuanto a las mujeres.

Él la llamaba la "regla Dicaprio", que básicamente venía a decir que a partir de los veinticinco años tocaba cambio de modelo.

La única diferencia entre ellos era en cuanto a la imagen que reflejaban hacia el exterior. El señor Dicaprio lo hacía de cara a la galería, cambiando de "novia".

Mientras que el hombre trajeado y atractivo era mucho más tradicional.

Él no era una estrella de Hollywood.

Él había hecho todo lo que el rigor mandaba. Se había casado con una buena mujer, casta y pura. Había tenido los hijos que el destino encomendara y, después, había elegido una serie de amantes para que cubrieran sus necesidades más básicas.

Y algunas algo menos básicas.

Vamos, lo natural.

Suspiró con melancolía.

Le tocaba soltar la billetera.

Accionó el pago y permaneció observando la pantalla a la espera de acontecimientos.

El frío se había convertido en un dolor físico y amenazaba con volverse si cabe peor.

El árbol más cercano a mi posición, dotado de un enorme y firme tronco que no podía rodear ni con veinte veces mis brazos, abrió una compuerta en su centro y dejó ver algo en su interior.

Esperaba que el señor Cetrero siguiera pendiente de mí, aunque no fuera capaz de comprender los pormenores de nuestra alianza.

Me levanté a duras penas sin dejar de templar y toser. La garganta me ardía y prácticamente había perdido la sensibilidad en las manos.

Puse un pie delante de otro hasta alcanzar el árbol.

¡Ropa seca!

Me quité la ropa sin pudor alguno a sabiendas de que el Cetrero no sería el único pervertido que estría mirando mis vergüenzas.

En ese momento poco me importaba.

La toalla que habían dejado junto a la ropa me vino como agua de mayo para apaciguar mi frío y secar todo mi cuerpo.

Comencé a secarme a la desesperada con una toalla cálida y seca, como si alguien la hubiera puesto un rato en una estufa antes de meterla en el dichoso tronco.

La mirada del hombre trajeado y atractivo estaba concentrada en el terso y redondeado cuerpo de su participante.

Era probable que la hubiera juzgado con demasiada prisa.

Era realmente atractiva, incluso en la tesitura en la que se encontraba, su cuerpo estaba calentando la mente del hombre trajeado y atractivo.

Escuchó que Lisa entraba en su despacho con su tacón alto y su mirada felina. La melena suelta cayendo sobre los hombros y esas gafitas de pasta que le otorgaban ese punto intelectual que a él tanto le gustaba.

—Señor —dijo nada más colocarse frente al escritorio del hombre trajeado y atractivo. Este alzó la mirada y le prestó gran parte de su atención.

Mucha, teniendo en cuenta que en la pantalla de su ordenador su participante seguía como dios la trajo al mundo.

—Dime Lisa, ¿está todo preparado?

—Así es, señor. El candidato ideal ya está debidamente contratado y remunerado.

—Es una fantástica noticia, ¿cómo de raudo será?

—Más de lo esperado, ya que se encontraba en el país en estos instantes, por lo que no creo que pase de hoy mismo.

—Una gran noticia, Lisa, gran trabajo.

La mujer permaneció pensativa un instante. No era el hombre trajeado y atractivo alguien asiduo a la alabanza.

—Gracias, señor.

17

Cuando la nueva ropa cubrió mi cuerpo, me sentí infinitamente mejor. Primero había secado cada parte de mi piel con esa cálida toalla y, por si no fuera suficiente, me había echado una manta por encima y estaba ahora tumbada sobre la hierba, observando el falso cielo.

Porque claro, ahora que lo miraba con detenimiento, era evidente que era falso.

Una mera recreación del exterior.

Aunque una realmente buena. Había muchos ceros en ese cielo estrellado.

Estaba aprovechando lo máximo posible mi nueva tranquilidad, porque, viendo los últimos acontecimientos, era evidente que no duraría demasiado.

No estaba segura de si el Cetrero me habría comprado algo de tiempo, pero, incluso así, no tardaría en finalizar.

Mi pecho subía y bajaba mientras mi cabeza seguía en modo supervivencia, a la espera de movimientos.

Como suponía, la acción no tardó en llegar.

Una compuerta se abrió al final del bosque, oculta entre la maleza, y una mujer entre los cuarenta y los cincuenta años salió a la carrera y cayó sobre el barro.

—Se la ha comido, se la ha comido y ahora venía a por mí —farfullaba la mujer todavía desde el suelo.

La observé y la valoré.

Bajo riesgo, me atreví a presuponer.

La mujer alzó la vista y me vio ahí parada.

—No me hagas nada, por favor, yo no he hecho nada, no merezco estar aquí —suplicó entre sollozos.

No contesté, al menos, al principio.

—Haré lo que tú quieras, pero deja que me vaya. Tengo hijos.

No era la única…

—Por favor.

—Yo estoy encerrada igual que tú, créeme que no estoy aquí dentro por gusto.

Su rostro cambió. De aterrorizada a juiciosa.

Ella también me estaba valorando.

Si había llegado hasta aquí, mi instinto me decía que había dejado a alguien atrás.

Exactamente igual que había hecho yo.

—¿Qué se ha comido? O mejor dicho, ¿quién se la ha comido? —pregunté con el ceño fruncido.

—Un tigre, se ha comido a Herminia, la mujer que estaba encerrada conmigo. Al principio estábamos separadas, pero después hemos acabado juntas. No sé ni cómo…Y entonces ha salido esa bestia y esa voz ha dicho que solo podía salir una así que…

—Así que, ¿qué?

La mujer dudó antes de contestar, algo inequívoco de que iba a soltar una trola como una catedral de grande.

—Así que corrí más rápido que ella y el tigre la alcanzó, fue horrible —dijo antes de comenzar a llorar como una magdalena.

El hombre trajeado y atractivo escuchó las palabras de la nueva participante con curiosidad. Era evidente que había mentido, pero quería saber hasta qué punto y en qué medida lo había hecho.

Era probable que fuera a ser relevante para el futuro cercano.

Colocó la cámara en la que estaban ambas participantes en una pantalla auxiliar y, en la principal, comenzó a clicar en busca de la aventura pasada de la otra participante. Cuando llegó a su experiencia, solo tuvo que retroceder el tiempo en la grabación para despejar sus dudas.

Dos mujeres aparecían en una especie de cueva oscura como la noche.

Estaban hablando.

Discutían por algo que había ocurrido en la fase anterior.

Era lógico.

No habían terminado de hablar cuando la voz del máster comenzó a narrar los puntos de la nueva experiencia y una compuerta se abría al fondo.

Debían resolver el juego antes de que un enorme tigre de bengala decidiera convertirlas en su almuerzo.

Muy interesante y emocionante, pensó el hombre trajeado y atractivo, con los ojos iluminados de expectación.

—Por dios bendito —dijo la otra mujer, una chica joven y muy poco atractiva. Tenía un evidente sobrepeso y, por lo que el hombre trajeado y atractivo era capaz de ver a través de la pantalla, un ojo desviado hacia un lado y una mandíbula en muy mal estado.

El tigre se iba a poner las botas.

Qué duda cabía.

Sintió la tentación de acudir al expediente de la mujer que ya sabía muerta, pero alcanzó a contenerse, primero debía ver qué ocurría a continuación.

—Tenemos que salir de aquí, pero primero tenemos que resolver el juego.

El tigre había pasado la primera compuerta y estaba a la espera de la segunda, relamiéndose. Solo dos más quedaban entre el animal y las dos mujeres.

Y solo una podría pasar.

Eran las normas del juego.

—¡Coge esa cuerda! —dijo la mujer que iba a salir victoriosa—. Tenemos que pasarla por estos enganches.

La otra mujer seguía petrificada observando los ojos del felino.

—¡Vamos! —insistió la victoriosa mientras cogía una de las cuerdas y la pasaba por un eslabón anclado a la pared de la cueva.

La otra mujer finalmente se unió y ayudó a la primera.

Al pasar la cuerda por los enganches, estas, señalaban cuatro símbolos en la roca.

—¡Son esos símbolos! —exclamó la mujer mientras la otra se colocaba a su lado y

observaba el resultado—. ¡Ve diciéndomelos, rápido!

La penúltima compuerta de cristal que separaba al animal de su comida se abrió y, con un rugido que provoco que la tierra temblara a su paso, el felino se adentró en la última zona libre de peligro que les quedaba.

—Parece el dibujo de un hombre cazando.

—Lo tengo.

—Una especie de pájaro enorme.

Tardó unos segundos en contestar mientras buscaba lo que la otra mujer estaba narrando.

—Lo tengo.

—Y… este no sé lo que es… ni idea…

—Vamos, vamos, vamos —decía la superviviente, nerviosa y ansiosa a partes iguales, sin apartar la vista del animal.

—De verdad que no lo sé.

—¡Quítate! —dijo después de abandonar los pulsadores y dirigirse a los símbolos pintados sobre la roca de la cueva—. Vale, creo que sé cuál es.

Volvió a la carrera junto a los pulsadores y presionó el último de ellos justo cuando el tiempo se acabó y la última de las barreras se apartó del camino del monstruo rayado.

El tigre se lanzó sin pestañear mientras las dos mujeres corrían hacia la salida a su máxima velocidad.

La superviviente se tropezó y, antes de caer al suelo, agarró de la pierna a la inminente muerta y tiró de ella. Esta cayó al suelo de morros, justo antes de que el animal la alcanzase por la espalda y le arañara el hombro.

El berrido fue monumental, cual gorrino en su último día sobre la faz de tierra antes de convertirse en bacon.

—Te diría que lo siento, pero la verdad es que no —dijo la superviviente antes de salir corriendo hacia la salida, justo cuando el animal dejó a su presa tumbada y se lanzó contra ella.

Gritó antes de saltar hacia la compuerta abierta y caer en un frondoso bosque junto a su participante en estado de shock.

Bien, el hombre trajeado y atractivo ya sabía a lo que atenerse con esa participante que se enfrentaba a su apuesta personal.

No podía fiarse de ella ni un pelo.

Seguía con sus pensamientos cuando observó el modo en el que la fiera se daba la vuelta y se aproximaba lenta y cuidadosamente hacia su almuerzo, que lloraba desconsolado.

A los tigres les encantaba jugar con su comida, así que esto duraría todavía un buen rato.

Se puso cómodo mientras observaba la escena en una pantalla y, en la otra, la superviviente mantenía una conversación con su participante.

Todavía faltaba un rato para que la situación avanzara. Faltaban algunos más por llegar.

Así que disponía del tiempo necesario para revisar el expediente de la mujer muerta mientras disfrutaba de cómo el tigre saciaba su hambre con su excesiva cantidad de materia grasa.

Era posible que le resultara hasta desagradable.

Herminia Fernández.

18

Unas veinte horas antes de que Herminia fuera devorada por un tigre de bengala en el interior de una cueva falsa, cogía, como cada mañana, el autobús que la llevaría a su trabajo.

Ella llevaba ya seis años como auxiliar de enfermería en una residencia de las afueras de Girona.

Ella adoraba su trabajo.

Estar con los ancianitos.

Y ayudarles en todo lo que necesitaran.

Fueran conscientes de ello o no lo fueran.

Porque ellos ya no estaban en disposición de decidirlo.

Y claro, para eso tenían a Herminia.

¡Qué suerte tenían con ella!

—Buenos días, Herminia —saludó Claudia, de recepción, con su mirada dulce y tranquila.

—Buenos días, bonita —contestó ella con una sonrisa—. ¿Cómo están mis viejitos?

—Todos bien, Herminia, gracias a dios están todos bien.

—Ay, menos mal, bonita, menos mal —dijo ella con tranquilidad.

—Pues sí, a ver si aguantan, así que yo no sé cómo lo haces, que tienes una mala suerte que no sé. Cada vez que tienes turno alguno se nos va.

—Sí que es verdad bonita, sí que es verdad, de verdad que no sé qué me pasa.

Aunque Herminia sí que sabía perfectamente qué era lo que pasaba.

Vamos si lo sabía.

Y la suerte no tenía nada que ver con ello.

Paseaba por el pasillo principal, justo frente a los ascensores, mientras observaba a algunos de los residentes del edificio.

Estaba Manuela.

¡Qué mona era! Con su sillita y la ropita que ella misma había elegido cuando había salido de compras con su hijo Paco.

También estaba Ernesto, con su mal genio y su bastón.

Y Luis, ay Luis. ¡Qué mal que se portaba Luis!

Aunque los tres eran aún jóvenes y vigorosos y no precisaban todavía de su ayuda.

Y por dios que tardaran en necesitarla.

Porque ella no disfrutaba con lo que debía de hacerse.

Lo hacía porque era lo que tocaba.

Se subió al ascensor.

Herminia odiaba las escaleras, si las cogía, luego le costaba respirar con normalidad al menos diez minutos sentada en una silla, agotada.

No, no, ella sin duda prefería utilizar el ascensor para ir de planta en planta.

Al llegar fue directa al vestuario y se cambió de ropa para prepararse para su jornada laboral. Saludó a algunas compañeras y enfermeras. Se puso la bata, revisó lo que le habían escrito las auxiliares del turno de noche y salió a hacer la ronda.

La vida de Herminia no era excesivamente buena o feliz.

No se había casado, no tenía familia y, los amigos de la infancia hacía tiempo que habían desaparecido de su vida.

Tampoco es que le hicieran falta, ella tenía a sus compañeros de trabajo, a sus amigas del club de lectura…

Y a los ancianitos.

¡Sus ancianitos!

Cuando estaba en el trabajo sí que era una mujer feliz.

Fue de habitación en habitación haciendo su trabajo. Comprobaba el estado de sus amigos, les cambiaba las sábanas, les daba el desayuno y les cambiaba los pañales a los que les hiciera falta.

Le encantaba su trabajo.

Pasó así la mayor parte de la mañana y, al salir al parón de la comida, se fue directa a una cafetería muy próxima a su trabajo. En la residencia tenían una cafetería propia, pero a ella no le gustaba comer allí dentro. Sentía las miradas de todo el mundo sobre ella.

Además, si lo hacía en ese lugar y rellenaba allí su agenda, alguien podría ver sus escritos.

Y eso era peligroso.

Era muy peligroso.

Demasiado, de hecho.

Por lo que se dirigió a la cafetería restaurante, "La sureña" que en su momento fue regentada por un matrimonio de sevillanos y ahora lo habían cogido unos chinos y no le habían cambiado el nombre.

Se pidió un menú completo que combinaba lo mejor de los dos mundos. Unos rollitos de primavera de primero, haciendo compañía a un pollo con almendras y pan de gambas. Para, de segundo, meterse entre pecho y espalda unas decentes croquetas de cocido aderezado con una pastilla de avecrem.

Al terminar, finalizó el banquete con un arroz con leche y un café cortado con leche de soja y sin azúcar, que no había que abusar, y se centró en "su agenda"

Decenas de nombres aparecieron ante sus ojos con una fecha y un motivo de peso.

Siempre lo había.

Bajo cada uno de ellos, en la parte central de cada página, Herminia escribía un breve resumen sobre lo que sabía acerca de ellos.

Su pasado, su vida, su historia.

Era importante para ella acordarse de ellos. Ninguno debía ser olvidado y, Herminia, que de buena era tonta, los llevaba a todos en el corazón.

Por mucho que algunos de ellos la hubieran llamado gorda, o fea, o loca.

Ella no los culpaba.

Estaban muy mayores y malitos.

Ella los perdonaba desde lo más profundo de su enorme corazón.

Después de los nombres que ya estaban en negro sobre blanco, Herminia escribió dos más.

Estos eran nuevos.

Después de toda una mañana de trabajo, era evidente que dos más iban a necesitar su

ayuda.

Y, aunque ella deseara que no la necesitaran y que su vida fuera fantástica, por desgracia, ese no era el caso.

Una lágrima cayó por la mejilla de la pobre Herminia.

Lo que tenía que hacer por ayudar.

Se tomó el café de un trago, reposó unos minutos el arroz con leche, se despidió del dueño de la cafetería— que aunque no lo pareciera se hacía llamar Carlos— y se marchó de nuevo al trabajo.

—Hola de nuevo, Herminia —saludó Claudia, de recepción, con su mirada dulce y tranquila.

—Hola, bonita —contestó ella con una sonrisa—. ¿Cómo siguen mis viejitos?

—Todos bien, Herminia, todos bien.

—Maravilloso.

Fue directa al vestuario y se cambió de ropa para prepararse para la segunda parte de su jornada laboral. Saludó a algunas compañeras y enfermeras. Se puso la bata, y salió a hacer la ronda. Aunque, antes y, sin que nadie le echara un ojo, tomó prestados algunos medicamentos de la farmacia. Se acercó a una mesa, machacó algunas de las pastillas para hacer un cóctel de barbitúricos y fármacos y metió el resultado en una botella grande de agua.

Ya estaba todo listo.

Cogió un carrito con todas sus cosas, colocó una botella junto a "su botella especial" y fue haciendo una nueva ronda.

Cuando llegó a los nombres recién apuntados en su lista de desquiciados, la bebida supo ligeramente amarga, pero los dos ancianitos agradecieron su refrigerio y siguieron con su siesta. La que posteriormente resultara ser la última.

Al terminar el día, se marchó a casa con la firme convicción de que había aportado su granito de arena al mundo.

Se adentró en su pequeño estudio, se preparó una cena para una persona y comenzó a preparar algo de ropa negra.

La necesitaría para acudir al tanatorio de esas pobres personas.

Puede que incluso la invitaran al velatorio después de que Herminia consolara a la familia todo lo que fuera necesario. Al fin y al cabo, su labor en el mundo no era otra que la de ayudar a las personas y otorgarles paz.

Todavía se encontraba revisando toda su ropa cuando le alcanzó un olor extraño, algo que no había olido nunca.

No sabría decir su precedencia, sin embargo, tampoco le dio demasiado tiempo pues, nada más se dio la vuelta para tratar de buscarla, cayó desmayada sobre su cama.

Cuando despertó se sentía extraña y mareada. La cabeza le dolía y tenía la vista nublada.

¡Qué extraño! Pensó.

En el estudio no disponía de ninguna aspirina que la ayudara con su dolor de cabeza y, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, no encontraba la ropa que ella misma había dejado en el interior de ese armario.

La ropa de los entierros.

Se acercó a la puerta cuando se percató de que estaba cerrada a cal y canto.

Buscó su teléfono, solo su madre disponía de las llaves de su casa y podría abrir a un cerrajero para que la sacaran de ahí dentro.

¡Qué mala suerte tenía la pobre Herminia!

También fue lo último que pensó cuando pocas horas más tarde un enorme tigre de bengala le destrozaba la tráquea de un mordisco y aguardaba, paciente, a que Herminia se ahogara poco a poco y se convirtiera en su almuerzo de tamaño XXL.

19

Cuando el hombre trajeado y atractivo terminó de leer el expediente de Herminia, la enorme fiera ya casi había terminado el trabajo y sus restos mortales yacían desperdigados por toda la cueva.

Él estaba contento.

No le gustaban los asesinos de ancianos.

Aunque claro…

"¿A quién podrían gustarles?" Se preguntó mientras regresaba a las cámaras que enfocaban hacia el bosque en el que se encontraba su participante junto a otras tres personas.

Se sorprendió.

¿Cuándo habían llegado esos participantes?

¿Tanto tiempo había estado enfrascado en el expediente de esa mujer?

No lo creía, pero bueno, todavía faltaban algunos más por llegar.

Al hombre trajeado y atractivo le encantaba esta parte de la experiencia.

Sin duda alguna, lo mejor estaba por llegar.

No había llegado a asumir el riesgo que estaba corriendo con esa mujer que, sin duda alguna, era una loba vestida con piel de cordero, cuando tres compuertas más se abrieron y entraron otras tres personas

La primera de ellas, era una mujer atractiva y joven, más o menos de la misma edad que yo. Vestía con un traje de noche de color rojo muy llamativo y llevaba la cara lavada y el pelo mojado. No tanto como yo, que venía de huir de un maldito cocodrilo en una piscina, pero que estaba mojado, lo estaba.

El segundo de ellos era un hombre de unos treinta años con la barba perfectamente perfilada a lo garrulo y unos brazos tonificados y tatuados.

Y el tercero…

No podía ser…

Era imposible.

Ese hombre era uno de los candidatos a la presidencia del país…

Estaba cansado, desmejorado y parecía visiblemente envejecido, pero sin duda alguna, era él.

Don Ernesto Pérez Galbón, ministro de defensa durante la última legislatura y uno de los principales candidatos a mudarse al palacio de la Moncloa junto a su mujer y sus cuatro hijos.

Mandaba huevos…

Los tres recién llegados nos miraban a nosotras dos y entre ellos con la misma suspicacia que seguro que tenía tatuada yo en la mirada.

No podíamos fiarnos de nadie. Todos y cada uno de nosotros priorizaríamos nuestra vida a la del resto.

—Si alguno de los presentes consigue que salga de aquí con vida, no le faltará de nada ni para él o ella ni para su familia. Jamás.

El órdago había sonado. Acababa de poner su vida por encima de la de todos nosotros. Claro, nadie la superpondría a la suya propia, pero, se había augurado de que, en el caso de tener que elegir entre otros dos, su cabeza fuera más valiosa.

La mujer del tigre, que ya me había dicho que se llamaba Teresa no sé qué, no parecía demasiado impresionada. Ya tenía bastante con salvarse a ella misma, exactamente lo mismo que la otra mujer desconocida que acababa de llegar y tumbarse sobre el césped. Sin embargo, el otro, el garrulo de la barbita, parecía tener la mirada repleta de brillo. Hacerse amigo del futuro presidente de la nación no pintaría mal del todo, debía de pensar.

Antes de que ninguno de nosotros llegara a decir nada más, otra compuerta se abrió y apareció ante nosotros un chico de unos diecisiete o dieciocho años, asustado y con cara de estar totalmente perdido.

¿Cómo habría llegado hasta allí? Me pregunté mientras el chico se recostaba sobre la hierva y nos observaba en absoluto silencio mientras trataba de recuperar el aliento.

Era evidente que acababa de vivir una experiencia similar a la nuestra y todos nosotros estábamos todavía tratando de asimilar la nueva situación.

Los fui observando uno a uno.

Por un lado, estaba la loca de tigre, una mujer que era más de lo que trataba de aparentar.

Por otro lado, uno de los hombres más poderosos del país y uno de los favoritos a presidente.

Y nadie llegaba a esos niveles de poder sin varios muertos en el armario.

No me podía fiar.

Luego, una mujer guapa vestida de noche, que miraba el cielo, acongojada.

Era probable que hubiera tenido que hacer algo que todavía no había llegado a aceptar para llegar hasta allí.

El síndrome del superviviente.

Se llamaba.

También había entre nosotros un hombre de unas treinta primaveras, fuerte, garrulo, con mirada felina y asesina. El único hasta el momento que no parecía ni haber sudado por todo lo acontecido hasta ese momento.

El miembro más peligroso de todos.

Al menos de cara a la galería.

Y ese chico.

Sin duda menor de edad, con un miedo atroz en la mirada y una respiración agitada y desigual.

Movía la cabeza de un lado para otro.

Lo miré con intriga. El muy pirado parecía estar teniendo una conversación, pero, ¿con quién?

—Bienvenidos a esta parte de la experiencia, espero que hayan disfrutado de las anteriores fases. Debido a un ligero descuadre con los tiempos, el último de los participantes todavía no ha llegado. Ruego sepan disculparnos por la espera y acepten lo siguiente a modo de disculpa. Descansen y prepárense para lo que les depara el futuro.

Una vez esa voz robótica, aunque dulce, terminó de hablar, un árbol se abrió por la mitad y

dejó a la vista varias botellas de agua, comida, algo de ropa, un botiquín y unas mantas.

—Utilicen todo lo que crean conveniente, esto no es parte de ningún patrocinador, sino que proviene de la misma organización de la experiencia.

Todos nos miramos con cierto recelo antes de comenzar a acercarnos hacia los enseres. Realmente nos venían muy bien.

Sin decir una palabra más, todos nosotros fuimos cogiendo lo que más necesitábamos antes de alejarnos de nuevo y tumbarnos sobre la hierva a beber, comer o curarnos nuestras heridas. A la espera de lo que, por seguro, estaba todavía por llegar.

20

El hombre trajeado y atractivo observaba a los participantes mientras comían y se curaban sus heridas.

Y eso no era divertido.

No lo era en absoluto.

Él era un hombre demasiado ocupado como para estar perdiendo su tiempo con algo tan insustancial.

¿Qué habría ocurrido en una de las experiencias como para que se hubieran retrasado?

No era algo demasiado común.

Cambió de pantalla y fue directo a la única experiencia que todavía no había cambiado de fase. Dos hombres aparecieron ante la pantalla. Ambos eran jóvenes y parecían estar en buen estado físico y de salud.

Sin embargo, mientras uno de ellos trataba de avanzar en la prueba, el otro, parecía hecho un ovillo sobre el suelo sin hacer nada.

Nada de nada.

Se había echado a morir el muy…

Y claro, ese momento, el otro participante no podía avanzar sin su ayuda. Siempre hacía falta cooperar antes de que el peligro se desatara y solo uno de los dos pasara a la siguiente fase.

Pero ese desecho humano lo estaba echando todo a perder.

—¡Levántate y haz lo que te digo! —decía uno de los hombres, el que estaba en pie, con un acento evidentemente americano, aunque con la traducción para el señor trajeado y atractivo pasara desapercibido.

El otro negaba con la cabeza, todavía recostado sobre el suelo, con las manos sobre las rodillas, mientras una jauría de perros rabiosos y hambrientos se escuchaba al final de lo que parecía un laberinto.

Algunos de ellos ya estaban sueltos y no tardarían en dar con los participantes. Era poco frecuente que ambos participantes fallecieran en esa fase de la experiencia y que ninguno avanzara. Sin embargo, sí que podía darse el caso si, como parecía en ese momento, uno de los dos se negaba a hacer nada.

—Mira —dijo el hombre americano cogiendo del cuello al otro, al cobarde que trataba de esconderse de su muerte—. Si no haces lo que te digo, yo mismo te voy a arrancar los intestinos, ¿me has comprendido?

El otro pareció reaccionar. Entre una muerte probable y una muerte segura, eligió la primera opción.

Asintió con la cabeza con muy poca seguridad antes de ponerse en pie. Algunos de esos animales ya comenzaban a acercarse mientras se relamían y aullaban. El laberinto era enorme.

Además, mientras no estuvieran jugando, el máster mantenía alejados a los canes. No tendría ninguna gracia si se los comieran a ambos antes de comenzar a jugar.

Pero, por fin, había comenzado.

—Coge esa palanca y yo te diré qué veo y de qué cuerda tienes que tirar.

El otro hombre asintió y obedeció las instrucciones.

—Tira de la de la derecha —ordenó sin más preámbulos mientras algunos de los perros ya se asomaban al fondo del pasillo.

Al hacerlo, una compuerta al otro lado del laberinto comenzó a abrirse, aunque no era ni remotamente suficiente como para que alguno de los dos pudiera pasar por la ranura.

—Ahora la del centro.

Repitió la acción al tiempo en el que cuatro perros ya estaban a menos de cien metros de su posición.

Entonces y, al ver que la apertura ya parecía lo suficientemente amplia, el cobarde soltó las cuerdas y salió disparado hacia la salida. Al verlo, el otro participante se dio la vuelta y corrió tras él mientras los perros se aproximaban cada vez más. El cobarde era mucho más rápido de lo que el hombre atractivo y elegante hubiera pensado jamás. Por mucho que el otro participante fuera si cabe más veloz, la distancia entre ellos parecía excesiva. El primero de ellos se lanzó hacia la compuerta y pasó resbalando justo cuando llegaba junto a él.

—Lo siento —farfulló el primero mientras la compuerta se cerraba ante sus narices y el otro participante quedaba atrapado con los canes.

Este apretó los dientes y los puños y se dio la vuelta para mirar directamente a la muerte a los ojos.

El hombre trajeado y atractivo se quedó de piedra sin poder apartar la mirada de la pantalla.

Todavía seguíamos curándonos nuestras heridas y llenando nuestros estómagos de comida y agua cuando otra compuerta se abrió y apareció un hombre arrastrándose por el suelo.

—Lo siento —farfulló mientras se cerraba la compuerta frente a todos nosotros.

Todos sabíamos lo que significaba esa disculpa. Alguien se había quedado al otro lado a merced de alguna bestia hambrienta.

El hombre se volvió hacia nosotros con la mirada perdida y acuosa y se nos quedó observando, muerto de miedo.

Este no parecía un peligroso rival.

Los perros se lanzaban contra el hombre, cuando, de una manera totalmente sorprendente y brutal, este comenzó a golpearles como si fueran sacos de boxeo. Incluso llegó a romperle el cuello a uno de los perros, provocando un crujido que al hombre trajeado y atractivo le provocó un temblor por todo el cuerpo.

No le gustaría tener que enfrentarse a ese hombre.

No le gustaría lo más mínimo.

Cuando tres de los perros ya estaban muertos sobre la arena, dos de los animales le acertaron en las piernas y no pudo sino gritar de dolor mientras trataba de agarrarlos por las mandíbulas.

No era nada habitual que ningún patrocinador ayudara a un jugador cuando ya se había quedado atrás, sin embargo, la potencia y el valor del hombre provocaron que su patrocinador todavía confiara en sus posibilidades. Una compuerta se abrió y una espada quedó clavada sobre la arena.

El hombre no se lo pensó dos veces, la agarró por el mango y comenzó a segar cabezas caninas como si no hubiera un mañana.

Realmente no lo había para él si no salía de ese desierto con vida.

Cuando más de media docena de enormes y fieros perros yacían ante él hechos pedazos y el hombre miraba hacia la cámara en riguroso silencio, sin apenas reaccionar de manera alguna ante su hazaña, una compuerta se abrió y le permitió su merecido paso hacia la siguiente fase de la experiencia.

El hombre trajeado y atractivo no podía creer lo que acababa de ver ante sus ojos. Le encantaría ver el expediente de ese hombre.

Debía de ser magnífico, pero no… sus normas eran claras. Nunca leía el expediente de nadie vivo.

De pronto, la misma compuerta que hacía cinco escasos minutos se había abierto ante nosotros se abrió de nuevo y un segundo hombre salió de allí caminando, como si lo que hubiera dejado atrás no hubiera sido nada del otro mundo.

Estaba sangrando sustancialmente en ambos brazos y el sudor inundaba su piel.

—No puede ser…—farfulló el hombre que había salido en primer lugar. Estaba muerto de miedo y, por lo visto, tenía razón para estarlo—Lo siento mucho yo… he salido corriendo en cuanto he visto que venían a por mí…

No había llegado a decir la última palabra, cuando el hombre que acababa de salir de la compuerta rebanó la cabeza del hombre con la espada que portaba entre las manos. Un corte limpio y poderoso con ambas manos que segó la vida del hombre de un solo corte.

“Mierda, sin duda alguna este sí que va a ser un más que digno adversario por la supervivencia” pensé sin ser capaz de apartar la vista de esa máquina de matar.

El hombre trajeado y atractivo no pudo sino pegar un berrido y un salto cuando la cabeza de ese hombre cobarde y rastrero salió disparada hacia el bosque.

Observó con detenimiento al resto de los participantes antes de buscar el expediente del muerto.

Juan Vicente Segura.

21

Seis días antes de que Juan Vicente Segura fuera ejecutado con una espada frente al resto de los participantes de la experiencia, se dirigía a una habitación de hotel a las afueras de Valladolid.

No lo hacía porque le gustara la zona o porque se comiera bien en Valladolid.

Aunque sí que le gustaba y por supuesto que se comía de fábula.

Tampoco estaba de visita ni nada remotamente similar.

Él estaba buscando a alguien.

Y lo hacía desesperadamente.

De hecho, llevaba dos semanas así y, por fin, la había encontrado.

O, al menos, había dado con un rastro fiable que poder seguir.

Estúpidos.

Si de verdad habían llegado a pensar que una orden de alejamiento iba a alejarlo de su mujer y su hija, estaban equivocados.

Estaban muy, pero que muy equivocados.

Había cogido el coche y buscado por todos los hoteles de la zona. No disponía de la dirección exacta, sin embargo, un amigo los había visto salir del edificio y le había enviado la fotografía de la fachada.

Y ahí estaba él, dando vueltas con el coche con la foto en una mano y el volante en la otra mientras comprobaba todos y cada uno de los malditos hoteles de los alrededores.

Tarde o temprano lo encontraría, de eso no albergaba duda alguna.

Aunque si dependía de él, prefería que fuera más temprano que tarde, la verdad.

Al cabo de no menos de dos horas dio con la fachada que no dejaba de ver en la fotografía enviada por su amigo.

Un amigo que muy posiblemente se pasara el resto de su vida arrepintiéndose con toda su alma de haberla enviado.

—Ya te tengo —farfulló mientras salía del coche y se dirigía hacia recepción.

—Buenos días, amigo, tengo una habitación con mi mujer y mi hija y, no te lo vas a creer, pero no me acuerdo de qué número era y no me coge el teléfono.

Su mirada fue clara. Evidentemente tenía razón.

No se lo creía.

—Mira, estas son —insistió Juanvi con una foto en la que salían los tres en la playa, con Bea ya embarazada de pocos meses y la pequeña Patricia rebozada en arena junto a un castillo que habían hecho juntos, en familia.

El hombre apreció relajarse. La fotografía no podía fallar.

—Es muy pronto y es posible que sigan durmiendo, no sabes lo que cansa esa enana y encima estando embarazada, ¿sabes?

—Ya imagino, ya… Bueno, tengo una segunda tarjeta de la habitación, pero la próxima vez avisen de esto antes, por favor.

—Por supuesto y muchísimas gracias, de verdad, si no, me puedo estar aquí esperando tres horas más.

Otro más que se arrepentiría el resto de sus días de las decisiones tomadas de ese día.

Cuando entró en la habitación dio con la pequeña Patri recostada sobre una alfombra viendo unos dibujos animados de una cerdita rosa. Bea, en cambio, no estaba por ningún lado. Posiblemente, estuviera en la ducha.

El sonido del agua confirmó sus deducciones.

—Hola pequeña —saludó a su hija antes de darle un beso sobre su cabecita.

—Hola papi —contestó con brillo en la mirada hacia su padre. Posiblemente por última vez en su vida.

—Tú sigue con los dibujos, mi amor.

Debía darse prisa. Mucha prisa.

No podía esperar a que saliera de la ducha.

Rebuscó por los alrededor antes de agradecer que fuera una habitación con cocina. La muy puta tenía pensado huir de él durante tanto tiempo que necesitaba una maldita cocina.

Como si existiera lugar alguno en el que ella pudiera alejar lo suficiente a su hija de él para que no la encontrara.

Registró los cajones y fue descartando los cuchillos hasta que vio uno que le gustó lo suficiente y lo tomo entre sus manos antes de dirigirse hacia el cuarto de baño.

Bea cantaba al ritmo de una canción de Taylor Swift que, evidentemente, Juanvi no conocía, pero que le sonaba de todas las veces que ella se la había hecho escuchar.

Eso no lo echaría de menos.

Rodeó el pomo con los dedos y abrió con cuidado, despacio.

El baño estaba repleto de vaho debido al calor del agua. Sintió la humedad en el ambiente a cada paso que daba hacia la ducha. Cuando finalmente llegó junto a ella, no dijo nada

Ya no había nada que decir.

Nada que no se hubieran dicho las últimas veces que se habían visto.

No, ya no era el momento de las palabras.

Abrió la cortina de la ducha del hotel y, cuando la mirada de Bea, repleta de terror y sorpresa, se volvió hacia él, llevó el fio del cuchillo hacia su pecho.

Una vez.

Y otra vez.

Y otra.

Así hasta dieciocho veces más.

Se bañó en la sangre de ella, que no dejaba de salir de su cuerpo inerte. De hecho, estaba tan manchado de sangre que decidió sacar el cuerpo de su mujer y, una vez estaba fuera, se metió él en la ducha y se lavó debidamente. Se puso la ropa del revés para disimular, y abandonó el hotel sin despedirse de su hija, que continuaba inmersa en sus dibujos.

Qué suerte que con la música y la televisión, no había escuchado los gritos de su madre.

Maldita histérica.

Cogió el coche y condujo hasta una estación de tren. Se cambió de ropa en el interior de su vehículo y, limpio y vestido con ropa nueva, se dirigió hacia la estación.

Cinco días más tarde todavía seguía recorriendo Europa yendo de tren en tren. Había

cambiado hasta doce veces y cada vez estaba más lejos de que alguien pudiera reconocerle. Su destino era… Lo más lejos que fuera capaz de llegar. Algún lugar sin tratado de extradición, si era posible.

Había estado escuchando la radio y viendo la televisión en un móvil de prepago. El suyo evidentemente lo había tirado en el primer viaje.

La noticia de la muerte de Beatriz había conmocionado al país entero.

Un hombre asesina a su mujer embarazada y la deja en el interior de la habitación con su otra hija junto a ella. Cuando la limpiadora dio con ellas, la niña estaba tumbada repleta de sangre sobre el cadáver de su madre, al más puro estilo Simba junto a Mufasa en el rey león.

Todavía seguía sin terminar de creerse lo que había ocurrido.

Había estado buscando a esa mujer durante semanas, pero ahora que ya había hecho lo que tenía que hacer no se sentía mejor. De hecho, el hecho de saber que no vería de nuevo a su hija le provocaba tristeza.

¿Por qué no se la habría llevado al viaje?

Él era su padre y Patricia debería de estar junto a él.

No lo había pensado lo suficientemente bien y se arrepentía de ello a rabiar.

Aunque poco podía hacer al respecto.

Se recostó sobre el asiento del interior del vagón del que disfrutaba en solitario. Diez mil euros en efectivo le iban a valer para algo más de tiempo y comodidades como esa.

No quería estar acompañado de nadie en ese momento.

Ya con los ojos cerrados, pero todavía despierto, comenzó a oler algo extraño que parecía provenir del pasillo. No había llegado a abrir la puerta del vagón cuando calló inconsciente sobre su asiento.

Cuando despertó se encontraba ligeramente atolondrado y con un dolor terrible de cabeza. Trató de abrir el vagón para pedir un vaso de agua al servicio del tren, pero la puerta no se abrió.

Llamó al personal.

Primero en un tono bajo.

Luego más fuerte.

Y finalmente a pleno grito.

Nadie contestó.

Durante los últimos días había llegado a plantearse la posibilidad de, llegado el momento de que fueran a cogerle y, antes de enfrenarse al mundo y su juicio, quitarse la vida en sus propias condiciones.

No tardaría demasiado tiempo en arrepentirse con todas sus fuerzas de no haber llegado a hacerlo.

Y se arrepentiría mucho.

22

Cuando el hombre trajeado y atractivo terminó de leer el expediente del cobarde, ahora conocido como Juan Vicente Segura, no pudo evitar sonreír.

No le gustaban los asesinos de mujeres.

Y menos los que lo hacían frente a sus hijos.

Pensó que ya podría haberse cortado él a trocitos y no haber destrozado la vida de su familia.

Pero bueno, gracias a la experiencia y a los que la que llevaban a cabo, el mundo era sin duda un lugar mejor sin ese hombre.

Y eso le ponía feliz.

Todavía se relamía de lo que acababa de presenciar y acababa de cambiar a la pantalla del bosque donde se encontraban los participantes supervivientes en riguroso directo, cuando Lisa apareció desde la puerta de su despacho.

—Señor —saludó cuando llegó frente a él.

—Dime Lisa, espero que sean buenas noticias.

—Así es, señor, sin duda alguna lo son. La operación ya ha sido realizada y con total garantía de éxito.

—¿Está ya en los telediarios? —preguntó de inmediato el hombre trajeado y atractivo.

—Todavía no en los nacionales, señor, pero no tardará.

—¿Se sabe ya cual es el elemento utilizado?

—Por supuesto, señor, sin lugar a dudas, es el de la competencia.

—¡Magnífico! —exclamó con entusiasmo—. Gran trabajo, Lisa, gran trabajo.

—¿Necesita algo más, señor?

—Pues mira, sí, haz pasar a Cristina, a ver qué es capaz de hacer.

—Muy bien —contestó la mujer antes de darse la vuelta.

—Ah, Lisa —la frenó antes de que saliera por la puerta—. Que lo haga con tapones en los oídos y que no mire la pantalla de mi ordenador bajo ningún concepto, todo lo que va a ocurrir ahora es totalmente confidencial.

—Así se hará, señor.

La eficacia de Lisa era digna de admiración.

Qué duda cabía.

Ninguna, en opinión del hombre trajeado y atractivo.

En algún momento volvería a esa mujer directiva de la compañía.

Y si no, al tiempo.

Ninguno de nosotros era capaz de apartar la mirada de ese hombre desprovisto de cabeza, ni de su verdugo, justo frente a él, con la espada todavía entre los dedos.

—Se le ha permitido eliminar a su competidor dadas las circunstancias concretas que le han llevado hasta este punto, sin embargo, ahora deberá devolver el arma al interior de su portal antes de continuar con la experiencia —dijo la voz de su secuestrador, o de quien fuera esa maldita voz.

El hombre no pareció tener demasiadas ganas de obedecer. Mantenía la mirada sobre todos nosotros, escrutándonos, preguntándose si podría salir ahora mismo de ahí si acababa con todos nosotros a tajo limpio.

Podría hacerlo, de eso no teníamos duda alguna.

Al menos yo lo tenía más claro que el agua.

Ninguno seríamos más que un ligero estorbo para ese hombre si seguía armado con el acero.

—Insisto en que debe devolverla, si no lo hace, será debidamente aleccionado.

El hombre no cambió el semblante y, después de emitir un suspiro, lanzó la espada hacia el interior antes de caer de rodillas debido a sus heridas.

—Se agradece su comprensión, ahora pueden continuar con la experiencia.

Yo seguía curándome una herida que tenía en el pie y de la que no me había percatado hasta ese momento ni conocía cuando ni cómo me la había hecho. Mientras tanto, el resto del grupo parecían observarse los unos a los otros.

Ninguno parecía tener ni remota idea de lo que venía a continuación, sin embargo, todos teníamos muy presente lo que había ocurrido hasta llegar a ese punto. Y nadie sería tan necio como para pensar que ahora vendría la parte fácil.

—Bueno, está claro que estamos todos aquí encerrados y que tenemos que trabajar juntos para poder avanzar. Para ello, creo que es importante dar con un líder entre nosotros y es evidente que ese debería de ser yo. Para empezar, deberíamos presentarnos, ya lo sabréis, pero mi nombre es Ernesto Pérez Galbón y soy el actual ministro de defensa de España.

Nada más terminó de hablar fue pasando su triste y cansada mirada por el resto de nosotros.

Nadie parecía querer colaborar con el gran orador, sin embargo, yo sí que creía importante conocer los nombres de todos ellos para poder llamar a alguien en concreto en el caso de ser necesario. De esa manera no haría falta decir, “oye tú, el viejo” “o el garrulo” “o el niño pirado” etc.

—Yo me llamo Rosa y soy enfermera en Valencia —dije sin mirar a nadie en concreto, a ver si alguien me seguía el royo.

—Teresa —dijo la mujer que había escapado de las garras de un tigre de bengala— Empresaria.

Esa mujer tenía la misma pinta de empresaria que yo de corredora de maratón, pero bueno… Tampoco había que juzgar antes de tiempo.

—Dani, estudiante —dijo el chaval que parecía hablar consigo mismo.

Seguro que ahí dentro había muchos más Danis.

—Luis Mariano, pero todos me llaman Luisma, soy policía nacional en Alicante.

—¿Policía?, perfecto, entonces podrías decirnos qué es lo que está pasando aquí —dijo la mujer que faltaba por hablar, la rubia bien vestida con la cara lavada.

—Señora, ojalá lo supiera, pero no, no tengo ni idea de lo que ocurre aquí dentro—dijo mientras se acercaba a ella con una mirada lobuna. Ese hombre, policía o no, sin duda, era un cazador.

Y no parecía ser el único.

—Yo soy Silvia —dijo entonces la mujer de rojo mientras daba un paso hacia atrás alejándose del tal Luisma—. Soy abogada.

—Andrés Conde, aunque todos me llaman el Conde, sin más, también empresario.

Otro que parecía de todo menos empresario. A no ser que Toni Soprano valiera como gran emprendedor. Si eso servía, entonces, sí, era un empresario como la copa de un pino.

El único que faltaba por presentarse era el loco de la espada, con la mirada de un asesino escrutando a nuestro alrededor. No dijo nada mientras trataba de curarse la herida con lo que quedaba en el botiquín, que no era gran cosa.

—Bien, entonces debemos trazar un plan —dijo el ministro de defensa.

—No, lo único que podemos hacer es seguir con el juego, estamos aquí atrapados—dijo la mujer del vestido rojo, la tal Silvia, con los ojos llorosos.

—No te preocupes que yo te protejo, guapa —contestó de inmediato el policía nacional.

—Cerrad el pico y escuchad al ministro —dijo el Conde que ya había visto cómo sacar partido al asunto.

—Muchas gracias, amigo.

—Conde está bien.

—Muchas gracias… Conde —dijo entonces el político español.

Él asintió.

—Muy bien, tenemos que ver a qué nos vamos a enfrentar y tratar de trazar un plan.

—Yo tengo un plan —dijo finalmente el único que había estado en riguroso silencio. —Sobrevivir a todo lo que nos echen. Sobreviviros a todos vosotros y mataros si es necesario para que eso ocurra. Y, cuando eso pase, salir de aquí y volver a mi vida.

El hombre hablaba un español espantoso con un muy fuerte acento estadounidense. Algo que todavía le otorgaba más dureza a sus palabras.

Se volvió y miró hacia lo que parecía una cámara.

—Os mataré a todos si es necesario —repitió como una firme amenaza hacia nuestros secuestradores—. A todos y cada uno de vosotros.

23

Tras las palabras de ese hombre llegó el silencio.

Un silencio pesado y tenso en el que era evidente que todos pensábamos más o menos en lo mismo.

En que ese pirado tarde o temprano nos reventaría como a una piñata en un cumpleaños.

Si había alguna posibilidad de que pudiéramos llegar a colaborar como había sugerido el politicucho, acababa de complicarse una barbaridad.

Antes de que ninguno pudiera reaccionar de manera alguna, la voz habló de nuevo.

—Enhorabuena, participantes, habéis pasado todos a la siguiente fase.

Dicho esto, la luz bajó, el cielo se cubrió de oscuridad y algunos sonidos de animales y viento comenzó a sonar.

Como si hubieran decidido poner el sonido de la naturaleza modo on.

—¿Qué pasa?, ¿qué pasa? —preguntó Silvia con cara de susto.

De verdad que esa mujer era un prado de pena.

—Vamos a morir todos —farfulló Dani, el joven atemorizado—. No, tú no —se dijo a sí mismo justo después.

Otro que tal, Pascual.

Menudo equipo formábamos.

—No os preocupéis que todo saldrá bien —intervino don Ernesto con las manos alzadas en plan conciliador.

—Tu discurso de masas aquí no vale de nada, aquí no hay nadie a quien convencer —dijo Luisma mientras daba un paso al frente.

—Tú cierra la boca, payaso —contestó el Conde haciendo lo propio en su dirección.

—Vale, vale, ya, caballeros, esto es lo que ellos quieren.

En eso tenía razón, era evidente que lo que quería fuera quien fuera que nos hubiera encerrado, era espectáculo.

—Tenemos que concentrarnos si queremos…

—Aquí hay algo —dijo Teresa, la mujer del tigre, mientras se agachaba junto a uno de los árboles—. Se escucha el sonido de una ardilla.

—¿Y eso qué demonios importa? —preguntó el Conde de inmediato.

—Porque ahí, junto a esa puerta, están dibujados los símbolos en la pared.

Era cierto, al otro lado de un bosque que mediría como unos ochenta o noventa metros cuadrados de espesa maleza, se escondía una puerta de madera rodeada de piedra. Y, en esa piedra, había dibujados cinco animales en tinta roja.

Me acerqué para ver qué había exactamente en ese lugar seguida de algunos de mis nuevos “compañeros” y nos plantamos frente a la puerta.

—Hay que abrirla —dijo en una arrebato de originalidad don Ernesto, como quien descubre la cura del cáncer.

Pasé la mano por los dibujos para comprobar que, efectivamente, tenían cierto relieve. No tenía ninguna importancia, pero así era.

Lo que sí que era sin duda importante eran esos mismos símbolos dibujados en diferentes puntos del bosque.

Era una pista clara.

Primero busca los animales o, en este caso, sus sonidos.

Segundo, esto te abre la puerta, por eso están dibujados junto a ella.

Y tercero, yo ya había comprobado que esos dibujos tenían relieve, pero nada más, por lo tanto, debían estar en otro punto donde hacer ese "algo" que nos permitiera pasar.

No tardé en dar con un búho junto a uno de los árboles más grandes.

—Tenemos que encontrar a todos los animales, es posible que haya que pulsar esos botones en algún tipo de orden —dije señalando hacia el símbolo del búho.

—Bien visto, haremos eso —accedió el político con una sonrisa—. Ahí está el dibujo de la ardilla, ¿era eso lo que habían escuchado, no? —preguntó hacia Teresa, que asintió con la cabeza.

Entonces se aproximó y pulsó el botón, que se iluminó durante un par de segundos, y se apagó de nuevo.

—Tenemos que pulsarlos todos al mismo tiempo —dije mientras buscaba a mi alrededor.

En menos de cinco minutos habíamos localizado todos los botones junto a seis de los sonidos de animales.

Faltaban dos por encontrar.

Y no… no había que pulsarlos todos al mismo tiempo sino que teníamos que seguir un orden. El bosque sonaba a su ritmo.

Primero llegaba la ardilla, después el búho, el cervatillo, el águila, el conejo y el lobo.

Por nuestras cuentas faltaba uno por encontrar.

Todavía no nos habíamos dado cuenta de que nosotros éramos ocho.

—Aquí está el último sonido, el cerdo gordo, sale de ahí dentro —dijo el Conde señalando un arbusto.

—No es un cerdo, es un jabalí — le corrigió el político con gesto intenso.

Mientras tanto, yo ya me había acercado al símbolo de la ardilla.

—Tenemos que pulsarlos en orden, primero la ardilla — y pulsé—Luego viene…El búho.

Silvia se acercó a donde estaba el ave nocturna y lo pulsó.

—Bien, ahora toca el conejo —se me adelantó don Ernesto acaparando la atención, no vaya a ser que nos olvidáramos de su presencia.

—Ahora el bambi —dijo Teresa mientras lo pulsaba.

—El cerdo—dijo Conde antes de poner la mano sobre su botón.

—Águila —farfulló Dani con la mirada perdida.

—Y, por último, el lobo —dijo el policía antes de quedarse quieto a la espera de resultados.

Nada.

—Hay que hacerlo más rápido —dije con un ligero deje de emoción.

Yo es que me emocionaba por nada, incluso en una situación que estaba lejos de ser medianamente aceptable.

—Ardilla —dije.

—Búho —dijo Silvia.

—Conejo —añadió don Ernesto.

—Bambi —dijo Teresa.

—Pumba —dijo el Conde, sonriente.

Dani no dijo nada, pero pulsó el botón del águila y se sentó sobre la hierva.

—Y… —empezó a decir el policía, Luisma, cuando los brazos del desconocido americano le cogieron por el cuello y, con un sonoro, crack, lo partiera por la mitad. Justo después y, mientras el cuerpo del agente de la ley caía sobre la tierra, pulsó el botón sin decir una sola palabra.

Acto seguido, la puerta se abrió de par en par ante nuestra mirada de sorpresa.

Sorpresa, miedo y aprensión.

A cada segundo la situación se me complicaba todavía más. No era suficiente con estar encerrada por un loco y que me estuviera poniendo a prueba para salvar la vida, sino que además tenía que estarlo junto a un asesino que no dudaría en ejecutarme a la primera ocasión.

—Queridos participantes, no deben actuar en contra de sus compañeros. En el caso del perdedor de la prueba, será la experiencia la que se ocupe de hacerlo. Por favor, les pido que no vuelva a ocurrir.

El hombre trajeado y atractivo ya había disfrutado de la pertinente visita de Cristina. Mejorable pero, sin duda alguna, aceptable, cuando terminó la siguiente fase de la experiencia.

El hombre americano había ejecutado a otro de los participantes y lo había hecho en el último segundo. Si hubiera llegado a pulsar el botón, esta vez él no se habría librado del castigo. Ese hombre parecía saber más que el resto acerca de la experiencia.

Por algún motivo la conocía. Era extraño, era algo realmente secreto y exclusivo, pero bueno, suponía que podía llegar a ocurrir.

Se quedó observando la reacción de los participantes ante tan aciago suceso hasta que se adentraron en la puerta abierta.

Salió de la experiencia y buscó el expediente del recientemente fallecido participante.

Luis Manuel Trabuco.

24

Unos meses antes de que Luis Manuel Trabuco fuera ejecutado a sangre fría por el participante silencioso, llegaba al pueblo valenciano de Buñol para su tercera Tomatina en los últimos tres años.

Y ¡Cómo se lo iba a pasar!

Él, junto a todos sus amigos, en manada, y todo lleno de mujeres guapas, borrachas, y dispuestas.

Lo segundo era lo más importante de todo.

Porque claro…

Que fueran guapas no era tan relevante.

"Ninguna mujer es fea por donde mea" decía siempre su colega Mario cada vez que se liaba con la más fea de la fiesta.

Y el hecho de que estuvieran dispuestas era algo que se podía arreglar.

Por lo que, que estuvieran borrachas era lo que realmente tenía valor. Primero porque de esa forma era más fácil cambiar un no por un sí.

Y segundo, porque, en el caso de mantener el no, "arreglar" su poca predisposición con una poción mágica, era más sencillo si estaban más allá que acá.

Vamos, estrategia pura del hombre moderno.

Habían alquilado una coqueta casa de pueblo en el centro de Buñol, justo en la calle de detrás de la principal. Ni justo en el meollo ni demasiado lejos como para que las presas se les escaparan por el camino.

Nadie quería eso, no, señor.

Luisma y sus amigos llegaron a la casita y fueron repartiendo las habitaciones. Él elegía el primero, era evidente, se notaba quién estaba al mando.

El momento en el que los carros repletos de tomates inundaran la calle no sería hasta el día siguiente, pero la verdadera "fiesta" tenía a lugar la noche anterior. Cuando todos los turistas y fiesteros reventarían las verbenas del pueblo y lo empalmarían con la denominada "Tomatina"

En ese momento, Luisma ya querría tener los huevos más vacíos que el cerebro de Junior, el más tonto de los cinco.

Le llamaban Junior porque también se llamaba Luisma y, claro, estando él no los iban a llamar igual. Cuestión de clases y respeto.

Pasaron el resto de la tarde jugando con una Play Station que se habían llevado en el coche y cenaron algo ligerito. El alcohol debía de subirles para pasárselo en grande.

Y, sobre las doce de la noche, cogieron la puerta y se dirigieron a la verbena con todo lo necesario para su fiesta privada.

En primer lugar, soltaron el anzuelo. Javi y Pérez irían primero, hablarían con alguna chica que vieran sola y tantearían el ambiente.

Y eso hicieron.

No eran todavía ni las dos de la mañana cuando Pérez ya se había apartado y dejado a Javi comiéndose la boca con una señorita que parecía cumplir con los tres requisitos.

Era evidente que era guapa, estaba borracha y, por lo visto, estaba más que dispuesta a que Javi le metiera de todo menos miedo.

Buena señal.

Entonces fue cuando fueron llegando poco a poco, mientras el resto observaba algo alejado, no se fuera a asustar.

Tanteaban el momento mientras observaban que no hubiera alguna amiga aguafiestas por las proximidades.

—Ya tenemos presa, Auuuuuuu —escribió el tondo de Junior en un grupo de WhatsApp en el que también estaban unos cuantos más que no habían podido ir esa vez.

Lo que se iban a perder.

—¡Qué cabrones! —contestó uno de ellos.

—Mandad fotos, eh, no jodáis.

—Pues claro, pringaos —contestó Junior con una sonrisa lobuna—. Nos vamos a poner las botas. El Javi ya está en ello, el muy cabrón. Mirad como le mete la lengua hasta la campanilla.

Dicho esto, envió un video al grupo en el que se veía a Javi dándose el lote con la señorita y metiéndole mano por encima de la ropa.

Javi abrió los ojos en plena faena justo en el momento en el que Luisma le hacía gestos para que fuera haciendo marcha. Había que ir hacia la casa cuanto antes.

Él negó con la cabeza.

—Mierda, eso es que la muy puta le está dando largas. Hay que darle un pequeño empujón.

—Bueno, para eso estamos aquí ¿no? —dijo Mario con cara de poseso.

Luisma suspiró.

Había que ser idiota.

Le hizo un gesto para que hiciera lo que él ya sabía que tenía que hacer.

Asintió y, mientras le metía mano por encima de la blusa y ella le daba unos besos en el cuello, echó unas poquitas gotas en una de las cervezas que ambos tenían a un lado, sobre un banco de madera.

Justo después, detuvo el magreo y echó un trago a su bebida, como diciendo, ¿y si bebemos algo?

Ella debió de entender el mensaje subliminal porque lo hizo de inmediato.

—¡Vamos! —exclamó Mario desde lo lejos.

—Ahora a esperar un poco más y a darle caña —añadió Junior.

Entre quince y veinte minutos más tarde, Javi y la chica iban de camino a la casa seguido desde la distancia del resto de la manada.

No mucho después, ambos se encontraban en una habitación con ella tumbada y él encima montado como un perro en celo.

Y, justo cuando terminó dentro de ella y a pelo, los otros cuatro entraron en la habitación a pleno grito.

Ahora les tocaba a ellos.

La chica quiso decir algo pero no la entendieron.

Tampoco lo intentaron.

El primero fue Luisma, por supuesto, no iba a comerse la lefa de nadie más.

Luego le tocó el turno a Pérez, después Mario y por último Junior, que el muy cabrón le apuntó en un ojo al correrse, como un cavernícola.

Después, tanto Luisma como Javi seguían teniendo ganas y se la follaron al mismo tiempo por todos los agujeros posibles, y porque no tenía más, mientras el resto grababa y lo enviaba al grupo de whatssap.

—Ya podéis cascárosla a gusto so guarros —escribió Junior mientras hacía lo propio con la mano libre.

Era la cuarta vez que ligaban de una manera similar en los últimos años, pero, esa vez, por la mala suerte o el maldito destino, unos de los capullos del grupo de WhatsApp había hablado más de la cuenta y, no habían pasado ni dos semanas y los habían trincado.

A ellos.

Por violación.

Luisma no se lo podía ni creer.

¿Violación?

"Pero ¿qué violación? Si la muy perra se estaba comiendo toda la boca con el Javi y no habría tardado ni tres minutos en abrirse de piernas" se dijo a sí mismo con un cabreo monumental.

Era una barbaridad que ningún juez iba a tragarse.

Se equivocó.

Se la tragó de lleno.

Y ahora, unos cuantos meses más tarde, Luisma entraba en la celda que compartía con una mole de tres pares de narices que amenazaba por reventarle el ojal al primer descuido.

Él estaba acojonado.

¿Qué había hecho él para merecer algo así?

Era increíble.

Se tumbó sobre la cama de abajo a la espera de que llegara el armario empotrado que tenía por compañero cuando, de repente, entró un olor extraño por la puerta de la celda.

No había llegado ni a levantarse para comprobar de qué podía ser cuando cayó desmayado sobre el suelo de la celda y por muy poco no se revienta la cabeza contra la puerta.

Al rato despertó desorientado y observó a su alrededor.

Su compañero todavía no había llegado y había algo extraño allí dentro. Por la puerta de la celda normalmente podía ver el exterior a través de una pequeña ventana en forma de círculo, pero ahora, al mirar, estaba todo en negro.

¡Qué extraño! Pensó antes de sentarse en su cama a replantearse la situación.

No tardaría en darse cuenta de que su compañero no iba a llegar y que, si había llegado a pensar que estar encerrado en la cárcel era un destino poco apetecible, en poco tiempo habría dado todo lo que fuera necesario para regresar a ese lugar.

25

Cuando el hombre trajeado y atractivo terminó de leer el expediente de Luis Manuel Trabuco, sonrió.

A él no le gustaban los violadores.

No le gustaban en absoluto.

A las mujeres no se las podía tratar de esa manera. Si se quería algo de ellas, había formas mejores para que hicieran lo que uno deseaba sin tener que utilizar la fuerza.

Las personas que recurrían a tales bajezas no merecían vivir.

Y, una vez más, la experiencia se había ocupado de ello.

Regresó a la pantalla en la que estaba su participante. Acababan de entrar por la puerta y se habían percatado de que se encontraban en un oscuro y tenebroso castillo.

La situación, sin duda alguna, se ponía interesante.

Si la situación ya era una reverenda mierda hacía un instante, acababa de volverse si cabe peor en el momento en el que pusimos el pie en el interior de la puerta del bosque. Al hacerlo, aparecimos en un castillo medieval de piedra y madera. Con suelos de roca y antorchas iluminando sus duras paredes. El aroma a incienso, abono y paja era increíblemente potente.

Un diez para el que se hubiera encargado de la inmersión, sí señor.

Esta vez no nos dio demasiado tiempo para pensar, pues, al instante de estar en ese lugar, la pared de detrás comenzó a moverse y a lanzarnos hacia delante.

De hecho, nada más empezamos a andar, de las grietas de esa pared de piedra salieron pinchos afilados de al menos un metro de largo que se cernían sobre nosotros.

—Bienvenidos a la siguiente parte de la experiencia, espero que la disfruten —dijo la maldita voz con su tono neutro habitual.

Entonces el joven Dani se puso a llorar, desconsolado.

Lo siguió Silvia, la mujer de rojo.

Hasta Teresa, que no había reaccionado en exceso hasta ese momento, comenzó a agitar su respiración mientras caminaba. Y, lo mejor de todo, el gran ministro de defensa, al frente de todos, no lo fueran a pillar el primero, pedía, por favor, que nos dejaran salir a moco tendido y muerto de miedo.

Ese era el héroe que nos iba a salvar.

Sí señor.

Únicamente el desconocido asesino parecía no reaccionar ante el infortunio. Caminaba, dolido por las heridas que parecían ser mordiscos que le asomaba en los brazos y las piernas, sin decir una sola palabra.

Las antorchas pasaban por nuestro lado mientras caminábamos por un largo pasillo al trote y la pared que se movía tras nuestras espaldas.

Si cualquiera de nosotros se caía al suelo, estaría perdido al instante. Y yo lo único que trataba de hacer era no estar demasiado cerca del asesino estadounidense.

Por lo que fuera.

Aunque claro, no era la única que había llegado a la misma conclusión y el espacio era limitado.

—No quiero morir, no quiero morir —farfullaba el joven Daniel mientras trotaba justo delante de mí—. No vas a morir, no te preocupes —se contestaba al instante a sí mismo, provocándome un escalofrío por todo el cuerpo.

Si había alguien que me daba miedo, sin contar con el asesino norteamericano, sin duda alguno era ese chaval.

Seguíamos caminando a paso rápido con la pared de pinchos a nuestra espalda, cuando advertí que mi pie se hundía en el suelo. No mucho, únicamente un par de centímetros. Sin embargo, fue lo suficiente como para que algo se activara a los lados.

La pared seguía tras nuestra espalda.

Al fondo se encontraba una salida cerrada con un candado de llave y, por si no fuera suficiente, las paredes de nuestros lados comenzaron a cerrarse, forzándonos a juntarnos más entre nosotros.

—¡Las paredes de los lados! —evidenció lo evidente el político madrileño antes de caerse de bruces sobre el suelo y que la mayoría de nosotros pasara por su lado para salvar la vida.

Por suerte para él, el Conde había apostado por un futuro mejor a su salida y, para ello, necesitaba a ese hombre con vida. Se detuvo a su lado y, justo antes de que la pared lo ensartara como un pincho moruno, lo levantó y lo lanzó hacia delante. El hombre salió disparado con la mala suerte de golpear por la espalda a Silvia y que esta cayera al suelo al instante en el que una enorme especie de azada gigante salía disparada desde la pared de derecha y le pasaba justo por encima sin llegar a tocarle.

Justo después salió otra y otra y otra, aunque pasaban por detrás de nuestras espaldas sin llegar a tocar a ninguno de nosotros.

Era posible que, si uno de nosotros fuera alcanzado, la prueba se detuviera y pasáramos a la siguiente fase. Comenzaba a pensar que solo uno podría salir con vida y que cada prueba era una simple escusa para reducir nuestro número.

Sin embargo, quedó patente que me equivocaba, cuando, al llegar a la puerta y, antes de que la pared nos alcanzara, el asesino americano pareció llegar a la misma conclusión que yo y empujó a la persona que tenía más cerca.

Yo.

Con la mala suerte…

Para ella.

De que al caer hacia delante me llevé por delante a Silvia y esta fue destrozada tanto por un hacha como por la pared que venía a por nosotros.

Una por delante y otra por un lado.

Un esperpento.

Durante un escaso segundo nuestra reacción fue la de observar conmocionados la imagen que teníamos ante nuestros ojos, sin embargo, al percatarnos que no se detenía, no tuvimos otra opción que reaccionar.

Ya habría tiempo para recriminaciones si salíamos con vida de ese castillo.

La pared continuaba su movimiento hacia delante y ya no nos quedaba demasiado espacio. Pasó por encima del cuerpo reventado de la mujer de rojo antes de continuar con su movimiento.

Teresa cerró los ojos y se preparó para el final. El joven Daniel se apretó contra la pared mientras farfullaba cosas ininteligibles.

Don Ernesto, conocido religioso, se puso de rodillas y comenzó a rezar y a confesar sus pecados como si no hubiera un mañana.

Quizá no lo había.

Quedábamos el asesino, el garrulo de la barbita, y una servidora para sacarnos de esa situación tan peliaguda.

La llave debía de estar cerca. No tenía sentido que nos fueran a matar a todos al mismo tiempo sin ninguna posibilidad de victoria. Eso no provocaría un buen espectáculo.

Y cada vez tenía más claro que eso era justamente lo que anhelaban.

—La llave está ahí —dijo el asesino por primera vez en mucho tiempo mientras señalaba por encima de nuestras cabezas.

Era muy raro que ese hombre hablara.

Sería por algo.

—No puedo llegar yo solo.

¡Equilicuá!

—¡Ayúdame! —le ordenó al de la barbita mientras la pared casi nos alcanzaba.

—Yo no pienso ni acercarme a ti ni loco, puto pirado —contestó con los ojos repletos de rabia.

—Yo lo haré, ¿qué quieres de mí? —contesté tragándome el hecho de que era a mí a la que había empujado contra los pinchos y que únicamente la casualidad había provocado que la pobre Silvia se encontrara entre yo y una muerte segura.

—Súbete a mis hombros —me contestó al instante.

Yo dudé, era evidente que hacerlo era una auténtica locura.

—¡Ya!

Pero claro, no hacerlo lo sería todavía más.

—¡Diantres! —exclamé y me acerqué a ese monstruo mientras se agachaba para que me subiera a sus hombros. Nada más hacerlo me aupó hacia arriba y rocé la llave con los dedos.

La pared había reducido su velocidad tras pasar por el cuerpo de Silvia. Quien estuviera observando quería darnos una oportunidad.

O, como mínimo, alargar nuestro sufrimiento.

Lo intenté de nuevo, me alegué y esta vez casi la cojo.

—¡Demon! —exclamó el hombre que llevaba en la entrepierna.

Pero, a la tercera, fue la vencida. Cogí la llave con la mano y se la lancé a el Conde todavía desde arriba. Este la pilló al vuelo y abrió la puerta mientras yo caía sobre la piedra que hacía de suelo y todos nos lanzábamos hacia el otro lado.

Hacia la oscuridad.

Yo iba la última y, por muy poco, los pinchos no me atraviesan antes de poner pie en…

¡Dios santo!

Acabábamos de entrar en el interior de una maldita pirámide egipcia.

El hombre trajeado y atractivo había observado todos los acontecimientos con atención.

Se lo estaba pasando en grande.

No todas las experiencias tenían participantes tan interesantes.

En absoluto.

De hecho, ese americano estaba dando muchísimo nivel a la experiencia.

El problema radicaba en que se estaba saltando las normas por completo y eso era algo que al máster no le estaría gustando.

No le estaría gustando lo más mínimo.

Él sabía que el espectáculo era muy importante, no obstante, también era consistente de la importancia que la experiencia otorgaba al civismo.

Y un participante que había asesinado a tres de sus compañeros no era algo que se pudiera aceptar.

Estaba deseoso de que llegaran las consecuencias a tales actos.

Pero, mientras tanto, leería el expediente de la recién fallecida.

La mujer vestida de rojo.

Silvia Nogueras Fuentes.

26

Unas horas antes de que Silvia Nogueras Fuentes fuera atravesada por una azada gigante mientras una pared repleta de pinchos la pasara por encima, había quedado con un chico que había conocido en Tinder. No lo había visto nunca, pero, por lo que había visto en la APP y lo poco que habían hablado, encajaba sin duda alguna con sus gustos.

Cada vez le costaba más que se diera el caso.

Desde que había cumplido los treinta y cinco parecía que los hombres habían desaparecido.

O estaban casados, o con hijos, o eran gays, y, los que quedaban solteros…

Sería por algo.

Y ese "algo" era lo que salía a la luz durante sus citas.

Aunque, bueno, para lo que ella los quería no le importaban demasiado esos "algos".

Hombres inmaduros, idiotas, cerdos, no importaba.

Mientras tuvieran un buen culo y supieran utilizar lo que llevaban entre las piernas, a esas alturas a ella le parecía más que suficiente.

La primera impresión no fue lo que dice maravillosa, precisamente. Había engordado desde las fotos que había colgado en Tinder y tenía algo menos de pelo en la cabeza.

Empezábamos bien.

Aunque bueno…

La conversación al menos sí que era buena.

Parecía un hombre interesante.

Divorciado, con dos hijos pequeños que vivían con la madre y a los que él veía un finde de cada dos.

Le gustaba viajar, el vino, el pádel y pasear por el monte escuchando a Bruce Springsteen.

Y tenía un buen culo.

Ahora le faltaba comprobar lo segundo.

Cuando él la llevó a casa, ella lo invitó a subir a "tomar un café"

Él aceptó con una sonrisa y, al subir, mencionó lo bonito que le parecía todo y se excusó para ir al servicio.

Iría a asearse las partes indicadas para "tomar el café"

Silvia lo agradecía.

Al salir ella ya había puesto dos gin tonic en sendas copas con una rodaja de limón y un par de hielos y, después de un par de tragos, ella le plantó un beso en los morros.

No besaba del todo mal.

Los había visto mejores… pero tampoco iba a ponerse exquisita.

Comenzó a meterle mano por encima de la ropa para, a los pocos minutos, entrar en materia por debajo de la camisa.

Luego pasó a quitarle el sujetador y a juguetear con sus pezones con los dedos.

En ese momento ya hacía un buen rato que Rosa notaba lo "contento" que estaba de cintura para abajo y comenzó a masajear la zona con la palma de la mano.

Por el momento la cosa funcionaba.

Que la pobre Silvia se había encontrado de todo a lo largo de su vida.

Sobre todo durante los últimos años.

Se deshicieron de su ropa poco a poco y la fueron tirando por todas partes de camino a la habitación. Al llegar, ya como dios los trajo al mundo, comenzaron con los preliminares orales.

Primero él, y luego ella.

Notaba el sabor del jabón de coco que ella misma había comprado.

Lo compraba justo por esa razón, si al final se lo iba a acabar comiendo, al menos que tuviera buen sabor.

Hubo un par de amagos en los que tuvo que frenar el ritmo para que no terminara antes de tiempo y la dejara ella a dos velas.

No…

Ni de coña…

Así que se pusieron manos a la obra.

Primero él encima.

El tamaño estaba bien, el ritmo decente, pero la sapiencia era tirando a regular.

No importaba, ella siempre acababa arriba, desde donde podía controlarlo todo a su antojo.

Una vez él parecía haber satisfecho su hombría, ella le dio la vuelta y lo tumbó sobre la cama.

—Ahora voy a atarte —le dijo Silvia con una sonrisa picarona.

—Puedes hacer conmigo todo lo que quieras —contestó él en un momento en el que podría haberle pegado en la cabeza con un yunque que le habría parecido una idea maravillosa.

Se levantó y se dirigió hacia la mesita de noche, sacó unas esposas y un enganche de pelo con el que se hizo un moño alto.

Lo ató al cabecero de la cama y se subió sobre él lentamente, disfrutando del momento.

Comenzaba lo bueno.

Cabalgó durante unos pocos minutos de una forma en la que sabía que ella terminaría antes que él. Rozaba los justo y necesario para satisfacerse a sí misma y tenía la experiencia necesaria como para hacerlo en el tiempo que quisiera.

Ya era el momento.

Gritando, gimiendo y a punto de reventar, se soltó el enganche del pelo cuando sabía que iba a terminar y, justo en ese momento en el que el calor le subía por todo el cuerpo y la explosión en su entrepierna se volvía incontrolable. Justo ahí y no antes, soltó un berrido mientras clavaba el metálico y afilado enganche que sujetaba su pelo en el cuello de su amante. En ese momento el orgasmo inundó todo su cuerpo, mientras la sangre brotaba e inundaba la cama y los ojos del divorciado padre se apagaban poco a poco.

Permaneció unos minutos tumbada y abrazada a ese hombre que tan bien la había tomado y, cuando decidió que el era el momento oportuno, se dio una relajante ducha. Mientras el agua recorría su pelo, no podía sino recordar los últimos momentos.

Estuvo tentada incluso de dirigir el chorro de agua hacia sus zonas erógenas y buscar de nuevo el placer prohibido, pero se contuvo.

Ya lo reviviría más tarde cuando viera la cinta de video del polvazo que acababa de echar.

No había llegado a cerrar el grifo de la ducha cuando advirtió un olor extraño que entraba

en el cuarto de baño.

Parecía que provenía de una de las cañerías.

Abrió la cortina de la ducha y, cuando fue a poner un pie en el exterior, cayó desmayada sobre las húmedas baldosas.

Al rato despertó con algo de sangre en la cabeza. Y no era de su amante, no señor, se había abierto una brecha en su caída.

Debía dar con un botiquín y curársela de inmediato.

Su cerebro implosionó cuando, al encontrarlo, se dio cuenta de que estaba bloqueado y cerrado con una combinación de números.

Y cuando, trató de salir del cuarto de baño y la puerta estaba totalmente cerrada desde fuera, dedujo que se había metido en un buen lío. Un lío del que muy posiblemente no sería capaz de salir.

No andaba demasiado equivocada.

De hecho, no lo estaba en absoluto.

27

El hombre trajeado y atractivo se quedó de piedra después de leer el expediente de la señorita Silvia Nogueras Fuentes. Una mujer que asesinaba a sus amantes porque sí.

Sin más motivo que el simple hecho de que su padre abusara de ella de niña.

Pero, ¿qué culpa tenían el resto de los hombres?

Por el amor de dios.

Tragó saliva.

Esa mujer estaba mucho mejor muerta.

Por primera vez en mucho tiempo había encontrado a una participante que podría haberse convertido en su asesina.

Él viajaba de vez en cuando a su ciudad y, sin duda alguna, habría podido entrar dentro de sus gustos.

Algo mayor, pero sin duda alguna se trataba de una mujer atractiva.

Si se le hubiera acercado en un bar, en un restaurante o en la calle…

No quería ni pensarlo.

Todavía con la piel de gallina y un nudo en la garganta, devolvió la cámara al presente de la experiencia, donde los participantes acababan de adentrarse en una maravillosa pirámide egipcia.

¡Qué magnífica experiencia se iba a encontrar!

Advertía el modo en el que mi corazón latía con una fuerza desmedida. Con unas ganas locas de abandonar mi cuerpo y perderse entre los laberínticos pasillos egipcios que albergaba ante mis ojos.

Esto ya era absurdo.

¿Una maldita pirámide?, ¿en serio?

Pero, ¿quién diantres nos había secuestrado? ¿Algún millonario excéntrico que disfrutaba gastando sus millones en torturar a la gente?

¿Elon Musk?, ¿Berlusconi desde la tumba?, ¿Donald Trump?, ¿el emérito?, ¿Batman?

Sentía un miedo atroz en mi interior.

Pánico, de no ver a mis hijos nunca más.

Terror, de no volver a tocar a mi marido.

Y, lo que era peor, que no me volviera a tocar él a mí.

La adrenalina de la supervivencia me había hecho continuar hacia delante sin pensar demasiado pero ahora todo llegaba a mí como un torbellino.

Me derrumbé. Caí de rodillas a moco tendido y un llanto desconsolado mientras sentía la mirada del asesino sobre mí. Estaba perdiendo el poco respeto que me había ganado por ser la

única de todos en atreverse a subirse a sus hombros a por la llave.

Lo había perdido todo en un solo segundo.

Y, ¿qué pensaría ese cetrero ahora de mí y mis actos?, ¿me seguiría ayudando?

No lo creía.

Aunque tampoco es que hubiera ayudado demasiado durante las últimas pruebas.

Que le dieran a ese hombre, o mujer, o lo que diantres fuera…

Que les dieran a todos…

No había llegado hasta ahí para dejarme arrastrar ahora por la tristeza.

Me recompuse, me levanté y posé mi mirada sobre el resto, uno por uno, desafiante.

¡Ole mi coño!

Nadie me miró siquiera. Estaban demasiado asustados observando lo que teníamos delante.

Una habitación grande, decorada con dibujos de animales y cosas que no sabría ni nombrar.

Aunque bueno, parecía que uno de nosotros sí que sabía sobre el tema.

Y mucho.

—Las tumbas de estilo del Alto Egipto estaban ubicadas en el extremo aguas arriba del wad. Uno de los ejemplos que se encontraron en la necrópolis fue una tumba excavada que tenía una trinchera larga y estrecha con un agujero en forma de L cortado en el medio del piso. No había ninguna superestructura asociada a ella. Alrededor de las tumbas de piedra había entierros de animales, incluidos hipopótamos, elefantes, cocodrilos, babuinos, vacas, cabras, ovejas y perros. Algunos de los animales estaban momificados y probablemente tenían un significado cívico ceremonial. Las tumbas talladas en piedra, aunque pueden no haber sido elaboradas ni decoradas, son indicativas de un estatus de clase superior en la sociedad egipcia. Y esta sin duda lo está.

La voz de don Ernesto, ministro de cultura, sonaba más como una repetición que como un cuentacuentos. Como si se hubiera aprendido esas palabras de memoria y las estuviera soltando sin pensar.

—Las descripciones de las tumbas de piedra son similares a Mastabas, estructuras rectangulares, construidas en piedra con cubierta plana que cubrían pozos profundos que conducían al entierro del dueño de la tumba. Nobles y cortesanos fueron encontrados enterrados en Mastabas dentro de los cementerios reales. Algunas de estas tumbas eran más expansivas, ya que también tendrían pozos o túneles adicionales que conducirían a otras cámaras para miembros de la familia u objetos de valor. Muchas de estas tumbas tendían un serdab, una pequeña cámara que albergaría una estatua hecha para parecerse al difunto. También había estatuas del difunto a diferentes edades de su vida, e incluso podría haber estatuas de la familia o esclavos del difunto en esta cámara. Los ataúdes tenían texto similar o jeroglíficos tallados en la superficie. Normalmente, el texto contenía hechizos del Libro de los Muertos, que estaba destinado a proteger y guiar al difunto a través de su viaje a la vida futura. “Durante la Sexta Dinastía, algunos nobles decidieron ser enterrados cerca de sus pueblos de origen, y no en los cementerios reales”. Se cree que esto sucedió porque hubo una disminución en el poder y el prestigio de los reyes durante este tiempo. Sin duda alguna, esta tumba simula la de Tutankamón. Y todas esas estatuas son de él durante toda su vida.

Nada más terminar de hablar se hizo el silencio. Posiblemente, todos nos estábamos preguntando lo mismo.

¿Por qué razón el ministro de defensa era experto en historia egipcia?

Cuestión que se respondió de inmediato.

—Yo estudié historia. Es cierto que después hice un máster en ciencias políticas, pero mi

carrera se centró en la historia antigua. Más grecorromana que otra cosa, también cartaginesa y parta, pero también toqué bastante de la cultura egipcia —dijo sin apartar la vista de las estatuas y los jeroglíficos.

—Cojonudo, nuestro ministro de defensa sabe lo mismo de defensa que yo —soltó Teresa con inquina.

—Se equivoca, señorita, se sorprendería lo mucho que se puede aprender de estrategia militar de los romanos, no se hace ni una idea.

—Claro que sí, así si nos atacan los moros, podrías ponerte en posición de falange, no te jode —soltó de nuevo la mujer.

Yo di dos pasos hacia delante y me coloqué frente a los símbolos. No iba a escuchar tanta tontería.

—Si sabes tanto de esto, dime, ¿cuál puede ser el enigma que quieren que resolvamos?

El hombre iba a contestar a la pullita de Teresa cuando se desvió y prefirió dirigirse a mí en su lugar.

—Puede ser cualquier cosa, déjeme que lo mire bien.

Nada más decir esas palabras, la voz habló de nuevo.

—En primer lugar, debo aleccionar a uno de los participantes. Se ha saltado las normas que prohíben asesinar a otro participante en dos ocasiones sin consentimiento del Máster y eso es algo que no se puede tolerar.

El asesino se puso tenso, como un león acorralado, cuando se abrió una brecha en la pared repleta de símbolos y un fino filo metálico se le incrustó en el hombro.

—Esta no se trata de una herida letal, sin embargo, si continúa recurriendo a la violencia sin consentimiento del máster, finalmente será ejecutado sin miramientos. Espero que lo haya comprendido y que puedan continuar con la experiencia sin contratiempos. Y, en segundo lugar, sean bienvenidos a la siguiente parte de la experiencia, la maldición del faraón. Espero que la disfruten.

Yo disfrutaría arrancándole la cara a quien fuera que estuviera detrás de esa voz.

“Ya te cogeré, ya”, me dije a mí misma totalmente segura de que eso jamás iba a llegar a pasar.

28

Comencé a caminar hacia las paredes mientras el asesino trataba de coserse la herida del hombro. Lo hacía con un hilo y una aguja que parecía haber cogido del bosque cuando, el autodenominado Máster, nos había entregado el botiquín, el agua y la comida.

“Un hombre precavido vale por dos”, decía siempre mi abuela.

Y ese hombre lo era, ya te digo yo que lo era.

El político historiador recorría de un lado para otro de la estancia en busca de algo que lo ayudara a avanzar. Mientras tanto, yo acariciaba la pared dibujada como si supiera algo de lo que estaba haciendo.

Por supuesto que no. Pero viendo el equipo que hacíamos, o yo trataba de hacer algo, o estábamos totalmente perdidos.

—No puede ser tan difícil —farfullé mientras pasaba la mano por la piedra.

Diversas figuras de lado, gatos y perros con formas humanas, aparecían ante mis ojos.

Todas miraban hacia el mismo lugar, un símbolo en el centro de la pared, con una enorme pirámide y un ojo sobre ella.

—Eso no es un símbolo egipcio. O quien ha creado todo esto no tiene ni idea, cosa que dudo mucho, o justamente es lo que quiere que veamos —dijo la voz de Don Ernesto tras mi espalda, resultando útil por primera vez en todo el día.

Me acerqué a ese ojo y miré a través de él. Daba a una habitación contigua con corta luz rojiza y varios elementos en el interior de diversos tarros.

Pude ver arroz en uno de ellos. En otro parecía haber trigo. El tercero estaba relleno con arena. Mientras que diría que el contenido del cuarto era sangre.

Al menos roja y espesa era.

Y dudaba mucho que resultara ser zumo de tomate.

Lo dudaba una barbaridad.

Vamos, que no lo era.

La pregunta podría ser si la sangre resultaba ser de animal o de persona.

Pero sangre era.

—¿Hay por aquí arena, trigo, arroz o sangre? —pregunté sin apartar la vista del interior de esa especie de sala contigua.

—Ahí —contestó Teresa desde el lado contrario de la sala de donde se encontraba el asesino americano—, eso es arroz.

Yo no había sido en toda mi vida alguien demasiado confiada. De hecho, hasta pasados varios años no terminé de fiarme del todo ni de mi propio marido.

Hay cosas en la vida que es mejor mantener para una misma.

Sin embargo, y, para mi desgracia, mi vida dependía de una mujer que ocultaba algo, un adolescente que hablaba consigo mismo, un cachas mafioso, el corrupto ministro de defensa y un

hombre que claramente parecía un asesino profesional.

Este último todavía se estaba curando la herida del hombro, cuando el ministro se acercó hacia donde Teresa señalaba.

—Si damos con las otras dos, podremos continuar.

Otra vez evidenciando lo evidente.

Me aparté de la pared y comencé a buscar a mi alrededor.

La arena estaba bajo nuestros pies.

Había muchísima, así que supuse que iría en el último lugar.

El arroz no era más que un pequeño saquito.

Podría tratarse de la primera de todas.

Faltaba encontrar la sangre y el trigo.

El trigo apareció junto a una de las puertas, dentro de una suerte de maceta de gran tamaño que parecía ejercer de horrible decoración.

Y la sangre… la sangre no aparecía por ningún sitio.

Tampoco hacía falta. Si el juego se basaba en ordenarlas de mayor a menor, solo era cuestión de probar en qué espacio intermedio habría que poner la sangre.

Me puse a probar. El lugar indicado estaba junto a la puerta, donde había cuatro manivelas que podía colocar en diferentes puntos. Coloqué la de la derecha, que tenía un dibujo de un trigo, en segundo lugar, el arroz en el primero y la arena en el último.

Por lo que la sangre debía estar en el tercero.

No funcionó.

Cambié el dos por el tres.

Que el arroz era el pequeño y la arena el más grande, me parecía evidente.

Sin embargo, tampoco funcionó.

O no permitían que se hiciera de manera ligeramente aleatoria o había algo que se me estaba pasando por alto.

—No lo entiendo —farfullé más para mí misma que para el resto de los presentes—. Es evidente que arena es lo que más hay. Y, a no ser que la sangre sea muy muy poca, debe de haber más que arroz.

Todos me miraban como si hubiera perdido la cabeza.

Podría probar suerte, pero si el problema no era que estuviera mal, sino que no nos permitieran probar por probar, podría ser “debidamente aleccionada”

Y no era algo que me apeteciera lo más mínimo.

—Hay que encontrar la sangre —dije finalmente.

Ninguno tenía demasiadas ganas de avanzar, porque, después de lo que habíamos vivido, era cierto que ese lugar no estaba del todo mal.

Aunque claro, yo sabía que avanzáramos o no, eso no podía durar.

Busqué por toda la sala en compañía de Teresa y del político historiador, mientras el resto parecía estar a lo suyo.

No sirvió de mucho.

El hombre trajeado y atractivo comenzaba a aburrirse sobremanera.

La parte más aburrida de la experiencia era cuando se atascaban en algún punto sin peligro. Perdía todo el interés. Incluso comenzó a hacer algo de trabajo en una pantalla anexa mientras

ellos daban vueltas y vueltas por toda la sala.

Pero eso no podía ser. Si tenía que gastarse algo de dinero para que avanzaran, lo haría, aunque luego pusiera una reclamación a la experiencia por su falta de emoción.

Fue a "ayuda" y ofreció una pista a su participante.

Había veces…

Muchas veces, de hecho, que no terminaba de ver una experiencia al completo.

Él era un hombre ocupado. Un hombre negocios y de familia.

Sin embargo, esta vez era algo distinto. No podía irse a casa ni sería capaz de dormir hasta que no estuviera totalmente convencido de que su plan respecto al contrato del gobierno había ido a la perfección.

Por lo que tenía por delante una larga noche.

Todavía continuaba con mi búsqueda de la sangre perdida cuando vi aparecer ante mis ojos un papelito arrugado que parecía haber salido de una ranura del suelo.

Lo cogí al instante y lo leí.

"Fíjate en el sarcófago, pero no te quedes frente a él" el Cetrero.

Así que el Cetrero había decidido ayudarme de nuevo.

No iba a quejarme por ello.

No dije nada, me guardé el papel en el bolsillo mientras me preguntaba si mis compañeros tendrían ayudas similares, y me coloqué frente al enorme sarcófago de Tutankamon.

Me aproximé poco a poco.

"No te quedes ahí" me había indicado mi "ayudante" hacía un escaso segundo.

Me asomé sobre la figura y observé una gota roja sobre la frente.

Tenía que ser eso.

—Lo tengo —dije, como si acabara de tener la idea de mi vida, y fui directamente hacia las manivelas bajo los dibujos.

Cambié el uno por el dos, o sea, el arroz por la sangre, que era claramente menor que el arroz, mientras el político seguía mis pasos y buscaba lo que yo acababa de encontrar.

Entonces un sonido se escuchó junto a una puerta y esta se abrió por completo como una persiana que se enrolla sobre sí misma, solo que esta vez parecía más bien una piedra que se adentraba en otra algo más grande.

—La sangre —farfulló Don Ernesto mientras se asomaba a la cabeza del sarcófago.

"No te quedes ahí" pensé de nuevo mientras observaba al político historiador observando la cubierta.

Entonces la maldición del faraón se cernió sobre él, cuando el sarcófago se abrió ante su mirada y un chorro de aceite hirviendo le saltó a la cara y su carne comenzó a derretirse.

El hombre comenzó a gritar y a moverse de un lado para otro. Mientras tanto, todos nosotros nos pudimos a correr hacia la puerta que acababa de abrirse. Nadie quería ni ver ni tocar eso en ese momento.

El hombre trajeado y atractivo observaba la pantalla con admiración.

Había pasado de un momento aburrido y sin emoción alguna a que la carne derretida del

ministro español de defensa cayera sobre el sarcófago mientras berreaba como un puerco en su último día sobre la faz de la tierra.

El resto de los participantes comenzaron a correr hacia la compuerta que acababa de abrirse mientras el hombre trajeado y atractivo accedía al expediente del ministro.

Sin duda alguna, era uno de los participantes que más curiosidad le provocaban. Junto al del asesino estadounidense.

Ernesto Pérez Galbón.

29

Unas horas antes de que Ernesto Pérez Galbón muriera a causa de aceite hirviendo recorriendo su rostro y su piel se transformara en grasa, salía de su oficina con la cabeza a mil revoluciones y un cabreo tan patente como evidente.

Llevaba años…

Qué años… décadas, siendo uno de los líderes de uno de los partidos políticos más importantes del país y, de la noche a la mañana, le da un par de guantazos a su mujer…

No más, solo un par de bofetadas que se había ganado a pulso.

Y van y se lo quieren cargar del partido.

Los muy impresentables.

Don Ernesto iba para presidente.

Tenía el apoyo de todos y cada uno de los miembros de la cúpula.

¿Y ahora?

Nada de nada.

Lo habían citado en privado para comunicarle que "alguien" los había visto y que les había llegado un video con una amenaza. Y claro… si eso llegara a salir a la luz sería una hecatombe que no podían permitir, por lo que le habían "pedido" que se retirara.

Malnacidos.

Se habían vendido. No habían luchado nada por él cuando él lo había dado todo…

TODO, por ellos, por el partido y por el país.

No quería ni pensarlo, pero si llega a enterarse de quién había grabado ese video…

Porque era evidente que su mujer no osaría hacerlo.

Ella conocía perfectamente las consecuencias que podrían llegar a haber de hacer algo como eso.

Jamás se atrevería.

¿Un miembro de su personal de seguridad?

¿Su chófer?

¿Su sirvienta?

¿Su cocinero?

Había demasiadas personas que podrían estar involucradas en su caída.

Malnacidos todos.

Cuando subió a su coche, un Mercedes de casi tres cifras, color gris metalizado, su chófer los saludó como siempre hacía.

—Buenas noches, señor.

Ernesto lo observó en silencio.

¿Se trataría de ese hombre?

El coste de la universidad de su hija, la hipoteca con un euríbor por las nubes, ¿podría haber provocado que Mariano se la jugara?

No lo creía.

Ese hombre llevaba con él desde hacía más de una década y nunca había hecho nada que él pudiera lamentar.

Se estaba volviendo loco de tanto buscar a su alrededor.

—¿A dónde quiere ir el señor? —preguntó por cortesía. Siendo el día que era, conocía perfectamente el destino al que debía de dirigirse.

—Al hotel —dijo sin más detalles.

Lo necesitaba con mucha urgencia.

Le esperaba una noche especial. Como cada semana, la misma noche, en el mismo sitio. Solo cambiaba la compañía.

A don Ernesto le gustaba repetir, si encontraba a alguien con quien se encontraba a gusto, ¿por qué iba a cambiar? Sin embargo, si lo hacía más de dos o tres veces con la misma persona, al final se cansaba.

Para eso ya tenía a su mujer.

Bueno… para lo mismo, lo mismo, no, claro.

Él tenía unos gustos que su mujer no alcanzaría a comprender. Y, por lo tanto, no debía de conocer.

El Mercedes salió de la ciudad en dirección a un hotel muy especial, pensado para personas como Ernesto, donde la discreción era su marca personal.

Entraron por una puerta que daba a distintos garajes con números sobre las persianas y, al entrar, se encontró con una suite dotada de una enorme cama de matrimonio, un jacuzzi, un minibar, una piscina climatizada y diversas comodidades que podía disfrutar.

Aunque, en su habitación especial, sabían que cuando él iba debían dejar algunas cosas más en su interior.

Mariano se quedó en el aparcamiento, siempre lo hacía, mientras Ernesto disfrutaba de su momento.

Al entrar, ella ya lo estaba esperando, vestida de cuero y con un látigo sobre la mano.

Ernesto sintió un escalofrío.

¡Qué bien se lo iba a pasar!

Para él, del mismo modo que para muchos hombres en su posición, la carga que implicaba tener el control era algo con lo que tenían que convivir. Sin embargo, en el interior de esas cuatro paredes, podía dejarse llevar y agradecía el simple hecho de obedecer.

—Hola, putita—saludó la mujer con una voz ligeramente grave—¿Estás preparado?

Ernesto estaba preparado.

Y lo necesitaba con toda su alma.

—Sí, mi ama —contestó mientras se desabrochaba la corbata.

—Así me gusta, pues espero que tengas ganas de chuparme los pies.

—Muchas, mi ama —dijo, sumiso y ya desprovisto de ropa.

—Bien, así me gusta—dijo la mujer mientras se apartaba hacia un lado la ropa interior y permitía la vista de un enorme miembro viril.

Ernesto tragó saliva. A él le encantaban las mujeres con grandes penes erectos. No le gustaban los hombres, eso era algo que siempre debía dejarse claro a sí mismo. Eso era de enfermos.

A él le gustaban las mujeres, como a todo hombre de bien, solo que le gustaban con polla, cosas que tienen los gustos de cada uno.

Y cómo deseaba meterse esa en la boca.

Se relamió tan solo de pensarlo.

Entonces su teléfono le sacó de su fantasía de un bofetón. Él siempre lo dejaba en silencio, no era momento para estar pendiente de las llamadas. Pero claro, visto lo visto con el problema del partido y su mujer, tampoco podía desprenderse de él como si nada. Aunque eso sí, solo dejaba activas las llamadas de su jefe de seguridad y de su chófer.

Y ambos sabían perfectamente dónde se encontraba Ernesto, con quién y haciendo el qué.

Por lo que debía de ser importante.

Muy importante.

—Tengo que cogerlo —dijo en un tono de voz que la mujer no se esperaba, acostumbrada al Ernesto sumiso y suave con el que se relacionaba asiduamente.

—Ni se te ocurra, o te daré con el látigo hasta que sangres —insistió la mujer.

Sin embargo, él hizo caso omiso y cogió la llamada.

—Más te vale que sea importante.

Y vamos si lo era.

—Buenas noches, señor Galbón, ya conocemos la identidad de quien grabó el video de la agresi… corrección, a su mujer.

Por un momento no supo qué contestar.

—¿Señor?

—¿Quién?

—Fue su mujer, señor, no era la primera vez que la pegaba y preparó esa escena mientras su entrenador de pádel grababa. Es él quien lo filtró.

Por muy fuerte que Ernesto pudiera haberle golpeado en ese momento, la bofetada moral que acababa de recibir había sido mucho mayor.

No sabía el modo de reaccionar, quería golpear, pegar, matar, a quien fuera.

—¿Señor?

Ernesto colgó la llamada, no quería escuchar nada más.

—¿Cómo te atreves a coger el teléfono, putita? —preguntó la mujer con el ceño fruncido.

Él se volvió hecho una furia mientras ella se acercaba con el látigo en la mano dispuesta a reprenderle físicamente.

Se equivocó de cabo a rabo porque Ernesto, con un cabreo incontrolable, le soltó un puñetazo en la cara que provocó que cayera de golpe al suelo. Entonces se colocó sobre su cuerpo y comenzó a golpear, y a golpear, y a golpear, imaginando el rostro de su mujer sobre el de esa mujer del demonio.

Su rostro comenzó a sangrar y a impregnar su ropa de sangre y sus puños de heridas.

Gritó y berreó mientras golpeaba.

Sabía que tal acción le costaría cara, pero era lo suficientemente buen cliente como que ni el hotel ni la agencia fueran a denunciarle si les extendía un jugoso cheque.

La noche le iba a salir cara, pero merecería la pena.

Necesitaba soltar toda esa furia antes de llegar a casa.

Tenía que ser inteligente y no cometer un nuevo error de cálculo.

Con su mujer debía mostrarse frío y no dejarse llevar por la furia.

Todavía no.

Cuando el cuerpo inerte de la mujer dejó de moverse, se levantó y contempló su obra con regocijo. No había llegado a limpiarse la cara de sangre cuando advirtió un olor extraño que parecía salir de la piscina.

Antes de llegar a acercarse a comprobarlo, cayó desplomado sobre el cuerpo recién fallecido de la mujer.

Cuando despertó, después de lo que a don Ernesto le parecieron apenas unos segundos, el cuerpo de la mujer había desaparecido.

¿Habría entrado su chófer y limpiado en desastre?

¿Se habrían atrevido los del servicio del hotel?

No lo creía.

Nunca movían un dedo. Esperaban a que su propio personal solucionara el problema y luego ponían la mano para cobrar el cheque.

Pero, ¿entonces?

Fue a buscar su teléfono móvil cuando se percató de que había desaparecido. No estaba por ninguna parte.

Se miró las manos, no había ni rastro de sangre y las heridas de sus nudillos estaban curadas. Eso no tenía ningún sentido.

Su corazón comenzó a palpitar con fuerza mientras se dirigía hacia la puerta de salida que daba al garaje en el que le esperaba Mariano en el interior de su Mercedes.

Cuando la puerta no se abrió pensó que nada más podía pasarle esa noche.

No sabía hasta qué punto estaba equivocado.

30

Cuando el hombre trajeado y atractivo terminó de leer el expediente del ministro de defensa de España, estaba tan alucinado como contrariado.

Lo que había hecho ese hombre no le parecía tan grave como para encontrarse en el interior de la experiencia.

¿A quién no se le había ido la mano con su esposa cuando esta lo contradecía?

Ni qué decir de una fulana que osara molestarte en un día de perros.

Era evidente que no eran cosas de las que sentirse orgulloso, pero de ahí a que la experiencia lo hubiera seleccionado como participante…

Le daban escalofríos.

Sobre todo teniendo en cuenta quién era ese hombre.

Un político de primer nivel, ni más de menos.

Vale que no era estadounidense. No se atreverían a tanto.

Pero lo era de un país del primer mundo y miembro de la Unión Europea.

Habían corrido demasiados riesgos por algo ciertamente menor.

Se esperaba un asesino en serie, o algo peor.

Jamás, algo tan banal.

No estaba contento esta vez.

Regresó a la pantalla principal, donde los supervivientes seguían con su huida hacia los pasillos de la pirámide.

Necesitaba pensar en algo distinto.

Los berridos de nuestro ministro, bueno, ya era exministro de defensa, todavía se escuchaban tras nuestras espaldas cuando enfilamos el pasillo que nos alejaba de la tumba de Tutankamón. Entonces la voz sonó al mismo tiempo en que una sombra se visionaba junto a una de las divisiones del pasillo por el que corríamos.

—Bienvenidos a la segunda parte de la maldición del faraón. En esta ocasión no es necesario que cooperen ni que resuelvan ningún enigma. Esta vez deben salir de la pirámide antes de que todas las puertas se cierren y se llene de arena. Y, por supuesto, sin que las momias los maten primero. Mucha suerte a todos los participantes.

"¿Momias?, ¿en plural?", me pregunté mientras tomaba uno de los pasillos en los que no había una sombra esperando para morderme la yugular.

¿Pero qué diantres eran esas "momias"?, ¿personas disfrazadas? Si es era el caso habría que verlas enfrentarse al asesino americano.

Ese hombre era capaz de ir cazándolas una por una.

Bueno, yo tenía cosas mejores en las que pensar que en cómo le iría a ese hombre y en la salud de las momias.

—Lo único que deben de tener en cuenta es que no deben atacar a las momias si no quieren ser duramente aleccionados. Las momias solo hacen lo que deben hacer y su integridad física es importante para nosotros.

Vale…

A ver si lo había entendido bien…

Si ellas nos pillan, nos matan, pero si nos defendemos nos aleccionan.

Pues mira tú qué bien.

El hombre trajeado y atractivo observaba la pantalla con plena atención. Había pasado de cero a cien en un solo instante.

Jamás, en todas las experiencias que había presenciado durante los últimos dos años, se había encontrado con que los Másters tuvieran interacción directa. Y eso era la mar de interesante.

Desvió la mirada del cadáver del ministro español y buscó a su participante, que corría por los pasillos a su máxima velocidad.

Que no era excesiva, para qué nos íbamos a engañar.

Volvía a replantearse si había sido la mejor elección posible, aunque tampoco era que hubiera nadie demasiado mejor.

Su compatriota, tal vez, pero había transgredido las normas y eso no era bueno para un patrocinador.

No, no había nadie mejor que Rosa.

Debía apoyarla hasta el final.

En su pantalla apareció un aviso.

“Plano descargable”

No lo dudó ni por un segundo. Descargó el archivo y lo colocó con el ratón a su pantalla auxiliar. Había una cantidad ingente de pasillos en un espacio que tendría al menos mil metros cuadrados y una única salida.

“Vamos, Rosa, yo confío en ti”.

Los participantes se fueron separando por los diferentes pasillos. Por un lado, Rosa corría con otra mujer superviviente y se adentraba hacia la derecha, por unos pasillos que acababan en una pared sin salida.

Mala señal.

Por otro lado, el Conde y el muchacho habían escogido un pasillo que daba hacia el este y se habían adentrado en una gran sala con varias puertas.

Y finalmente, el asesino norteamericano, que según su expediente se llamaba Nick, se había quedado plantado, como si esperara a que fueran a por él.

Sentía los pasos de esa mujer tras mi espalda.

“Lárgate”, me dije a mí misma. Ya tenía suficiente con sobrevivir de esas “cosas” como para tener que vigilar mi espalda por si esa mujer decidía traicionarme.

La arena no dejaba de caer por las paredes. El suelo seguía subiendo mientras mis pies se

hundían cada vez más por debajo de este.

Ojeé tras mi espalda, Teresa acababa de detenerse y darse la vuelta. Una de esas cosas nos había alcanzado y venía hacia nosotros, despacio. Su cabeza, recubierta por tiras roídas y sucias. El maquillaje que llevaba por toda la cara le otorgaba una realidad inaudita. En mi caso, si no fuera pragmática como la que más, estaría convencida de que realmente se trataba de una auténtica momia que había regresado del inframundo.

—No me hagas nada, por favor.

La muy zorra dijo: "Me", en plan a esta que la zurzan, os la podéis merendar sin que diga ni mu.

La madre que la…

—Sé que sois personas como yo, por favor, ¿por qué nos hacéis esto? Yo no he hecho nada, nada de nada, por favor.

El hombre trajeado y atractivo observaba la escena con interés.

¿Nada?, eso lo averiguaría pronto, o eso esperaba.

Si no se daba el caso y era el expediente de su participante el que ojeara, sería una muy mala noticia.

—Si me dejáis pasar, os daré lo que queráis, lo que sea. Dinero, mujeres, ¿os gustan? ¿Preferís hombres? ¿Niños, quizás?

La última pregunta pasó rondando por la cabeza del hombre trajeado y atractivo.

¿Niños quizás?

¿Niños quizás?

¿NIÑOS QUIZÁS?

Maldita zorra.

No le hacía falta ni leer su expediente como para saber que la quería muerta.

Clicó en opciones y pulso en el botón de "hándicap"

Esa mujer no tenía ni idea de lo que había hecho.

Se desplegaron una serie de opciones de los hándicaps posibles. Unos eran más caros que otros, eso estaba claro.

El dinero no era lo más importante para el hombre trajeado y atractivo, eran los valores.

Y, para él, un hombre de familia, las insinuaciones de esa mujer no podían pasar desapercibidas.

No podían hacerlo en absoluto.

"Hándicap premium"

Treinta mil euros.

"Todas las momias únicamente atacarán a la participante Teresa Marin Flores"

Seleccionar y pagar.

Se recostó sobre su respaldo a la espera de disfrutar de un dinero bien gastado.

Cuando la momia estaba a punto de abalanzarse sobre nosotros, me dio la sensación de que se detenía durante un segundo. Era extraño, como si alguien le estuviera dando alguna clase de instrucción. Eso, o que se hubiera quedado sin pilas.

Por lo que era bastante más factible la primera opción.

Cuando pareció volver en sí, dio dos pasos hacia delante y se abalanzó sobre nosotras. Entonces, y más rápida que una gata, la muy … Eso…, de Teresa, me dio un empujón por el costado y me envió al suelo de cabeza. Directa a la arena.

Me levanté, escupí arena hacia el frente y esperé a la muerte, que ya se cernía hacia mí.

31

Por mi mente pasaron muchas cosas.

Mis hijos, durmiendo en casa de mi madre en esos mismos momentos.

Mi marido, de viaje de trabajo.

Todos esos instantes que habíamos pasado juntos.

Mi amiga, que todavía me estaría esperando.

Esa cosa se alzaba frente a mí cuando, para mi sorpresa, desvió ligeramente el cuerpo y arañó el brazo de Teresa con unas enormes y afiladas garras.

¡Toma esa, zorra!

Ella se sorprendió tanto como yo. Parecía absurdo atacarla a ella, que se encontraba en pie y a la defensiva, en lugar de a mí, que había caído sobre la arena y estaba totalmente indefensa y a su merced.

Me miró con inquina, se tapó la herida con la mano y salió corriendo por el lado de la momia, que alzó de nuevo las garras y rasgó de nuevo a la mujer, esta vez en la espalda.

Permanecí a la espera de las intenciones de esa "cosa" cuando esta se dio la vuelta y salió tras los pasos de la mujer del tigre de bengala.

Una mujer que, si tenía antes alguna duda, era evidente que había empujado a su contrincante contra el felino ante de salir por patas de ese lugar, dejándola a su merced.

Antes de que me diera tiempo a mover un solo músculo, un papel cayó desde el techo y quedó a mi lado, colocado perfectamente boca arriba sobre la arena.

"De nada" decía, El Cetrero.

Mis ojos clamaban porque les permitiera romper a llorar desconsolados, pero yo se lo impedí. No tenía tiempo para eso.

Debía moverme y salir de ese laberinto egipcio cuanto antes. No sabía si esa cosa volvería ni si habría algo peor escondido tras esos muros.

La sangre hervía en el interior del hombre trajeado y atractivo mientras observaba la pantalla de su ordenador. Ya era tarde. Hacía tiempo que Cristina, Marga y Estela se habían marchado a casa. No así Lisa, que había terminado varias cosas más, había vuelto a comprobar su encargo, y finalmente sí se había ido a un piso en el que no permanecería ni seis horas antes de regresar a su puesto de trabajo.

Sin embargo, el hombre trajeado y atractivo no podía dormir y él lo sabía. Por lo que había decidido disfrutar de la experiencia en su totalidad.

No saldría del despacho hasta que esta hubiera finalizado al completo.

La mujer que había marcado como objetivo corría mientras sangraba a través de los pasillos de los laberintos. Las momias, debidamente informadas del cambio de objetivo, habían

permitido el paso del resto de los participantes y partido en busca de su presa.

De hecho, su compatriota, el tal Nick, se encontraba frente a frente con tres de las momias, a punto de saltarse las normas y acabar con sus vidas, cuando estas no tuvieron otra opción que abandonar el ataque y cambiar de objetivo.

Posiblemente, habían respirado con tranquilidad en ese momento. Teniendo en cuenta de la dificultad de la presa escogida.

No cabía duda de que ese hombre sabía lo que hacía y que sería un duro contrincante para cualquiera. Incluso ahora, con mordiscos en piernas y brazos y la herida del hombro infligida por el máster de la experiencia.

Una herida merecida, pero una herida al fin y al cabo.

Observaba cómo su participante corría como una posesa de un lado para otro en busca de la salida. Exactamente lo mismo que el jovencito, Daniel, el Conde, y su compatriota. Aunque este lo hacía con mucha más cautela y tiento. Cosas de la experiencia.

Pasados pocos minutos, la cosa mejoró sustancialmente. Hizo grande la pantalla y permaneció observando.

La mujer, Teresa, llegó a un pasillo y, cuando estaba a punto de doblar una esquina, la pared se cerró en sus narices. Justo, cuando tres, cuatro, no, ocho momias llegaban tras su espalda con las afiladas garras entre los dedos.

—No, por favor —farfulló.

Pidió perdón. Ofreció de nuevo ayuda, dinero, sexo. Todo lo que podría estar en sus manos, tanto en su pasado, su presente, como en su incierto futuro.

Nada funcionó.

Las ocho sombras se cernieron sobre ella como fantasmas y la agujerearon a cuchillada limpia mientras gritaba con desesperación.

Y no dejó de gritar hasta que pasó a no hacerlo en absoluto.

Después de dar vueltas y más vueltas en absoluta soledad, finalmente di con una enorme puerta al final de un pasillo.

Me había equivocado de camino no menos de seis veces durante los últimos minutos y la posibilidad de que una de esas cosas saliera a mi paso me causaba auténtico pavor.

Un terror primario que mi mente no era capaz de procesar.

Porque claro, de manera práctica y consciente, yo sabía que no eran de verdad.

No era cierto el hecho de que fueran momias, pero la posibilidad de morir por culpa de una de esas garras era muy, pero que muy veraz.

Sin embargo, mi subconsciente me jugaba una muy mala pasada. Me sudaban las manos y los pies. Me temblara todo el cuerpo. Y decenas de calambres me recorrían la espalda y las piernas.

Todo horrible.

Hasta que, finalmente, di con esa puerta agraciada con una luz tras ella.

Sin embargo, nunca nada era tan bonito como parecía.

Al menos no allí dentro porque, cuando finalmente la vi, la puerta comenzó a cerrarse en mis narices.

Corrí, corrí y corrí, como nunca jamás había corrido en mis casi cuarenta años de vida.

El estómago me reclamaba una tregua. Los riñones, las piernas y el cerebro se unían a la

causa.

Pero no cedí. Seguí corriendo hasta traspasar esa maldita puerta de piedra que caía sobre mi cabeza y aprisionaba a todo lo que se quedara en el lado equivocado.

Por un solo segundo, pero acabé en el lado correcto.

O, al menos, eso fue lo que pensé en un primer instante.

Era evidente que me equivoqué.

El hombre trajeado y atractivo observó cómo su participante había pasado de fase.

Bien hecho, pensó, antes de recostarse sobre su asiento.

Rosa había pasado la primera y la maldita Teresa estaba muerta y bien muerta.

Todo iba a pedir de boca.

Ojeó al resto de los participantes antes de clicar en el expediente de la recientemente muerta mujer.

La traicionera del tigre de bengala.

Teresa Marín Flores.

32

Unas pocas horas antes de que Teresa Marin Flores falleciera atravesada por una decena de garras pertenecientes a falsas momias, caminaba por la calle con un cabreo del demonio.

Ya no podía confiar en nadie.

En cuando se daba la vuelta, todos la cagaban como idiotas.

Y estaba harta.

Muy harta, de que tuviera que ocuparse ella siempre en persona.

¡Con todas las cosas que ella tenía que hacer!

Una vergüenza.

Pero bueno, era la parte negativa de ser una mujer emprendedora.

La parte positiva era el dinero, los viajes, las joyas, los lujos, las casas…

Y todo eso para ella sola.

Teresa no tenía ni hijos ni un marido que se aprovecharan de todo lo que ella había construido con sudor y lágrimas, tanto suyas como de quien fuera necesario.

No, todo eso era para ella.

Si necesitaba un garbeo, pues, o lo pagaba o lo buscaba.

Será que una mujer no podía conseguir un polvo cómo y cuando ella lo deseara.

Faltaría más.

Si los hombres no eran más que consoladores con patas.

Y justo por ese motivo justamente esa era la manera en la que ella los trataba.

Como consoladores de usar y tirar y como mulas de carga y trabajo. Aunque, también era cierto, que pensar pensaban lo justo, como demostraba el hecho de que ella tuviera que estar de camino a solucionar los problemas que habían creado esa panda de ineptos.

Caminaba a gran velocidad de camino a uno de los pisos de los que disponía en el barrio. Podría haber cogido uno de sus coches, pero en esa zona era mejor no mostrar su lujo y ya estaba harta de tener otro coche de segunda mano solo para aparentar. Había cogido un taxi que la había dejado a unas cuantas manzanas y el resto le tocaba hacerlo a pie.

Al llegar, subió los tres pisos por las escaleras mientras se acordaba de la madre de todos los hombres que había allí arriba. Ese no era el lugar al que iban los clientes, sino únicamente un almacén para guardar y preparar la mercancía.

Lo que no podía comprender era cómo habían permitido que ocurriera lo que acababa de suceder hacía unas pocas horas.

—Doña Teresa —saludó uno de los hombres cuando la vio llegar. Jon, alto, joven y fuerte, pero más tonto que las piedras, el pobre.

—¿Qué ha pasado?, o más bien, ¿cómo? —preguntó ella con calma forzada.

—No lo podemos entender, doña Teresa. Estaban toas tranquilas después de la ronda y, de repente, una de ellas le ha golpeao al Izan y san largao toas con su llave. No vea lo que nos ha

costao encontrarlas por el barrio, menos mal que por aquí no hay na y no han podido ir mu lejos.

Teresa respiró profundamente.

—¿Dónde están ahora?

—Ahí dentro, señora.

—Bien.

Dicho esto, entró en la habitación que señalaba el chico joven y tonto llamado Jon. Olía fatal en su interior, como si una rata hubiera muerto dentro de un estercolero después de haberse rebozado en sus propias heces.

—Espero que os limpien bien antes de trabajar, guarras —dijo Teresa antes de encender la luz. En ese momento, una pequeña lamparita apoyada sobre una mesa de madera iluminó el interior del habitáculo.

Cuatro paredes, ocho camas apiladas sobre el suelo y restos de jeringuillas y ropa sucia por doquier. Eso era todo lo que Teresa encontró en su interior.

Bueno, eso…

Y a ocho mujeres en un rincón.

Parecían muy asustadas.

Y hacían bien en estarlo.

—¿De quién ha sido la idea? —preguntó con tono firme.

Nadie contestó.

—No lo voy a volver a repetir, ¿de quién ha sido la idea de golpear a Izan y tratar de huir? Y digo tratar, porque lo habéis hecho, es una chapuza.

Antes de que llegara a decir nada más, una de las chicas levantó la mano con duda en la mirada y la cabeza gacha.

Teresa asintió.

—Bien, debéis entender dos cosas. La primera es que nadie va a salir de aquí nunca a no ser que sea con los pies por delante o que yo decida que así sea. Y la única manera de que yo tome tal decisión es que os comportéis como las gatitas buenas que sé que sois capaces de ser. Cuando todos y cada uno de los clientes estén satisfechos, contentos y agradecidos, entonces yo seré agradecida con vosotras. Y de esa manera y, con el tiempo, obtendréis esa libertad que tanto ansiáis.

Era más que evidente, cada palabra que había salido de sus labios era incierta. Una vez estuvieran meses, puede que incluso años trabajando para ella, era impensable que pudieran volver a una vida normal en la que habría gente buscándolas. Era cierto que ninguna era española y que no las habían raptado en el país, pero, ¿para qué iban a correr el riesgo?

Era mucho más sencillo que el resto pensara que habían alcanzado la libertad y que acabaran en una cuneta, o devorada por los peces. Lo que fuera mejor y más limpio.

—Pero antes deberéis saber que tiene que haber consecuencias por vuestros actos. Si no las hay, por mucho que yo hable, jamás aprenderéis la lección.

Dicho esto, un lesionado Izan, junto al poco listo Jon, entraron en la habitación y se llevaron a rastras a la chica que había hablado, cuyo nombre evidentemente Teresa no conocía.

Mientras tanto, sus compañeras gritaban y lloraban desconsoladas.

Y eso estaba bien en opinión de Teresa, significaba que la represalia tendría su pertinente efecto tanto en ellas como en su comportamiento.

Dejaron atrás a las lloronas y los cuatro se dirigieron a una salita interior de la casa. Un

habitáculo oscuro con un colchón en el suelo y una silla al lado.

—¿Sabes que para ser útil como puta no necesitas la lengua? —preguntó Teresa a la rebelde sin causa—. Lo único que realmente es necesario es lo que tienes entre las piernas.

Dependiendo de su reacción, obtendría un castigo u otro. Teresa tampoco era un monstruo. Además, no tenía sentido perder un producto a no ser que fuera totalmente necesario. Todavía tenía tiempo para utilizarse. Seguía estando sin duda en buen estado.

La mujer únicamente bajó la mirada y la dirigió al suelo.

Buena chica, sumisa.

—Muy bien, si intentas algo parecido alguna vez más, que te corte la lengua será el menor de tus problemas —dijo Teresa mientras le agarraba ambos pómulos con una mano y la apretaba con fuerza—. Arrancarle las uñas de los pies y que todas vean como sufre esta perra. No le deis nada para el dolor ni la curéis hasta mañana por la mañana, ¿entendido?

—Sí, jefa.

—No, no, por favor, por favor. No lo volveré a hacer nunca, lo juro, pero, por favor, no me hagáis daño.

—Ya sé que no lo volverás a hacer, cariño, justo de eso es de lo que me acabo de encargar —contestó Teresa con voz suave, como se tratara de una niña que se ha portado mal y se ha quedado sin postre.

—No se preocupe, jefa, que nosotro no ocupamo, puede estar tranquila —dijo Jon, convencido.

Ella se dio la vuelta antes de decir.

—Si vosotros os ocuparais, no tendría que estar yo aquí, estúpido.

Dejando a la mujer soltando berridos y a Jon tratando de entender sus palabras con cara de tonto, Teresa abandonó el apartamento algo más tranquila. El problema no había sido tan grave. Por suerte solo había golpeado a uno de esos idiotas y no a un cliente.

Si hubiera sido un ese el caso, la situación habría sido infinitamente más complicada.

Compensaciones, disculpas, explicaciones…

Mucho mejor que haya sido a uno de esos idiotas.

Además de que habría perdido a una de las señoritas, porque claro, en esa situación no habría redención posible para ella.

Caminó a través del maldito barrio en el que estaba ubicada la residencia hasta llegar a una zona en la que ya pudiera coger un taxi.

Se montó, dio su dirección y, comenzó a relamerse con un buen masaje.

Sí, llegaría a casa y se cambiaría de ropa antes de llamar a Ramón.

¡Qué manos tenía ese hombre!

Y, si con el masaje comenzaban a entrarle picores en ciertas zonas, utilizaría algo más que sus manos para "rascarse".

Comenzaba a entrar en calor cuando sintió que un olor extraño se adentraba en el taxi.

Se extrañó y, estaba a punto de preguntarle al taxista por su procedencia, cuando cayó desmayada sobre el asiendo trasero.

Al rato despertó, mareada.

¿Se había dormido?

Alzó la vista para percatarse de que el taxista no estaba con ella.

—¿Hola? —preguntó.

No se veía absolutamente nada en el exterior, solo oscuridad.

¿La habían raptado?, ¿a ella?

¿Quién habría osado a hacer tal cosa?

Cuando saliera de allí, que saldría, rodarían cabezas.

Rebuscó en interior de su bolso su arma, pero en vano.

—Malnacidos, malnacidos, todos —farfulló mientras se removía sobre al asiento de detrás y rebuscaba por todas partes.

Estaba a punto de golpear con la parte metálica de su bolso la ventana de cristal del coche, cuando un calambre le recorrió todo el cuerpo.

Y, aunque en ese momento, Teresa pensaba que eso era lo peor que podía pasarle, ella todavía no conocía todo lo que todavía faltaba por llegar.

No se hacía ni una ligera idea de lo que tenía por delante.

33

Una carcajada fue la reacción del hombre trajeado y atractivo ante el expediente de Teresa Marin Flores. Si había llegado a tener alguna duda de si había obrado adecuadamente al convertir a esa mujer en su objetivo, sin duda alguna había quedado resuelta.

Trata de blancas, asesinato, incluso la venta de niños aparecía en su expediente.

Como había supuesto, el hombre trajeado y atractivo.

Una digna participante de la experiencia.

No así el pobre ministro de defensa, que porque se le había ido ligeramente la mano había acabado con la piel convertida en grasa.

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

Pobre hombre…

Pero bueno, las decisiones de la experiencia no se podían juzgar.

Si lo habían elegido, había sido así y punto y final.

Ya no había nada que él pudiera hacer.

Tampoco era de su incumbencia.

Para qué se iba a engañar.

Su participante ya había pasado de fase y se encontraba en el interior de una oscuridad completa.

Era imposible que viera nada ni a un palmo de distancia.

Y así se quedaría hasta que alguno de sus compañeros se le uniera en una de las últimas fases de la experiencia.

Menuda noche le esperaba.

Regresó a la cámara principal y buscó a los participantes que quedaban vivos. Era posible que ahora que las momias habían cazado a Teresa, alguno más se quedara atrás.

De hecho, lo esperaba. Cuanta menos competencia para Rosa, mucho mejor.

El asesino estadounidense caminaba con dificultad hacia una de las paredes mientras la arena le llegaba por encima del empeine.

Del mismo modo, el Conde, se hundía en una de las habitaciones interiores.

Estaba perdido.

¡Qué divertido! Serían dos muertos en la misma prueba.

En cambio, y, para su sorpresa, el más joven de todos ya había pasado al otro lado.

¿Cuándo?, se preguntó el hombre trajeado y atractivo.

No se había dado ni cuenta.

Retrocedió unos pocos metros y lo observó corriendo a gran velocidad, eligiendo bien su recorrido y alcanzado una puerta antes de que se cerrara por completo.

Bien hecho por el chico, sí señor.

Ahora solo quedaba esperar a los otros dos.

En menos de dos minutos, el tal Nick ya había dado con el camino correcto y enfilado una de las puertas. Esta comenzó a cerrarse ante sus narices. Estaba perdido.

¿Podrían ser que hubiera tres participantes muertos en la misma prueba?

Eso concedería a Rosa una probabilidad del cincuenta por ciento de salir victoriosa. Una apuesta que cualquier patrocinador mataría por ostentar.

Sin embargo, alguien quiso reducir sus probabilidades, pues, de un momento a otro, le concedió al asesino americano algo de tiempo extra.

La puerta se detuvo lo justo y necesario como para que este la traspasara en el último momento y se adentrara en la oscuridad.

"Esa ayuda no ha debido de ser barata" quien respaldara a ese hombre tenía tanto los recursos como las ganas necesarias para que alcanzara la victoria.

Mis ojos estaban envueltos en una espesa y tenebrosa oscuridad. No veía nada. Nada de nada.

Y eso no era algo que hubiera experimentado con anterioridad.

Si alguien me hubiera preguntado hacía un escaso minuto, si sabía lo que era la oscuridad total, le habría contestado con un sí rotundo.

Y me habría equivocado de lleno.

En la vida, al menos en la mía, siempre había algo de iluminación, aunque fuera un ligero haz de luz se traspasaba los agujeros de la persiana.

Un escueto reflejo del sol sobre la luna.

Algo.

Lo que fuera.

Sin embargo, en ese momento y lugar, no había nada.

Caminaba a tientas con las manos alzadas a la espera de algún tipo de reacción por parte de la experiencia.

Echaba de menos hasta a esa voz sosa y neutra que nos hablaba para amenazarnos con aleccionarnos.

Por dios, echaba de menos hasta a ese pirado de la espada.

No quería estar sola.

Y, en ese momento en el que me replanteaba mi vida y mis preferencias, mi mano tocó algo.

Algo que se movía y que estaba caliente.

Aunque bueno, más que un algo parecía un ser un alguien.

Grité sin control alguno sobre mis emociones.

No sabía qué sería lo que me podría encontrar ahí dentro, hasta que ese "algo" habló.

—No me hagas nada, no me hagas nada —suplicó.

Era la voz del joven Dani, el pirado que hablaba consigo mismo desde el primer momento. Recapitulé, creo que únicamente le había oído hablar con él mismo.

Prácticamente, no había cruzado ni dos palabras con nadie más.

—Soy Rosa —dije, sin estar segura del todo de que supiera quién diantres era Rosa—. La enfermera, ¿lo recuerdas?

No contestó.

—Si estás asintiendo con la cabeza, ten en cuenta que no puedo verte.

"Imbécil"

—Sí, me acuerdo —contestó con una voz débil y suave. Como la voz de un niño adulto. Yo

me entiendo.

—Muy bien, ¿sabes donde estamos?

—No —contestó tras unos segundos—. Ya le he dicho que no, ¿qué más quieres que le diga? —continuó—. Pero tú no puedes saber eso, nadie puede saber, bueno, ya…

—¿Con quién hablas? —pregunté al instante como una idiota, porque eso no se pregunta jamás.

—Con nadie. Ya le he dicho que con nadie —dijo de nuevo.

La oscuridad me otorgaba cierto manto de protección tan inexistente como imaginario que me forzaba a continuar hablando.

—Pero te has contestado a ti mismo, ¿no?

—Díselo, vamos, hazlo —dijo, aunque su voz era distinta, muy distinta. Sonaba fuerte y madura, aunque a la vez cruda. Como alguien experimentado que hubiera pasado por mucho en la vida. Algo que, evidentemente, no podía ser cierto, teniendo en cuenta que el chaval apenas rozaba la mayoría de edad.

—Que me digas, ¿el qué? —insistí.

—Que te diga que soy la voz que le habla. Que lo protege y lo incita a protegerse.

Otra vez esa voz tan distinta a la que había utilizado hasta ese momento.

El tono, junto con la oscuridad, provocaba que todo mi vello estuviera de punta y la piel de gallina.

En una de las pantallas, el hombre trajeado y atractivo observaba las acciones de su participante junto al joven Daniel y sus alter egos. Mientras tanto, ponía un ojo sobre una pantalla auxiliar en la que el Conde se enfrentaba a una muerte maravillosa y lenta.

Las momias habían abandonado la experiencia cuando la arena ya era excesiva y habían abandonado a su suerte a ese hombre en el centro de una de las salas más grandes. Interminables estatuas, esfinges, dibujos y sarcófagos, junto a los tesoros falsos con los que habían sido enterrados, lo acompañaban hacia su fatídico final.

El hombre trajeado y atractivo esperaba que ese hombre fuera un monstruo tal como para merecer una muerte como esa.

Lo averiguaría muy pronto.

Observó cómo el Conde trataba de salir de la arena mientras esta lo empujaba hacia el fondo. Kilos y kilos de arena caían sorbe su cabeza en el interior de una sala sellada. Sus ojos rogaban un auxilio que ya no alcanzaría. Ya era solo cuestión de segundos.

Puede que minutos, si tenía muy mala suerte y no acababa pronto. Lo mejor para él sería dejarse llevar. Si luchaba acabaría sus últimos segundos agonizando con extrema desesperación.

Su mano derecha fue lo último que quedó cuando la arena terminó por tragárselo hacia las profundidades, como unas arenas movedizas con un carnoso búfalo, en el interior de la selva.

Y, entonces, desapareció para nunca más regresar.

El hombre trajeado y atractivo permaneció unos cuantos segundos sin reaccionar.

Había sido ligeramente excesivo para sus gustos.

Resopló.

Tragó saliva.

Y se descargó el expediente de el Conde.

Esperaba que fuera todo un elemento.
Andrés Conde de la fuente.

34

Unas horas antes de que Andrés Conde de la fuente fuera enterrado en vida en el interior de una falsa pirámide egipcia, había quedado con el Alex, "el gordo" Sánchez. Debían tener unas cuantas palabras con un par de tenderos que no habían pagado la cuota estipulada.

El Conde llevaba viviendo en la capital desde que tenía ocho años y echaron a su padre del trabajo por bajo rendimiento en una fábrica de Sevilla. En ese momento, sus padres decidieron que sería más fácil encontrar un nuevo trabajo en Madrid.

Por un lado, estaban en lo cierto.

Haber más trabajo, lo había.

Aunque también es cierto que tampoco fue que su vida cambiara en exceso.

Un alquiler en un apartamento de un barrio malo. Un sueldo de mierda y unas compañías si cabe peores para sus dos hijos.

Su hermana, la Vane, embarazada de un padre presidiario a los dieciséis. Y el Conde, trapicheando desde los quince.

Al menos él nunca había dejado embarazada a nadie.

Que él supiera, eso sí. Nunca se podía estar del todo seguro.

Y ahora, con casi treinta primaveras, tenía una reputación que mantener.

Un estatus.

Un rango.

Junto con una pedazo de casa.

Un BMW…

Y un montón de cosas más que sus padres ni siquiera soñaron con tener.

Aunque claro, para mantener todas esas cosas había que hacer ciertas cosas.

Nada era gratis.

—¿Qué pasa, Gordo? —saludó el Conde cuando vio llegar al Gordo desde el otro lado de la calle, vestido con su chándal habitual y su gorra de los Celtics.

—Hola Conde —respondió este al saludo con una sonrisa—. A ver cómo se portan esos capullos.

Con "esos capullos" el Gordo se refería a un par de tenderos que habían dejado de pagar la tasa de protección que sus jefes habían puesto en el barrio. Y eso era peligroso.

Muy peligroso.

Porque claro, hacerlo implicaba que alguien podía decidir agredirte sin esa protección tan importante.

De hecho, los primeros en poder saltarse dicha protección eran los mismos protectores que ya no te protegían porque habías dejado de pagarles.

Y eso era lo que debían entender.

—Veremos —contestó el Conde con los hombros alzados.

Lo que le tocaba hacer ese día no era su parte preferida de su trabajo.

Y no se refería a la parte de los tenderos.

Eso al Conde le daba igual.

La otra cosa que le tocaba hacer esa mañana era lo que no le gustaba en absoluto.

Sabía que debía de hacerse, pero lo cortés no quitaba lo valiente.

Nada más entrar en la primera de las tiendas, el hombre los miró con terror en los ojos.

Siempre era igual.

"Pero hombre, ¿si sabías que íbamos a venir para qué dejas de pagar?" Se preguntó el Conde mientras caminaba hacia el mostrador.

—No tengo para pagar, de verdad que no. Si tuviera lo haría, lo sabéis —se defendió el tendero con las manos alzadas—. Si me dais unos días más, os juro que os pagaré.

Siempre era la misma cantinela.

El Conde ya estaba harto de las mismas excusas.

Que si no tengo dinero, que si los clientes cada vez vienen menos, que si, que si, que si…

—Todos tenemos problemas, pero yo no te cuento los míos—dijo el Gordo poniendo en voz alta los pensamientos del Conde.

—Pero yo…

—Pero nada —le interrumpió el Conde—, lo que estás haciendo tiene mucho riesgo, Pérez. Este barrio es muy peligroso—insistió.

—Mañana tendréis el dinero, lo juro.

—Bueno, es posible que mañana ya sea tarde, pero mejor mañana que nunca, ¿verdad Gordo?

—Verdad, bueno, dejemos a este hombre trabajar, que lo va a necesitar para pagar todo lo que tiene que pagar, y vayamos a comer algo.

Tras la idea del Gordo, ambos abandonaron la tienda dejando al preocupado tendero tras ellos. Tenía que pensar de donde sacar ese dinero que evidentemente no tenía.

El Conde era consciente de que si tuviera tal cantidad sin duda alguna se la habría entregado ipso facto, pero bueno, las normas eran las normas y lo eran para todos.

Si no tenía dinero para montar una tienda, pues que no la montara y se dedicara a otra cosa.

Lógica pura y dura.

Llevaba un largo rato pensando en cuando sería el mejor momento para hacer la otra cosa que tenía que hacer esa mañana. Si antes o después de visitar a los dos tenderos.

Y había decidido que lo iría viendo según se fueran desarrollando los acontecimientos.

Si el Gordo quería comer algo, pues irían a comer algo, faltaría más.

Después de tres hamburguesas completas y un batido de chocolate con brownie, tomaban de nuevo el coche para dirigirse hacia la segunda de las tiendas. Aunque, con el estómago lleno, era mucho más difícil de afrontar.

—¿Tomamos un café primero? —preguntó el Gordo, sonriente.

—Claro Gordo, lo que tú quieras —contestó el Conde mientras ambos se subían en el coche. El Conde al volante y el Gordo de copiloto, medio dormido.

Cuando el Gordo despertó de su ligera siesta, el Conde le comentó un ligero cambio de planes.

—Me ha llamado el Bizco, que se viene con nosotros a ver al tendero.

—Pero, ¿para qué? Ni que no fuéramos capaces de hablar con ese tipo, nosotros dos solitos —dijo el Gordo poniendo comillas con los dedos en el momento de decir la palabra "hablar".

—Eso he pensado yo, pero bueno, tampoco nos va a retrasar, está aquí al lado.

—Buenos, pues bien. Si está aquí al lado, vale.

Menos de tres minutos más tarde, ambos vieron al Bizco al otro lado de la calle, con sus gafas de sol y su americana azul turquesa.

—¿Qué pasa, Conde? ¿Gordo? —saludó el Bizco con su voz de pito nada más entrar en el coche.

—Pues aquí estamos, Bizco, con la ronda —contestó el Gordo sin darse la vuelta. Estaba demasiado lleno para tal ardua tarea.

—Ahí vamos —contestó el Conde echando una ojeada al Bizco por el retrovisor. Había veces que no le gustaba ni una pizca su trabajo.

El Conde condujo durante unos cuantos minutos en silencio, mientras el Bizco y el Gordo hablaban de sus cosas con pasmosa tranquilidad, hasta que llegaron a un callejón. El Gordo echó un vistazo hacia el exterior antes de decir…

—Esta no es la tienda del moroso, no sabes ni lo que haces Conde…

Todavía no había llegado a terminar su frase cuando sintió el filo de un hilo de pescar rodeando su cuello de lado a lado desde arriba. Un segundo después advirtió el modo en el que este se tensaba y dejaba de ser capaz de respirar.

El Conde se volvió hacia él mientras el Bizco apretaba con todas sus fuerzas sobre la robusta traquea del Gordo.

—El jefe te envía saludos, Gordo —dijo el Conde, al tiempo en el que la cara del Gordo se volvía roja y su cuerpo temblaba y no dejaba de moverse de un lado para otro.

No le gustaba esa parte de su trabajo, pero hombre, si alguien en su mundo hablaba con la poli, era como comprar todas las papeletas para acabar fiambre en un callejón. Y el Gordo, muy a pesar de el Conde, las había comprado todas.

—Todo tuyo, Bizco —dijo el Conde una vez el Gordo había pasado a mejor vida y el Bizco recuperado el resuello.

Salió del coche y le encasquetó el marrón al Bizco. Había niveles entre los suyos.

Y él ya había cumplido con su parte.

Ahora le tocaba hablar con el tendero y se iría a casa a descansar.

Un par de horas más tarde ya había cumplido con la primera parte y se preparaba para la segunda, cuando, nada más entrar a su habitación, sintió un olor extraño que procedía de la ventana y cayó desplomado sobre la cama.

Cuando despertó, se planteó la posibilidad de que la tensión le hubiera jugado una mala pasada. No hacía ni un año que había sufrido desmayos a causa del estrés. No era algo que supieran sus compañeros, no estaría bien visto en su mundo.

Pero que era cierto, lo era.

Cuando la puerta de su habitación no se abrió, comenzó a dudar de su primera impresión.

Al no dar con su teléfono ni con su ordenador portátil, sus sospechas aumentaron.

Y cuando dio con unos botones de colores y una voz le habló desde un altavoz que no estaba ahí antes, tuvo claro que se había metido en un buen marrón.

Todavía no estaba ni lejos de comprender hasta qué punto era cierto.

35

Después de que el hombre trajeado y atractivo terminara de leer el expediente de el Conde se encontraba ligeramente contrariado.

¿Era merecida su participación en la experiencia?

No podía decir que no.

Ese hombre había matado, había robado, había traficado…

Era una garrapata para la sociedad.

Sin embargo, ¿merecía un final como el que acababa de presenciar?

El hombre trajeado y atractivo lo dudaba.

Lo dudaba mucho.

Del mismo modo que con el político español, le parecía un final que no iba acorde al delito.

Era algo que la experiencia debía de mejorar. Anda que no había monstruos repartidos por el mundo. Los había para dar y tomar.

Levantabas una piedra y dabas con cientos.

Pondría una valoración con sus opiniones e inquietudes.

Sí. Era evidente que la experiencia era magnífica, pero, como todo en la vida, se podía mejorar.

Las dos voces de ese chico en la más completa oscuridad me provocaban una sensación aterradora. De todos los que habíamos empezado, la maldita experiencia hacía…

No tenía ni idea de cuánto hacía de ese momento…

Tampoco importaba.

De todos los que habíamos empezado la maldita experiencia… tenía que ser ese chaval el que estuviera conmigo en ese lugar oscuro y tenebroso.

Al menos, con el político, ahora derretido por el ácido, habría tenido una conversación ligeramente más normal.

Pomposa y egocéntrica…

Sí, pero infinitamente mejor que la que estaba teniendo con los Danis.

El primero con su voz suave y miedosa.

Y, el segundo, con ese tono de sobrada suficiencia.

Aunque bueno, visto lo visto con el resto de participantes, me daba la sensación de que ninguno se lo habría pensado dos veces antes de quitarme del medio.

—Mátala antes de que ella te mate a ti —dijo la voz tenebrosa de Daniel a un metro de distancia.

—No puedo hacerlo, no puedo, no puedo, no puedo —contestó la otra voz, la asustadiza e insegura. Esta vez desde algo más lejos.

Se movía.

—No voy a hacerte nada, Daniel, si tú no me haces nada, los dos saldremos de aquí, juntos —contesté yo mientras trataba de moverme también. Lo último que quería era resultar un blanco fácil.

Entonces apareció un destello de un único segundo. Un flash que nos permitió ver dónde nos encontrábamos y que había en su interior.

Una habitación espaciosa repleta de mesas. Sangre por las paredes. Sangre encima de las mesas y de las estanterías que cubrían gran parte de las paredes.

Y, al fondo. A menos de dos metros de mí y a un escaso metro del joven Dani, un hombre con una máscara y un cuchillo en ambas manos.

Chillé, como era evidente. La oscuridad había regresado y solo escuchaba los pasos de ese hombre caminando hacia nosotros.

¿Quién era?

¿Un máster de la experiencia?

¿Qué quería?

Qué pregunta más estúpida, era evidente que lo que quería era matarnos. Igual que el maldito cocodrilo, el tigre, los lobos y todo lo que nos había estado persiguiendo durante todo el día.

¿Qué querían?

¿Quién estaba ahí observando?

—¿Qué queréis?, ¿quién está ahí observando? Malditos cabrones.

No pude evitar ponerme a gritar como una loca sin control. Y mira que había tenido tiempo para hacerlo en momentos más tranquilos y apacibles. Pero no…

Yo tenía que hacerlo justo después de ver a un hombre enmascarado y armado hasta los dientes.

Porque así yo soy.

Un nuevo flash nos alumbró.

El hombre había dado un par de pasos y se había colocado entre Daniel y yo.

Vuelta a la oscuridad.

La situación no me estaba gustando nada.

No me estaba gustando en absoluto.

Después de que el hombre trajeado y atractivo escribiera la pertinente valoración de la experiencia, regresó a la pantalla principal en busca de los participantes supervivientes.

Era cierto que había puesto la valoración antes de que la experiencia hubiera terminado; sin embargo, había cosas importantes que debía mencionar y no quería que se le pasara nada por alto.

Los responsables de la experiencia debían de conocer su opinión en referencia a algunos puntos. Sobre todo acerca de la búsqueda de participantes que, en su opinión, podía mejorar de manera ostensible.

Cuando se tiene un producto de tan alto valor, se han de cuidar los detalles. Y, sin duda alguna, la experiencia era un producto de sobresaliente.

Al regresar, se percató de que no solo Rosa y el joven Daniel, sino que también su

compatriota, Nick, había pasado a la siguiente fase de la experiencia.

Al llegar, se había dado de bruces con la misma oscuridad que el resto; sin embargo, pasó de largo por la sala en la que estos dos hablaban y alcanzó la habitación de las armas.

En ese lugar se había hecho con una máscara, un par de machetes y varios cuchillos y había regresado para acabar el trabajo y salir de allí dentro.

Cada vez el hombre trajeado y atractivo tenía más claro el hecho de que ese hombre conocía la experiencia. Era probable que en su mundo alguien se la hubiera mostrado y ese hecho le otorgaba una ventaja injusta.

Eso no lo había mencionado en la valoración. Sin duda escribiría una nueva a su conclusión.

La experiencia era la mejor forma que conocía para adentrarse en un mundo en el que sus problemas no existían. Si se hubiera marchado a casa a tratar de dormir, no habría sido capaz de dejar de pensar en el contacto del gobierno ni en lo que había tenido que hacer para alcanzarlo.

Ni mucho menos en las consecuencias que dicho acto podría acarrear.

Toda su vida se había puesto en una cornisa frente a un fuerte viento durante las últimas horas.

No era que no le hubiera pasado antes, en absoluto. En su mundo era algo habitual. No se puede alcanzar la grandeza sin jugárselo todo en un all in.

Era así de simple.

Y el hombre trajeado y atractivo anhelaba la grandeza.

Cuando el asesino llamado Nick terminó de ataviarse con todo lo necesario para salir victorioso, regresó a la habitación oscura y se colocó frente a los otros dos participantes. Entonces, un flash iluminó la sala y permitió a sus víctimas ver a su verdugo.

No podía permitir que Rosa perdiera en ese momento. No habiendo llegado tan lejos.

No era justo.

Y, además, él nunca perdía con sus apuestas.

Clicó en "ayuda".

Debía dar con una solución fuera como fuera.

36

La imagen del hombre de la máscara todavía seguía dibujada en mi retina cuando regresó la oscuridad.

Tenía que moverme. Si no lo hacía, ese monstruo acabaría conmigo y ya no volvería a ver a mi familia.

Vale que había veces en las que me quejaba de ellos.

Que deseaba que se fueran un rato con su abuela o que, incluso, había mandado a mi marido a dormir al sofá después de alguna bronca por alguna estupidez.

Sin embargo, daría lo que fuera por verlos en ese momento, con la oscuridad ocupando mi retina y el corazón golpeando mi pecho con una fuerza aplastante.

Corrí hacia la nada, pero, como no veía lo tenía frente a mí, me golpeé de lleno contra el marco de la puerta. Sentí un dolor intenso en la boca junto con el sabor de mi propia sangre.

—Defiéndete, inútil —dijo la voz tenebrosa de Daniel, posiblemente hacia sí mismo. Bueno, más bien hacia su alter ego acojonado.

Del golpe me caí hacia detrás y por poco no alcanzo el suelo de espaldas. Sentía un fuerte mareo y todo giraba a mi alrededor. Aunque claro, teniendo en cuenta de que solo había oscuridad, era esta la que daba vueltas frente a mis ojos.

Entonces advertí un corte en mi pierna y luego otro, como si alguien estuviera trinchándome como a aún pavo en el día de acción de gracias.

Yo no había celebrado esa fiesta en mi vida, pero lo había visto en cientos de películas americanas.

Grité.

Por mucho que traté de no saliera ni un solo sonido de mi boca, no pude evitarlo.

Ese hombre iba a matarme a no ser que fuera capaz de reaccionar.

No lo fui.

El golpe me dejó fuera de juego. Sentía que mis ojos se cerraban y la oscuridad cambiaba de tono.

El hombre trajeado y atractivo golpeó con furia su teclado cuando vio lo que acababa de ocurrir.

No era que ese hombre supiera mucho más de lo que debería de saber. Aunque así era. Lo que ocurría en ese momento era que su patrocinador estaba gastándose una maldita fortuna en ayudarle.

No lo podía permitir.

Antes de que ese maldito asesino golpeara la cabeza de Rosa, clicó a toda velocidad para tratar de ganar tiempo.

“Ayuda”

“Hándicap”

“Error, otro patrocinador está pujando por el mismo hándicap”

—Maldito cabrón de mierda —farfulló con inquina mientras se ponía a teclear.

“Subir la puja”

—¿Cuánto habrá pagado? —se preguntó en voz alta.

“Subir de nuevo”

“10.000 dólares”

—No es suficiente.

“100.000 dólares”

—Iguala eso.

No ocurrió. La puja se dio por financiada y el hombre trajeado y atractivo recogió su tan preciado bien. En ese caso, una ayuda extra para Rosa.

Una ayuda de un valor incalculable para ella.

La experiencia cumplió con su cometido y el Máster lanzó un Taser al asesino americano que lo bloqueó por completo.

—Vamos Rosa, aprovecha la oportunidad y mata a ese hombre.

Cuando ya estaba esperando por el golpe final, escuché un calambrazo y cómo algo caía al suelo.

No me lo pensé dos veces y corrí a través de la oscuridad hacia…

No tenía ni idea de hacia dónde corría.

—No, no, no. Vuelve y acaba con él. No voy a seguir pagándote hándicaps para que ganes —gritó el hombre trajeado y atractivo perdiendo la paciencia.

No lo obedeció.

¿Cómo podría si no era capaz de escuchar su voz?

Rosa salió de la habitación dejando a su agresor sobre el suelo, inconsciente y al otro chaval acurrucado en el suelo echo un ovillo.

La luz regresó en forma de flash y, cuando el chiquillo vio lo que había en el interior de la sala, se levantó y salió corriendo siguiendo los pasos de Rosa.

Si dejaban a ese asesino campar a sus anchas estaban más que perdidos.

Mi carrera a tientas resultaba tan infructuosa como absurda. Me iba dando golpes a diestro y siniestro. El dolor era profundo e incisivo.

Me ardía la pierna, donde yo sabía que debía tener varios cortes que esperaba no fueran demasiado profundos.

Me mataba la cabeza, donde me había dado con el marco de la puerta debido a la oscuridad.

Estaba pasando la mano por la pared en busca de alcanzar a situarme, cuando otro flash me alcanzó. Me encontraba en una habitación blanca repleta de mesas. Y, en ellas, había decenas de cuchillos, armas, máscaras…

De todo.

De primeras me asusté.

Menuda estampa.

Más adelante seguí acojonada.

No era para menos.

Y ya, cuando traté de ver el lado positivo, decidí que debía de armarme con algo.

Si venía esa cosa a por mí tenía que ser capaz de defenderme. Aunque claro, el máster había sido claro al respecto.

No se podía atacar a los "actores" aunque estos vinieran a matarte. No me parecía justo, pero eran las normas.

Cuando sentí uno de esos cuchillos entre mis manos me sentí poderosa. Hasta el momento en el que me acordé de la imagen de ese hombre enmascarado.

Al menos no había visto por ahí al asesino americano.

Sí… menos mal que parecía haberse quedado en esa pirámide repleta de arena.

Inserté el filo del cuchillo entre mi ropa interior y el pantalón esperando que no se cayera y, cuando fui a coger una nueva arma, otro flash me cegó.

Y luego otro, y otro, y otro.

Y cada vez que la luz llegaba, ese chico estaba más y más cerca.

—Mátala. Si lo haces saldrás de aquí. Ya solo quedamos nosotros —decía el tenebroso Daniel con su mirada de desquiciado.

—No, no puedo hacer eso, ¿cómo voy a matar yo a alguien?

—Como si no lo hubieras hecho nunca, cobarde desagradecido —se contestó a sí mismo.

Cada vez que la luz me cegaba, podía observar el cambio en su rostro. No era solo su voz, todo su cuerpo cambiaba cuando lo hacía su personalidad.

—No hace falta que me mates. Si acabamos con el hombre de la máscara podremos salir —dije a la desesperada. Un farol como una catedral de grande.

El chico se volvió hacia mí y, a cada flash, observaba el modo en el que me miraba y me escrutaba, calculador.

—No podemos matar a los máster. Nuestra única manera de salir con vida, es matarte a ti primero —contestó.

El muy cabrón era más listo de lo que había imaginado.

Mucho más que su otro yo.

Entonces un mensaje se iluminó en ultravioleta tras la espalda del joven Daniel.

"El hombre de la máscara es uno de vosotros, el silencioso asesino de la espada. Matadlo antes de que os mate a vosotros. Si lo hacéis, ambos saldréis de ahí dentro con vida" *el Cetrero.*

37

—¿Quién es el Cetrero? —preguntó el joven y asustado Daniel, justo antes de que el tenebroso Daniel hiciera exactamente la misma pregunta.

—¿Quién es el Cetrero?

—Es alguien que me ha estado enviando ayuda. No sé más. Por alguna razón quiere que yo gane.

—Entonces es mi enemigo.

—No —se dijo a sí mismo—, ya has visto el mensaje, si matamos al hombre de la máscara, ambos saldremos con vida.

Cuando el tenebroso Daniel se quedó pensativo entre flash y flash, finalmente dispuse de algo de tiempo para pensar.

“El hombre de la máscara es uno de vosotros, el silencioso asesino de la espada. Matadlo antes de que os mate a vosotros. Si lo hacéis, ambos saldréis de ahí con vida” el Cetrero.

El hombre de la máscara era el asesino americano y había estado a punto de matarme.

De nuevo.

Y yo podría haberlo ejecutado en lugar de haber salido por patas como alma que lleva al diablo.

Ahora comprendía la razón de que no hubiera llegado a acabar conmigo. El Cetrero había intervenido de alguna manera que no era capaz de comprender.

—Gracias, Cetrero…

—No hay por qué darlas —contestó el Cetrero en un susurro sin poder apartar a vista de la pantalla.

Iba a ganar la apuesta.

Su participante saldría victoriosa.

Aunque, para ello, debía enviar un nuevo mensaje.

Uno que su compañero no fuera capaz de leer.

—Si hacemos lo que dice, los dos saldremos de aquí —repitió el asustado Daniel con la voz más firme que le había escuchado en todo el día.

—No me convence —se contestó—. Si la matamos a ella también, seguro que sí que saldremos vivos.

—Si me matas a mí, jamás podrás con él —dije señalando hacia la puerta, aunque con la luz que iba y venía más bien apunté a una de las paredes.

El chico se volvió hacia mí, esta vez con el rostro de Daniel el tranquilo.

—Si trabajamos juntos, me prometes que saldremos los dos.

—Ya lo has oído, hasta ahora, el Cetrero no ha hecho nada en mi contra. Si él lo dice será verdad.

—No me gusta.

—Cállate, estoy harto de hacerte caso. Tú nos has traído hasta aquí. Estoy metido en esto por tu culpa —dijo antes de caer al suelo de rodillas a lágrima viva.

—Eso es mentira. Si no hubiera sido por mí, habrías muerto hace mucho tiempo. Alguno de esos padres de acogida te habría arrancado la garganta mientras dormías. Y tendrías suerte si antes no te hubieran perforado el culo, maldito desagradecido.

—No, no es verdad.

—Claro que síiii.

La conversación estaba transcurriendo en unos derroteros que no me gustaba lo más mínimo. Pero ahí estaba yo, escuchando una conversación realmente delicada entre Daniel y Daniel.

Era un asunto muy privado e íntimo.

No habían alcanzado todavía un acuerdo entre ellos cuando, en uno de esos flashes, apareció una figura que rezaba por no encontrar.

O, por lo menos, hacerlo cuando estuviera mucho más preparada.

Y, por si no fuera suficiente, mientras Daniel discutía consigo mismo, el Cetrero dejó otro mensaje en la pared.

Esta vez solo para mí.

—Por fin os he encontrado —dijo el asesino americano con su acento yanqui—. Me estoy cansando de estar aquí dentro, tengo mucho que hacer. Y mucho dinero que gastar.

Cuando la voz resonó, Daniel se volvió hacia él y se lanzó con un cuchillo entre las manos.

Entre flash y flash llegué a ver cómo el hombre enmascarado lo apartaba con una mano como a una mosca en verano junto a un pantano.

La luz se mantenía en ese constante cambio de oscuridad y luz a cada maldito segundo, provocando que todos nuestros movimientos parecieran ir a cámara lenta.

Y ahí estábamos los tres.

Ese asesino americano armado hasta los dientes, con la máscara que cubría su rostro y dos enormes cuchillos en ambas manos.

El chaval y su otro yo recostados sobre el suelo doliéndose del golpe recibido.

Y yo…

Plantada frente a frente con ese hombre a la espera de una muerte segura.

—Me sorprende que llegaras hasta aquí, mujer —dijo el americano mientras se retiraba la máscara y permitía la vista de su rostro—. Me has impresionado, de verdad. Pero bueno, ambos sabemos lo que va a pasar ahora.

Sí…

Por desgracia, ambos lo teníamos muy claro.

38

El hombre trajeado y atractivo observaba la pantalla con cierta tensión. Llegado este punto no había mucho más que él pudiera hacer.

Como dijo Julio cesar la noche del 10 de enero de 49 a. C.

“Alea iacta est”

“La suerte está echada”

Y así era.

Todos habían puesto sus cartas boca arriba sobre la mesa, y solo les quedaba esperar ganar la mano.

El hombre dio dos pasos hacia mí. Potentes, lentos, los más imponentes que yo había visto jamás.

El cuchillo chorreaba una sangre que, posiblemente, poco tiempo atrás había estado en el interior de mis muslos.

Me dolía.

Diantres, me dolía una barbaridad.

La luz iba y regresaba a cada segundo, provocando que todos los movimientos resultaran extraños y lentos. La mirada de ese hombre estaba puesta sobre mí, me quemaba.

Decidí reaccionar. Si iba a matarme no se lo podría fácil.

Me levanté.

Sentó un pinchazo en mis cortes y me caí de bruces de nuevo sobre el suelo ensangrentado. Me estaba levantando de nuevo cuando escuché algo.

Una voz.

—No lo hagas.

—Sí, hazlo. Mátalo.

—No, no, no, no.

El hombre otrora enmascarado se volvió y se quedó perplejo. Él había visto los extraños comportamientos de Daniel durante las anteriores fases, pero no su charla privada y ahora estaba alucinado. Había pasado bastante desapercibido hasta que ya no le había sido posible hacerlo por más tiempo.

Aproveché mi oportunidad y me alejé hacia la puerta. Si iba primero a por Daniel, podría tratar de escapar.

Aunque claro, después sería una presa muy fácil.

No, debía enfocar el problema de otra forma.

Enfrentarme a él.

El hombre trajeado y atractivo sabía que ya no podía interceder de manera alguna. Llegado a este punto de la experiencia de enfrentamiento directo, los patrocinadores quedaban relegados a meros espectadores.

Sin embargo, lo comprobó de nuevo, por si acaso.

No se equivocó.

"Las ayudas han quedado deshabilitadas" decía el menú de opciones.

"Apuestas"

Se pasó la mano por el mentón mientras se planteaba una locura.

Por alguna razón que no alcanzaba a comprender, confiaba a ciegas en esa mujer. Incluso con un rival de un calibre tal, lo hacía.

En cambio, parecía ser el único…

Porque las apuestas estaban en un cien contra uno.

¡Cien contra uno!

Todos los patrocinadores estarían apostando a favor de Nick.

No se lo pensó por más tiempo. Clicó y realizó una apuesta hecha con el corazón y no con la lógica.

Diez millones de dólares por Rosa como ganadora.

Ya estaba hecho.

Esperaba que hubiera llegado a ver su mensaje.

Todo dependía de ello.

Mientras ese hombre observaba la conversación que Daniel estaba teniendo consigo mismo, yo me lancé hacia los cuchillos y cogí uno con cada mano.

Entonces él se dio la vuelta y sonrió. Como si yo no fuera más que un pequeño Chihuahua al que le habían reñido por mearse dentro de casa y ahora estuviera enfadado y ladrando como un descosido.

Su mirada me decía que no me consideraba una digna rival.

Algo lógico visto desde fuera.

Su error no fue el de subestimarse.

No, señor, su error fue no percatarse de que Daniel había dejado de hablar.

Porque, si había dejado de discutir con su otro yo…

Era que finalmente habían llegado a un acuerdo.

Y, por suerte para mí, su acuerdo había sido ayudarme para que pudiéramos salir los dos de allí dentro. Pude ver el modo en el que Daniel, con su rostro tenebroso como mascara, se levantaba en absoluto silencio y caminaba, sigiloso, hacia la espalda del asesino, arma en mano.

—Estás siendo un incordio, mujer. Necesito que me vea un médico cuanto antes, no puedo seguir jugando. Primero acabaré contigo, y luego con esa cosa de ahí. Cualquier cazador sabe que primero hay que neutralizar a la más peligrosa de entre las presas. Y esa, aunque te esfuerces por disimularlo, sin duda eres tú.

Yo estaba sudada, sangrada y acobardada, en pie, frente a ese hombre que, ahora sí, había comenzado a caminar en mi dirección dispuesto a matarme.

No reaccioné. Lo último que quería era que él cambiara su rumbo.

Estaba justo donde debía de estar.

Estaba a punto de abalanzarse contra mí cuando finalmente se percató del extraño silencio de Daniel.

Eso no era buena señal.

Se dio la vuelta en su busca y, cuando no dio con él, se alteró.

—¿Dónde demonios está ese mocoso…?

No había terminado su frase cuando Daniel, con su rostro tenebroso, le atravesó el hombro con un cuchillo.

Gritó y se revolvió, cuando el filo lo atravesó de nuevo.

—Maldito…

Y otra vez.

Y no era solo Daniel, esta vez me uní yo a la fiesta.

Me lancé hacia delante con los dos cuchillos alzados y le atravesé el pecho con ambos al mismo tiempo. Llevaba alguna especie de peto que evitaba que el filo se adentrara demasiado, pero al cuarto o quinto intento, conseguí que lo atravesara por completo y el cuchillo le perforara el estómago.

El hombre se dio la vuelta, ya herido de muerte. Agonizaba mientras la sangre le salía por la boca.

—Lo hemos conseguido —dijo el asustado Daniel, el momento previo de que el hombre, antes de caer de bruces sobre el suelo, alzara la mano y le provocara un corte en el pecho.

No era mortal. Si conseguía salir de allí y acudir a un hospital saldría con vida.

El hombre trajeado y atractivo no pudo contener el grito de euforia. Todavía no se había acabado, pero, sin duda alguna, la peor parte ya había pasado.

Sin duda alguna, Rosa había sido todo un descubrimiento.

Con el cuerpo del asesino sobre el suelo cubierto de sangre y los otros dos participantes junto a él, ambos heridos y mermados, el hombre trajeado y atractivo decidió ojear por encima el expediente del recién fallecido.

Nick Teller.

39

Unas pocas horas antes de que Nick Teller fuera acuchillado por dos de sus "compañeros" a los que trataba de matar, llegaba al aeropuerto de Barajas, en Madrid, España. Había recibido una llamada hacía cuatro días en la que le hablaban de un posible trabajo.

Al día siguiente recibió cuatro nombres junto al cincuenta por ciento de la cantidad pactada en una transferencia bancaria a una cuenta en las islas caimán.

Una vez efectuado el cobro, Nick compró cuatro vuelos a las diferentes ciudades de España en las que tendría que realizar el trabajo por el que había cobrado.

Normalmente, Nick disponía de unas tablas con sus precios. Era lo más cómodo. De esa manera, no tenía la necesidad de estar enviando presupuestos a medida para cada trabajo en concreto.

Era absurdo.

No podría perder tanto tiempo ni tanta energía en ello cuando podía marcar unos precios dependiendo del encargo y los tiempos.

Cuando un cliente se ponía en contacto con él, a través de una gran cantidad de cortafuegos entre ellos.

Algo evidente.

Nick enviaba las tablas y el cliente elegía lo que quería dependiendo de sus necesidades.

Sin embargo, en este caso en concreto, cuando Nick recibió la lista de nombres, no tuvo más remedio que pedir un aumento significativo de sus honorarios.

Y después de hacerlo, modificó sus tablas.

No constaba en ellas la posibilidad de que los objetivos resultaran ser altos cargos políticos y, evidentemente, tal hecho conllevaba un riesgo que se debía de remunerar de la manera justa.

El cliente se quejó en un principio, pero finalmente pagó.

Siempre lo hacían.

Así que Nick aceptó y compró los cuatro vuelos a las diferentes ciudades en las que vivían los objetivos, con las horas de margen necesarias como para realizar los encargos sin prisas.

Y, tras tres de los trabajos realizados y bien efectuados, acababa de aterrizar en el cuarto de los destinos. El último antes de su vuelta a casa, Chicago.

Tenía unas ganas locas de hincarle el diente a una buena pizza al estilo Michigan, aunque, al mismo tiempo, no podía negar que su primera visita a España había sido todo un descubrimiento a nivel culinario.

Las tapas, los pinchos, la paella, la tortilla de patata, el pulpo a la gallega…

Se había puesto las botas.

De hecho, si no resultara tan absurdamente peligroso, se quedaría unos pocos días más de disfrute y relajación. Aunque evidentemente era una posibilidad que no estaba dispuesto a barajar.

Caminó por la terminal del aeropuerto ataviado con una gorra y unas gafas de sol mientras evitaba todas las cámaras de seguridad que ya tenía ubicadas.

La posibilidad de que alguien lo buscara en el futuro cercano eran ínfimas, pero no podía correr ningún riesgo.

La razón de que nadie lo buscara nunca era justamente esa, que no corría riesgos.

Al salir al exterior de barajas, tomó un taxi que lo levó al centro.

Una vez allí tomó un Uber, un Cabify y luego otro taxi hasta dos veces más. Miró su reloj para comprobar que, efectivamente, ya era la hora prevista.

Llegó al edificio del objetivo, comprobó que disponía de la llave del portal y, entró sin mirar la cámara del interior. Tampoco importaba en exceso, en cuanto saliera de allí cambiaría la grabación de esa hora por la de un par de días atrás, por si acaso.

Subió por las escaleras, abrió con una llave que le había proporcionado el propio cliente, miembro del mismo partido político que los objetivos, y se adentró en la casa de la manera más sigilosa posible.

De todos los objetivos de la lista, sin duda alguna, este iba a ser el más sencillo.

Con el primero tuvo que fingir un accidente de coche, algo sumamente complicado si se quiere hacer bien y no dejar pruebas.

Con la segunda fue un ataque al corazón. No demasiado difícil dado el historial médico y la ingente cantidad de alcohol que bebía día sí día también.

Con el tercero, un atraco en el que, casualmente, el muerto resultó encontrarse en un mal lugar y un peor momento.

Y con el cuarto, justo al que se enfrentaba, su historial de depresión le iba a ayudar enormemente.

Una pena su familia…

Escuchaba la cháchara típica de una familia durante la cena. "Que si me ha pasado esto, que si he visto aquello" Su español no era perfecto, pero sí bastante bueno. Pasarse la infancia en una base naval en Miami tenía sus ventajas. Era lo suficientemente bueno como para comprender todo lo que decía esa familia durante su última cena.

—Buenas noches —saludó Nick una vez se adentró en el salón comedor, vestido de negro, con la cara descubierta y una semiautomática en la mano.

—Pero que… —trató de decir el objetivo con los ojos como platos y cara de susto. Aunque, al mismo tiempo, Nick pudo ver algo de alivio en su mirada, como si su presencia en ese lugar le quitara un enorme peso de encima.

Se iba a arrepentir.

Porque, por mucho que a ese hombre no le preocupara su vida.

Con lo que había hecho era algo que podía entrar dentro de lo normal.

Nick sabía por experiencia que la vida de los seres queridos es mucho más importante que la de uno mismo para casi todas las personas. Y algo le decía que esta vez iba a tratarse de una de esas ocasiones.

No debía alargar demasiado el momento si no quería decir ninguna prueba. Si alguno se defendiera o hiciera algo indebido podría convertirse en un riego.

Y Nick no corría riesgos.

Sin decir ni una sola palabra más, disparó en la frente a la mujer, que cayó inerte sobre la mesa.

Estaba todo calculado.

Siempre había que eliminar en primer lugar al miembro más peligroso. Sin embargo, en este caso no podía hacerlo debido al sub contexto. Por lo tanto, dentro de los que quedaba, la madre cumplía sin duda alguna con el rol de dominante.

Una vez eliminada, Nick dio la vuelta y repitió el movimiento desde la espalda del objetivo.

Pum y pum.

Sí, podría cuadrar.

Ambos niños no llegaron casi a decir una palabra.

Todo resultó tan rápido que ambos cayeron en un instante, con el objetivo a punto de caer desmayado en estado de Shock.

Justo lo que Nick había previsto.

Una vez ya no disponía de razón alguna para seguir en el mundo de los vivos y, con la mirada puesta en sus otrora seres queridos, el objetivo permitió que Nick tomara prestada su mano y llevara la pistola hacia su sien.

Una vez allí, únicamente escuchó el sonido del percutor antes de caminar directo hacia la luz.

Comprobó que todo estaba en su debido lugar.

Ojeó la escena e hizo una foto para mostrar a su cliente.

Todo hecho y bien hecho.

Salió por la puerta y cogió un taxi, que lo llevó a otro taxi, que lo llevó a un Uber, que lo llevó directo al aeropuerto. Antes de salir del coche, se colocó las gafas y la gorra sobre su cabeza y caminó hacia la entrada de la terminal.

En el interior del aeropuerto, dejó la mochila con el arma y algo de ropa en su interior en una consigna, y pasó el control de acceso.

Una vez dentro, sacó su ordenador portátil y notificó que el trabajo estaba realizado a su cliente, que, de inmediato, realizó la segunda transferencia del pago pactado.

"Todo bien", pensó mientras ojeaba su cuenta corriente y el justificante de pago enviado por su cliente.

Acto seguido, se levantó y se dirigió al cuarto de baño. Todavía quedaba media hora para el embarque y necesitaba aligerar la vejiga. Acababa de terminar con su cometido cuando se percató de que un olor extraño se adentraba en el cuarto de baño.

Se subió la cremallera y, no había llegado a lavarse las manos, cuando cayó desmayado sobre las blancas baldosas junto a los urinarios.

Despertó de un brinco. Se levantó en oposición de guardia y trató de buscar una pistola de la que carecía.

"Ya está en el interior de la consigna" se dijo a sí mismo mientras ojeaba a su alrededor.

No había nadie.

¿Se habría desmayado porque sí?

Nick lo dudaba.

Lo dudaba mucho.

Ese olor no era normal, de hecho, él había utilizado alguna vez ese olor.

Y nadie que hubiera olido eso antes había salido bien parado.

Caminó con prisa hacia la puerta para cerciorarse de que estaba cerrada.

Ninguna sorpresa.

Nick, que era un hombre frío y calculador, no se asustó ni se puso nervioso. Se había visto en situaciones complicadas a lo largo de su vida y siempre había salido bien parado. De hecho,

cuando la voz le habló y comenzó la experiencia, reconoció su situación.

Le habían hablado de ello.

La sombra que sobrevolaba sobre todos los malhechores.

No sabían lo que habían hecho con él.

Los mataría a todos y cada uno de ellos.

Y esta vez lo haría gratis.

O eso pensó en ese momento.

Porque unas pocas horas después, a punto de ser acuchillado, se arrepintió de cada uno de sus pensamientos.

En ningún momento pensó que un maldito pirado y una ama de casa iba a acuchillarle en una oscura habitación durante la experiencia.

40

Cuando el hombre trajeado y atractivo terminó de leer el expediente de Nick Teller tenía un regusto amargo en su paladar.

No le había gustado lo que había leído.

Del mismo modo que al leer el expediente de esa asesina de amantes, se sentía demasiado identificado con la experiencia.

Y eso le daba miedo.

Mucho miedo.

El cadáver del asesino americano había caído entre Daniel y yo. El pobre chico había recibido un corte en el pecho y sangraba de manera prominente. Sin embargo, exhibía una sonrisa sincera.

—Lo hemos logrado —farfulló con dificultad.

Yo no sabía si me hablaba a mí o a su otro yo, la verdad. Pero bueno…

—Sí… —contesté, por si acaso—. Lo hemos logrado.

—No, tú lo has logrado —dijo la tenebrosa voz, tomando el control—. Tú has sido el que lo ha hecho mientras esa mujer no hacía nada. Nada de nada.

—Ella lo ha distraído, sin ella no habría conseguido nada.

—Eres demasiado bueno y eso acabará por matarte, Daniel. No puedo protegerte siempre.

—No te preocupes por mí, estaré bien. Si he salido de esta, puedo con todo, con todo —dijo el asustado Daniel perdiendo ese miedo que lo había caracterizado hasta el momento.

Entonces apreció perder el sentido y se llevó la mano hacia el pecho, que se llenó de sangre.

—Me… duele… —farfulló.

—Y ahora, ¿qué?, ¿quién te va a ayudar?

Se contestó a sí mismo con la misma dificultad.

Me acerqué hacia donde había caído y coloqué la mano sobre su pecho. Por mucho que sangrara, no era demasiado grave.

—Lo hemos conseguido. Pide que nos saquen de aquí, por favor, necesito ir al médico.

—Sí, lo necesitas —contesté—. Si vas al médico sobrevivirás, aunque, antes tengo que contarte algo.

El chico me miró con duda en los ojos, pero permaneció él allí y no su alter ego tenebroso. Quería escuchar él mismo mis palabras.

—Antes, cuando el Cetrero nos ha escrito el mensaje en la, no ha sido del todo sincero contigo. Te ha dicho que si matábamos a ese hombre ambos podríamos salir de aquí, pero no es cierto Daniel, solo uno puede hacerlo. Lo siento.

Los ojos del muchacho se llenaron de lágrimas, pero no dijo nada. Al menos no él.

—Lo sabía, maldito imbécil. Has permitido que esta furcia nos mate.

Y rompió a reír a carcajada suelta.

Y luego comenzó a llorar.

—Tengo miedo, por favor.

—Lo sé, lo sé, pero no pasa nada, todo será muy rápido —contesté yo.

—¿Tan grave es la herida?, ¿me muero? —me preguntó al instante, con una voz desgarradora. Si yo fuera una persona emotiva me habría afectado mucho.

Suerte que no lo era, la verdad.

—No, Daniel, por desgracia no te mueres.

—¿Cómo que, por desgracia? ¿A qué te refier…? —empezó a preguntar cuando advirtió un dolor atroz que se adentraba en su cuerpo. No pudo terminar su frase. Sus ojos se fueron apagando de a poco mientras sus pulmones se llenaban de sangre.

—A esto —contesté mientras extraía el filo del cuchillo que acababa de clavarle.

Solo uno de nosotros podía salir con vida. Y esa iba a ser yo.

El Cetrero me había avisado nada más enviar el primer mensaje a ambos.

Una vez el asesino americano estuviera muerto, debía de asegurarme de que el joven Daniel seguía sus pasos.

Esa era la única posibilidad que tenía de salir con vida de la experiencia.

Solo podía quedar uno.

Mientras observaba a Rosa arrodillada frente al último participante, el hombre trajeado y atractivo no pudo evitar pegar un brinco mientras soltaba un grito a pleno pulmón.

¡Rosa había ganado!

Era una apuesta de cien contra uno y había apostado diez millones.

Y había ganado.

Eso daba un maldito número de diez cifras.

Mil millones de dólares.

Un jodido billón.

Abrió el whisky más caro que tenía en su despacho, se recostó sobre su espalda y, antes de echarse un rato a dormir, entró en el expediente del último que faltaba por ver.

Daniel Verga Mollins.

41

Un día antes de que Daniel Verga Mollins muriera a manos de Rosa, llegaba a casa después salir a cenar con la que hacía poco era su nueva familia.

Llevaba con ellos poco más de un mes y bueno… parecían buena gente.

Eran atentos, cariñosos y diría que no lo trataban de una manera demasiado diferente a como lo hacían con su "hijo de verdad"

Daniel acababa de cumplir los diecisiete años, hacía bien poquito y ya había pasado por dos familias de acogida. Sin contar con los Verga, claro.

Contándolos a ellos, eran tres.

Las dos primeras también habían empezado con muy buen pie.

También eran majos, simpáticos y lo trataban bien.

Sin embargo, la suerte quiso que ambas familias murieran en dos desafortunados incendios.

Por supuesto, que a Daniel le hicieron preguntas al respecto.

¿Cómo podía ser que las dos veces se produjera un incendio en las casas de acogida en las que vivía Daniel?

Era mucha casualidad.

Sin embargo, después de investigar lo que consideraron necesario, en ambos casos decidieron que se trataba de un accidente. Aunque, claro, con todo calcinado era complicado sacar demasiadas conclusiones.

Solo le quedaba un año para abrirse paso en un mundo que no conocía en exceso. A sus padres, "de verdad" no los recordaba. Y el resto de su vida lo había pasado entre casas de acogida e instituciones de niños huérfanos.

Ojalá y esta vez fuera la definitiva y congeniara con ellos.

El problema radicaba en que en el interior de la mente de Daniel, había una voz que, sin que él fuera capaz de controlarla, le decía que quemara cosas.

De verdad que él intentaba no hacerle caso. Obviaba sus opiniones, no contestaba sus preguntas. Pero claro, los días buenos resultaba mucho más sencillo de llevar a cabo.

En cambio, cuando llegaban los malos, la cosa se complicaba.

Cuando sus compañeros de clase le insultaban o se metían con él por ser huérfano. O cuando sus padres le reñían por no poner la mesa, o acostarse tarde, o destripar a un gato ante la puerta de casa…

Cosas normales de niños.

Pues en esos momentos le costaba mucho más hacer callar a esa voz que siempre le hablaba.

Y le hablaba.

Y le hablaba.

Hasta que ya no aguantaba más, el pobre.

Ese día no era un buen día para Daniel, como tampoco lo habían sido los dos días en que sus dos parejas de padres adoptivos habían muerto calcinados por el fuego.

No, no lo habían sido en absoluto.

En el primer caso, dos compañeros de su clase le habían escupido, le habían pegado y le habían metido en una taquilla entre risas y aplausos.

Y, en el segundo, su padre adoptivo se había enfadado porque había quemado una papelera.

Se había enfadado mucho.

Incluso había amenazado con llevarlo al psicólogo.

¡Llevarlo al psicólogo a él! Como si estuviera loco.

No, no habían sido buenos días para Daniel.

Y, ese día, de vuelta de una deliciosa cena en un restaurante italiano que había elegido su "hermano", habían estado hablando de las buenas notas y el futuro que le deparaba a él. Y, en cambio, nadie había ni mencionado nada acerca de Daniel.

Era injusto.

Y esa injusticia le hacía sentir tristeza.

Y, cuando sentía tristeza, no podía evitar escuchar a la voz que le hablaba.

—Todos te odian, Daniel, ¿no lo ves? No te quieren.

Llevaba diciendo la voz durante toda la cena.

Al principio Daniel no contestaba.

—Te abandonarán en un orfanato en cuanto puedan, no eres nada para ellos.

Insistía la voz, como una radio estropeada.

Pero Daniel seguía sin hacer ni caso.

Él estaba bien con los Verga y no quería fastidiarla.

—Deberías adelantarte, Daniel, aprovecha cuando todos duerman.

—No puedo hacer eso —contestó finalmente cuando llegaron a casa.

—Si no lo haces, ellos te lo harán a ti, Daniel, ¿no lo ves?, ¿no ves que solo están esperando el momento oportuno?

Las palabras de la voz tenían más significado cuanto más cabreado, triste o dolido se encontraba Daniel. Y a cada segundo estaba más y más triste.

—No te lo pienses más y, cuando duerman, zas, a arder, ¡A ARDEEER! JAJAJÁ —insistió la voz con una voz histriónica y tenebrosa.

—Pero ellos son buenos conmigo, no debería hacer eso. Y, ¿qué pasará con mi nuevo hermano? Se enfadará.

—No, Daniel, no puede enfadarse si está muerto.

—Eso es cierto—dijo en voz alta mientras entraba por la puerta de la casa de sus padres adoptivos.

—¿Qué es cierto, Daniel? —preguntó su madre adoptiva mientras caminaba justo detrás de él.

—Nada, nada, estaba pensando en voz alta —contestó él antes de acelerar y dirigirse a su cuarto.

Lo último que necesitaba en ese momento era un interrogatorio, además, tenía una conversación pendiente con la voz.

—¿Ves? Te hacen preguntas que no quieres contestar porque no se fían de ti, ¿cuándo vas a hacerme caso?

—Y te he hecho caso otras veces y nunca consigo nada.

—¿Cómo que no?, ¿acaso llegaron a hacerte algo? No, claro que no. Yo nos protegí.

—No sabemos si nos hubieran hecho nada.

—Oh, pues claro que sí, por supuesto, que nos lo hubieran hecho. Todo el mundo nos hace daño, ¿acaso lo olvidas?

—No… —contestó con los ojos húmedos. No lo olvidaba.

Era probable que la voz tuviera razón.

Algún día.

Puede que no ese día.

Ni tampoco el siguiente o el otro.

Pero en algún momento ellos le harían daño.

Y no podía permitirlo.

Era mejor adelantarse.

—Buen chico —dijo la voz—. Haces bien en hacerme caso, haces muy bien, sí, señor.

Daniel salió de su habitación y encaminó el pasillo. Debía dirigirse al garaje para conseguir la gasolina.

—No, idiota, si utilizas la gasolina te pillarán. Es mejor una explosión de gas.

—Pero eso hicimos la última vez. Sospecharán.

—Pero no serán capaces de probarlo. Tú hazme caso.

Todavía en plena discusión con la voz, pasó junto al salón en el que sus padres hablaban.

—Daniel no está bien, Pedro, no está nada bien —decía la voz de su madre adoptiva.

—Ya sabíamos que tenía problemas. Pero para eso está aquí, para que podamos ayudarle.

—Pero no somos nosotros los que podemos ayudarle, sino un profesional. Escucho lo que sueña y siempre piensa en fuego. Fuego, Pedro, lo mismo que… Ya sabes.

—Sí, lo sé, pero, ¿qué clase de personas seríamos si…? No quiero ni decirlo en voz alta…

—¿Lo ves? —preguntó la voz en el interior de su cabeza—. Ya quieren devolverte, o peor, matarte. Les sobras. No te quieren aquí.

Y Daniel lo sabía.

No lo querían allí, por esa razón debía adelantarse a sus movimientos.

Se apartó de la puerta tras la que sus padres adoptivos hablaban acerca de su futuro y se dirigió a la cocina, directo a donde se encontraban los conductos del gas.

Iba a abrirlos cuando un olor se adentró en la cocina. Era extraño, nada similar a algo que hubiera olido antes.

No era gas, en absoluto, además no había llegado a abrir la llave de paso.

Tampoco ningún alimento ni nada similar.

—¿Qué es? —le preguntó a la voz.

—Nada bueno —contestó de inmediato, pero sin concretar más.

Era posible que la voz no quisiera decirle lo que ocurría.

O quizás la voz tampoco lo supiera, ya que simplemente era una parte de él.

Tampoco importaba.

Antes de llegar a preguntar de nuevo, cayó sobre el suelo de la cocina con una cerilla entre los dedos.

Cuando despertó, las voces de sus padres adoptivos habían desaparecido.

Ya no hablaban acerca de Daniel. Ya no discutían sorbe qué hacer con él.

¿Habría sido la voz?

¿Se habría adelantado y los habría matado?

—No he sido yo, Daniel.

—¿Cómo puedo estar seguro? —preguntó mientras se apretaba las sienes, le dolía la cabeza.

—Porque todavía siguen con vida, vamos, abre el gas.

Era cierto, todavía no lo había hecho, ¡qué tonto!

Se acercó a la llave de paso y abrió el gas, sin embargo, nada pareció salir de su interior.

Lo cerró y lo abrió hasta tres veces hasta darse cuenta de que la cocina era igual que la cocina de sus padres adoptivos, pero no era exactamente igual. Había una botonera con botones de colores junto al fregadero.

Tocó la cubierta antes de tratar de salir de la cocina para avisar a sus padres adoptivos. Algo ocurría y ese algo no iba a ser algo bueno.

Cuando la puerta de la cocina no se abrió, sus miedos tomaron fuerza.

Cuando la experiencia comenzó, las cosas no hicieron sino empeorar.

Y cuando fue acuchillado, tumbado en la oscuridad, decidió que sin duda alguna se había quedado corto.

Y, la voz, que estuvo con él hasta el último momento, no pudo sino estar de acuerdo con sus primeras conclusiones.

42

Nada más terminar, el tenebroso expediente del joven Daniel y la voz que le hablaba, el hombre trajeado y atractivo, advirtió que el sueño se adueñaba de él. Mientras el sabor del whisky se asentaba en su paladar, y un extraño olor entraba por la ventana.

Cuando despertó, ojeó su Rolex.

Ahora podría comprarse cien iguales que ese sin pestañear.

Ya eran las ocho de la mañana. Sus secretarias no tardarían en llegar.

Le dolía el cuello de dormir sentado tanto tiempo.

¿Cuánto habría sido?

Más de cinco horas, como mínimo.

Estaba emocionado con ver entrar esa ingente cantidad de dinero en su cuenta. No en su cuenta corriente, eso era evidente. La experiencia no sería tan estúpida como para realizar las transacciones por un medio tan expuesto. Lo haría con criptomonedas.

Si quería realizar una apuesta, primero tenía que llenar su monedero digital con criptos que la experiencia aceptara y, en el caso de ganar, le ingresaban el dinero de la misma forma. Ahora tendría que llevar ese dinero a alguna de sus cuentas legales en paraísos fiscales.

Le gustaban las islas caimán.

Sí, seguramente ahí iría a parar ese dinero.

Antes de caer rendido sobre el escritorio, su último pensamiento fue para esa mujer. Rosa.

Normalmente, no leía el expediente de nadie que siguiera en el mundo de los vivos, pero claro, normalmente su participante no sobrevivía.

Y menos todavía le hacía ganar una cantidad tan ingente de dinero.

Sintió ganas incluso de averiguar su domicilio y hacerle llegar un regalo.

Un más que merecido regalo.

Pero lo descartó.

Era una idea absurda y peligrosa. Ni qué decir que estaba totalmente prohibida por parte de la experiencia.

Esa mujer no podía ser contactada por su patrocinador. Del mismo modo que, hiciera lo que hiciera en el futuro, jamás podría ser tocada por parte de la experiencia.

Se había ganado ese derecho.

Estaría libre de todo pecado hasta el fin de sus días.

Esperaba que fuera capaz de comprender su privilegio.

Del mismo modo que conociera lo afortunada que era de que el hombre trajeado y atractivo la hubiera elegido como su participante. Ambos habían formado una pareja extraordinaria.

Se levantó y paseó por su despacho hasta llegar a la mesita auxiliar donde reposaba el mando de la televisión que aguardaba en un mueble de madera que costaba diez de los grandes.

Estaba a punto de cogerlo cuando no pudo aguantar más y regresó a su asiento.

Tenía que saber más sobre esa mujer.
Rosa Guerrero Luna.

43

Sentía que ese hombre mi iba a matar.

Lo había sabido desde el momento en el que lo había visto, varias horas atrás, con esa espada en la mano y decapitando a su rival.

Ese hombre era un monstruo que había ido hasta allí para hacerme pagar por mis pecados.

Que se uniera a la cola.

Pensé, mientras corría por un prado ensangrentado y decenas de cabezas cortadas me miraban con una mezcla entre temor y furia.

Conocía cada una de esas cabezas que me miraban con desaprobación.

¿Qué queréis de mí?

Les grité sin parar de correr.

—Queremos que pagues —dijo una voz que me resultaba mu familiar—, y te unas a nosotros, furcia —repitió la misma cabeza pero con una voz totalmente distinta.

Era Daniel.

Y me miraba con la rabia del que es capaz de ver en tu interior. En este caso, del mío.

Yo corría como si todo dependiera de ello mientras huía de ese hombre que quería mi cabeza como recuerdo.

La sangre brotaba a mi alrededor y me empapaba las piernas y el torso mientras todas esas cabezas no dejaban de mirarme.

—No me hagas nada —dijo la voz de un hombre tras mi espalda—. Sé lo que eres. Voy a irme pero, por favor, déjame vivir.

Era extraño escuchar esas palabras de un hombre alto, grade y fuerte, con una máscara que le cubría el rostro y dos enormes cuchillos sobre las manos.

Un hombre al que había visto decapitar a una persona de un solo tajo.

Un hombre al que había visto romper el cuello de otro hombre de un solo movimiento.

Ese hombre me estaba pidiendo compasión…

A mí…

Entonces lo recordé. Yo no podía estar ahí y, poco después de llegar a esa conclusión, desperté sobre el volante de mi coche con un indescriptible dolor de cabeza y cuello.

¿Cuánto tiempo llevaba ahí dentro?

Miré mi reloj, eran las once y media de la mañana.

Eso era imposible, si eso era cierto. ¿Lo había soñado todo?

¿Había estado ahí dormida un par de horas?

Sin más.

No podía ser verdad.

Yo había estado encerrada en ese mismo coche pero con cámaras y enigmas.

Yo me había enfrentado a un cocodrilo, a unas momias y a un maldito castillo.

Estaba convencida.

Si no…

Busqué las llaves del coche para ponerlo en marcha, pero no lo encontré.

—No, no, no, no, no, no, no, no, por favor, no puede ser verdad. No puede pasarme otra vez…

La ansiedad cabalgaba desbocada en mi interior.

No solo no lo había soñado, sino que había vuelto a empezar.

—Esto no es lo que habíamos hablado, maldito Cetrero, o Máster o quien quiera que esté ahí fuera. Por favor, déjame salir de…

Pero, ¿qué esperaba?

Ya le había mentido al joven Daniel para salirse con la suya.

Seguro que había hecho lo mismo conmigo.

Nunca habría ningún ganador.

Nadie saldría con vida de esa maldita experiencia.

Entonces, en mi desesperación, cogí la manecilla del coche y abrí la puerta.

Que, para mi sorpresa, se abrió sin ninguna reticencia.

Y ahí me quedé, con la cara desencajada y la mirada perdida en el infinito.

—Rosa, Rosa, ¿estás bien? Te he oído gritar. ¿Rosa?

La voz de mi vecino me atravesaba como un ente mientras trabara de sacar conclusiones. Estaba en casa.

En mi garaje.

Con mis cosas.

Y mi amiga.

Por dios, mi amiga.

Tenía que…

Bueno, por partes. Lo primero que tenía que hacer era averiguar si todo había sido un sueño o si, realmente, me habían devuelto a mi casa.

¿Qué día era?

—Estoy bien, Armando, pero una pregunta, ¿qué día es hoy?

Yo sabía qué decir, estoy bien. Seguido de esa pregunta era evidenciar que no lo estaba, pero después de lo que llevaba vivido, o no, eso quería averiguar, eso era lo de menos.

—Pues es sábado, claro. Sábado día doce.

Y ahí estaba la respuesta.

Yo había dejado a mis hijos el viernes en el colegio. Viernes día once. Sin ninguna duda.

Por lo que…

Había pasado un día entero en ese lugar.

Algo que resultó evidente cuando me moví y me dolió todo el cuerpo. Sobre todo las cicatrices de las heridas que ese desgraciado me había hecho en las piernas.

—Gracias, Armando —dije mientras accionaba la persiana y esta se abría ante mis ojos.

—¿Qué te ha pasado en a cabeza? —me preguntó Armando con preocupación.

Si tú supieras…

Era cierto, me había golpeado con el marco de la puerta cuando ese hombre trató de atacarme en la oscuridad.

—Me he dado con el marco de la puerta antes, como una tonta —contesté con la más falsa de mis sonrisas. Muy similar a la que un día atrás le había puesto a la madre más odiosa del colegio

de mis hijos.

Un momento que parecía haber sido en otra vida.

—Hay que tener más cuidado, mujer, que te podrías haber hecho daño.

De nuevo.

Si tú supieras…

—Pues sí, Armando, tienes razón.

—Y más ahora que estás tú sola, eh.

—Qué razón tienes. Bueno, te voy a dejar que tengo muchas cosas que hacer, Armando.

—Claro, mujer, buen día.

—Igualmente.

Menos mal que hoy tampoco tenía turno de trabajo. Las veinticuatro horas del tirón me habían otorgado una tregua de tres días libres.

Y los tenía que aprovechar.

El primero ya había pasado.

Y lo había aprovechado tratando de sobrevivir ante pruebas imposibles rodeado de malnacidos.

El segundo era hoy, que lo iba a aprovechar.

Y el tercero…

En el tercero ya tendría a mis hijos.

Qué ganas tenía de verlos.

Un solo día sin ellos y ya los añoraba.

Si no tuviera que verme con mi amiga, ¡qué madre mía, qué tarde iba a llegar…!

Si no fuera por eso, iría corriendo a casa de mi madre, a por ellos, como una loca, y me los comería a besos.

Pero bueno, podía aguantar un día más y tenía mucho que hacer.

Crucé la puerta que separaba mi recibidor del garaje con el corazón en un puño. Lo último que quería era caer sobre el agua a diez metros de altura.

No se dio el caso. Entré en mi recibidor sin contratiempos y me dirigí a la cocina. Recordé que había cogido el coche para hacer compras, pero, teniendo en cuenta que había estado todo el día fuera, debía asegurarme de que todo iba bien allí abajo en el sótano.

Bajé las escaleras que separaban el pasillo de la planta baja del sótano y prendí la luz de la bombilla que colgaba sobre el techo.

Parecía que todo iba bien. No sabía hasta qué punto los de la experiencia habrían registrado mi casa, pero esperaba que no lo hubieran hecho a conciencia.

Al menos no con demasiada.

Pasé la mano por una de las paredes del fondo, de madera oscurecida y ligeramente húmeda, hasta dar con la ranura que estaba buscando.

Ya estaba.

Tomé una de las hendiduras y la deslicé hacia uno de los lados hasta que se separó y pude abrir la pared como si se tratara de una suerte de puerta.

Un olor apestoso me abofeteó nada más me adentré en la parte secreta de mi sótano. Un lugar que ni mi marido conocía.

Siempre había que tener cosas para una misma, si no se hacía, la magia se perdía al menor descuido.

Y yo no quería que eso pasara, no señor.

Por lo que tenía mis pequeños secretitos.

En esta caso, mi encuentro con “mi amiga”

Y ahí estaba la pobre, justo donde la había dejado.

La jaula era de tres por tres, más que suficiente como para que estuviera cómoda todo ese tiempo, pero claro, no le había dejado la comida suficiente como para que aguantara tantas horas. En mi mente no habría necesitado esa comida si no me hubieran secuestrado el día anterior.

Mi amiga despertó de un sueño tormentoso y me miró, asustada.

Detrás de mí aguardaban todos los instrumentos que iba a utilizar: Cuchillos, esposas, arneses, mordazas, gatos… lo que me faltaba era cinta de carrocero, justo lo que había ido a buscar cuando me dormí.

Bueno… más bien cuando me durmieron.

Me apañaría sin ella.

No tenía demasiado tiempo y tenía mucho que hacer en un solo día. Habría disfrutado de cada segundo de los dos días con los que contaba… pero bueno, cuéntale tus planes al diablo, decían.

La vida es como es y no como queremos que sea, ¿no?

Mi amiga farfulló algo que no comprendí. Estaba demasiado débil la pobre, algo que le quitaría emoción al asunto, pero bueno… ¿Qué se le iba a hacer?

Ya habíamos hablado largo y tendido cuando nos conocimos un par de días atrás en aquel bar, antes de que metiera polvos mágicos en su bebida y que se viniera a mi casa como las buenas amigas que nos habíamos hecho.

Me di la vuelta y cerré la puerta que separaba el sótano de mi habitación secreta.

No creía que nadie fuera a molestarme hasta el día siguiente, pero como decía siempre mi abuela.

“Más vale prevenir que curar”

No digo que ella creara la expresión ni mucho menos, solo que lo decía mucho.

Y yo siempre le hacía caso a mi abuela.

Debía apresurarme y terminar antes de que llegaran mis niños. Tenía demasiado que hacer y no podía dejarlo todo ahí tirado sin recoger.

De eso ni hablar.

Y, por supuesto, debía hacerles un buen desayuno.

No…

Uno bueno no… El mejor de los desayunos.

Porque claro…

Yo era una madre ejemplar.

44

Cuando el hombre trajeado y atractivo terminó de leer el expediente de Rosa Guerrero Luna estaba estupefacto. Era increíble que esa mujer hubiera hecho todo lo que ponía en esos papeles.

Sin ninguna duda, ella era el mayor monstruo de entre todos los que habían participado en esa experiencia.

Y él la había ayudado a salirse de rositas.

Advirtió que sus manos sudaban más de la cuenta. Quizás debería leer los expedientes antes de elegir participante.

Nunca había barajado realmente esa posibilidad, pero visto lo visto, quizás sería demasiado peligroso no hacerlo.

Decenas de mujeres muertas recaían sobre los hombros de esa mujer y, por lo tanto, todas las que vinieran en el futuro lo harían también en los del hombre trajeado y atractivo.

Vale que él era un hombre pragmático que hacía lo que fuera necesario para alcanzar un objetivo.

Y que, en ocasiones, ese objetivo había requerido segar algunas vidas. Pero nada de eso era comparable a asesinar a mujeres a sangre fría y coleccionar sus cabezas como trofeos.

—Por dios—se escuchó decir mientras se levantaba de su escritorio. Lo último que quería era seguir pensando en esa mujer.

No… lo mejor sería arreglarse y prepararse para el día que le esperaba. Encendió la televisión y fue pasando de cadena en cadena en busca de algo muy concreto.

Ya debería de estar en todos los informativos de la mañana.

Y ahí estaba.

“Atentado terrorista deja doce muertos en un supermercado en Sacramento. Las autoridades no comprenden cómo es posible que se llevara a cabo algo como eso sin que nadie tuviera constancia de ningún ataque”

El hombre trajeado y atractivo sonrió con pesar. Eran muertes que iban a valer su peso en oro.

“El asaltante fue ejecutado durante el ataque, sin embargo, después de investigar su pasado y registrar su apartamento, situado en la misma ciudad de Sacramento, este trabajador del centro comercial sin aparentes lazos con células terroristas, tenía una gran cantidad de armas y explosivos guardados en una habitación tapiada.

La empresa USAARMS, no ha dado ninguna explicación de la razón de que este hombre tuviera en su poder una cantidad tal de armas con su sello. Esta empresa, una de las más grandes del país y que se jugaba el contrato armamentístico para suministrar armas para la guerra que se está llevando a cabo en el norte de Europa, se ha mantenido en riguroso silencio

mientras el FBI junto a seguridad nacional llevan a cabo la pertinente investigación al respecto"

—Pues ya está—dijo para sí mismo el hombre trajeado y atractivo antes de sentarse sobre el sofá de piel que adornaba su despacho.

Ya podía decirle al director que estaba todo solucionado. Aunque bueno, ya habría visto las noticias y sacado las pertinentes conclusiones. No podía esperar a que Lisa llegara al despacho, algo que… por lo visto, ya debería de haber pasado.

Qué extraño, pensó.

Lisa nunca se retrasaba.

Fue directo a por su teléfono y trató de llamarla.

Comunicaba.

Todavía más extraño.

¿Le habría ocurrido alguna cosa?

Por dios, no quería ni pensarlo.

¿Qué haría el hombre trajeado y atractivo sin esa mujer?

Dependía por completo de ella.

Caminó veloz hacia la puerta, que, cuando intentó abrirla, se opuso con firmeza a sus intenciones.

No podía ser.

Esa puerta nunca estaba cerrada.

Su corazón comenzó a latir con fuerza.

—No, no, no, no podía ser. Era imposible. Debía de tratarse de una especie de broma.

Mientras más pensaba en ello, más nervioso se encontraba. Se acercó a la ventana y miró al exterior.

Era falso.

Por muy bien que estuviera hecho, las personas que caminaban estaban creadas por ordenador. Solo era una recreación.

No podía ser.

¿Por qué razón?

¿Cómo podían hacerle eso a él?

—No podéis hacerme esto, yo soy uno de los mejores patrocinadores. Me debéis mil millones de dólares, malnacidos.

Nadie contestó.

Corrió de un lado para otro sin saber bien qué podía hacer. En un alarde de desesperación, cogió su teléfono y lo lanzó contra la falsa ventana, rebotó y quedó tendido sobre el suelo enmoquetado.

Nada más el teléfono tocó el suelo, advirtió un calambre por todo el cuerpo, como si hubiera tocado un cable pelado con los dedos.

—No debe tratar de escapar por la fuerza. Si lo hace, será debidamente aleccionado—dijo una voz que conocía a la perfección.

—¡Noooooo!—gritó con todas sus fuerzas, siendo plenamente consciente de la experiencia que estaba a punto de vivir.

El hombre trajeado y atractivo iba a enfrentarse a la experiencia que tantas veces había visualizado en la pantalla de su ordenador.

Y solo un milagro podría salvarlo.

OTROS LIBROS DEL AUTOR



Cuando era pequeña, Clara escuchaba cada noche las historias más increíbles que una niña pudiera llegar a imaginar. De hecho, si no lo hacía, para ella era imposible conciliar el sueño. Cada noche sin excepción, su padre le narraba una y otra vez las aventuras de los Numen a lo largo de los siglos. Sin embargo, cuando su padre se fue y ella se hizo mayor, quedaron en un pasado tan remoto en su memoria que estaba convencida de que nunca regresarían.

Cuánto se equivocaba.

Un inesperado suicidio en un hotel de Singapur desencadenará una serie de acontecimientos que nadie, excepto el reciente fallecido, sería capaz de resolver.

Tres historias se entrelazarán en el instante en el que el inspector David Alonso, tras seis meses de baja a causa de una herida de bala, y con la única compañía de las pastillas, con y sin receta, que derivaron de la misma, se enfrente a su primer caso tras su vuelta. Una misión en la que nada será lo que a primera vista podría parecer, y que lo forzará a traspasar sus propios límites hasta dar con alguien inesperado.

Mientras tanto, Tom Morgan, siguiendo las pistas de un hombre muerto, hará lo imposible por descubrir los secretos que oculta la mujer que lidera la organización para la que ha estado trabajando durante más de veinte años. Un secreto repleto de mentiras acerca de la creación del mundo. Y una decisión por tomar.

¿A quién debe ofrecer su lealtad?



Sergio despierta en mitad de la noche junto a una chica a la que no recuerda haber conocido. Sabe su nombre, su edad y conoce su pasado, pero no logra entender por qué tiene toda esa información. Sus recuerdos se mezclan con sus sueños y es incapaz de discernir lo que es real de lo que solo está en su cabeza. Hace seis meses que su vida dejó de ser la que era. Desde aquel fatídico día, Sergio tiene lagunas en su memoria, pero la presencia de esta misteriosa chica ha conseguido avivar sus recuerdos. Solo una palabra da sentido a su día, algo que ronda su cabeza, pero no recuerda el significado, una palabra con la que se acuesta cada noche y se levanta cada mañana: Overlight. Ese día y esa palabra le persiguen y solo el doctor Olmedo tiene las respuestas que necesita para aliviar su sufrimiento.



Madrid. El inspector de policía David Alonso lleva infiltrado desde hace meses en los bajos fondos para conseguir un encuentro con Medusa, uno de los mayores narcotraficantes internacionales, sin saber los secretos que es capaz de hallar.

París. Tom, Frank, Rico y Jimmy, cuatro Numen a la caza de otros tantos, se valen de sus capacidades sobrenaturales para atrapar a aquellos que su influyente jefe, Alexander Landa, requiere para su organización.

Dos historias paralelas que desembocarán en una tragedia inevitable que marcara el futuro de los Numen, del inspector David Alonso y del cazador.

Una llave para comenzar.

Y un poder por descubrir.

BREVE NOTA DEL AUTOR

Y para finalizar y, ahora que ya has llegado al final de “Una madre ejemplar” me gustaría hacerte una pregunta que solo podrás contestar si de verdad has llegado hasta aquí de manera orgánica y te has leído la novela.

Y también una propuesta.

¿Te ha gustado?

Tanto si la respuesta es un sí como si es que no como una casa, dímelo.

Puedes hacerlo a través de mi correo electrónico helloenriqueandujar.com, o por mis redes sociales, @enriqueandujar.escritor.

Lo único que te pido es que, si me vas a insultar, lo hagas poquito.

Que la respuesta es sí, estupendo.

Aquí viene la propuesta.

En mi página web puedes acceder a más de mis novelas. De hecho, puedes descargarte una novela gratuitamente en el formato digital que más te guste.

https://enriqueandujar.com/

También puedes apuntarte a mi lista de correo en la que recibirás el regalo de bienvenida (la mentada novela gratuita), promociones, contenido exclusivo (una novela que iré regalando por capítulos) y muchas cosas más.

Que no te ha gustado.

Pues lo dicho, puedes ponerme a caldo o puedes darme otra oportunidad de la misma manera que te he puesto arriba.

Descártate la novela gratuita y a ver qué tal.

Qué tampoco te gusta, pues oye, igual yo no soy un escritor para ti, mis disculpas por tu tiempo perdido y suerte en encontrar a uno que sí que lo sea.